Josefina Estrada

Desde que Dios amanece

Lectulandia

Ni Ángeles Santos comprende por qué viola los cánones del sagrado matrimonio. Presa de una realidad que a todas luces se escapa a su control, «Angelita» —protagonista inolvidable de *Desde que Dios amanece*— se forja una vida que rebasa el amor convencional para instalarse en otro nivel del sentimiento, no menos implacable y tortuoso que el primero.

Por una mirilla de 24 horas, somos testigos de cómo sueña y actúa esta mujer mientras intenta conciliar dos vidas, dos amores y dos maneras de luchar en contra del vacío que amenaza con engullirla y convertirla en todo aquello que busca trascender.

Con paso vertiginoso, con gran sentido del humor y sin ningún vestigio de sensiblería, Josefina Estrada nos zambulle en el complejo mundo psicológico de Ángeles Santos, en su regocijo sexual ante la vida y en su búsqueda febril de un sentido vital que siempre parece perfilarse un poco más allá del horizonte.

Josefina Estrada

Desde que Dios amanece

ePub r1.0
Titivillus 25.01.2025

Título original: *Desde que Dios amanece*
Josefina Estrada, 1995
Ilustración de portada: *Sueño de un mexicano*, de Rafael Cauduro, 1981. Acrílico sobre tela, 1 m × 80 cm × 15 cm
Fotografía de la autora: Rosa Nissan

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Cubierta

Desde que Dios amanece

Desde que Dios amanece

Sobre la autora

A Rafael Hernández H., por su infinita paciencia para escuchar las mil versiones de las historias que no escribo.

A Sandro, por los primeros 15 años.

anta María, Madre de Dios, ruega por nosotras, las pecadoras caídas en tentación. Hoy quiero ser débil, no me libres del pecado. Ampárame y guía mis pasos. Tú, que eres la más bendita de las mujeres, te ruego encarecidamente que protejas a mis hijos y a mis dos amores. Extiende tu infinita bondad y acompáñalos. Que mi voluntad sea la Tuya. Te agradezco, Señora, que me hayas dejado vivir hasta este día. Deja que salga la luna, deja que se oculte el sol para contemplar el divino rostro, la dulce voz de mi Gordo. Mi ángel adorado…

—¿Sacaste mis trajes de la tintorería? —Ángeles abre los ojos y se encuentra con la espalda húmeda de José, quien está revisando las prendas del clóset—. A esta camisa le falta un botón. Ya desayuné con los niños. Sólo prepárame un jugo.

Amén.

—Hoy paso a recoger los trajes. Déjame dinero.

—Pero si ayer te di.

—Pagué la tarjeta —sale de la recámara y desde el baño lo escucha:

—No sé qué haces con el dinero. Creo que no tienes la menor idea de cuánto se gasta en esta casa.

Mientras peina a Marco Polo, Ángeles piensa: Me voy a poner el conjunto verde turquesa con la blusa bugambilia. Si hago todo corriendo, podré pintarme el pelo. Me daría el soponcio si David Alejandro descubriera el color de las raíces. No quiero que piense

que soy una fodonga. La última vez me dijo que me veía guapa, diferente.

—¿De qué te ríes, mami?

—De que estás hecho todo un caballerito. Es tan observador. No sabía si era el peinado o el maquillaje.

Eran las dos cosas.

—Mami, ¿viste mi libreta de tareas? Anoche la dejé sobre la mesa para que la firmaras. Que si no vas hoy a las once, me van a suspender.

—Aycht, yo no sé, pero si me expulsan de Física y Química por no llevar la bata, no va a ser por mi culpa —le advierte Clementina.

—¿Todavía no vas? ¿Qué te pasa? ¡Llevan tres semanas pidiendo tu presencia! ¿Dónde tienes la cabeza?

—Me choca que crean que una está a su disposición. Cada año es lo mismo; pura perdedera de tiempo. Es para firmar si una está de acuerdo en que aumenten las colegiaturas.

—Y tú estás de acuerdo, por supuesto.

—Y aunque no estuviera.

—Como tú pagas…

—Ya vas a empezar. Si así, sin trabajar, sin salir a trabajar, mejor dicho, no me doy abasto, no me rinde… Pero como quieras, desde mañana empiezo a buscar empleo.

—De buscar, te creo; de que encuentres, quién sabe. Además, no me lo digas como amenaza. De verdad no me explico qué tanto haces; estás tan ocupada que no tienes ni tiempo para poner un botón.

—Me rasco la panza. Ya la tengo toda rayada; nomás que no te has dado cuenta. ¿O sí?

—De eso y más me doy cuenta, Ángeles; de eso y más. Ya, Angelita, no le sigas, bájale. No lo provoques.

—Marco Polo, lávate la cara, sin despeinarte.

Mejor apúrale para que ya se vayan. A las nueve, el súper. Regreso. Me pinto el pelo. A las once, la escuela. A las doce, la mascarilla… Antes, la tintorería.

Les entrega a los niños su lonchera, les da un beso y las consabidas recomendaciones:

—*Bye*. Se portan bien. Marco Polo, no olvides apuntar la tarea.

No, imposible. No me va dar tiempo de plancharme las arrugas. Debí haberme puesto la mascarilla anoche. José tiene razón: no sé en qué se me va el día… Sí, Angelita, bien que sabes: pensar en él.

—Nos vemos.

—José, tu jugo.

—Ya no me da tiempo. Sé que estás muy ocupada, pero me gustaría que le escogieras algún regalo a mi mamá; acuérdate que el domingo es su cumpleaños. Ve a algún bazar del Centro; en la noche me dices precios. Búscale un camafeo, una porcelana o un portarretratos antiguo, una de esas fregaderitas que tanto le gustan.

—Entonces, ¿por qué me pides que te lo haga?

—Te estoy hablando del regalo de mi mamá. Porque es tu obligación —le responde en un tono que pretende ser juguetón.

—¿Sí? ¡No me digas! En mi contrato no decía que tengo que atender a mi suegra y…

—Tómatelo y no grites. De todo gritas. Te has vuelto una histérica neuras. Se me está haciendo tarde. No olvides el regalo. Algo discreto y elegante.

—Fíjate, date cuenta de cómo eres. Me mandas a comprarle una *fregaderita* de dos o tres mil pesos y conmigo eres un pichicato.

—No exageres. Luego nos vemos. No te aburras.

Ángeles se recuesta en el sofá; entrecierra los ojos. El gato se acerca, buscando acomodo; elige la curva de la cintura.

Insinúa que soy una inútil guandajona. Pero confía en mi buen gusto. Por supuesto que no voy a ir a ningún bazar. En efecto, no tengo tiempo y menos hoy.

Entra Queña, la sirvienta, y le da los buenos días.

No, Angelita, por favor, no se te ocurra ponerte a llorar; se te van a hinchar los ojos, y tienes que estar esplendorosa, echando tiros.

El calor del gato la reconforta. Suspira.

Tres semanas sin ver a mi Gordo. Apenas un saludo por teléfono. Ahora que vaya al súper le voy a comprar un cómpact; me encantaría regalarle el de Juan Gabriel, pero el muy pesado dice que no le gustan los mariquitas. A mí me fascina Juanga, pero debo respetar sus gustos; además, está un poco caro. Hay discos más baratos, como los clásicos; aunque no sé si aquellos hombres hayan sido homosexuales. Es lo malo de no saber de música. A lo mejor mi Gordito tampoco sabe mucho, pero de todos los cantantes opina lo mismo. Para él nada más existen Jorge Negrete, Pedro Infante y Javier Solís. Quisiera comprarle una corbata italiana. Aunque quién sabe cuándo podré; con eso de que José me revisa a conciencia el estado de la tarjeta. A ver: estamos a fin de quincena. Lo cual quiere decir que mi Gordis anda bajo de fondos y, por lo tanto, no entraremos al bar. Entonces tendré que llevarme el brandy.

Se levanta de un salto; se dirige a la recámara seguida por la interrogante mirada verde limón del gato. Ángeles revuelve los cajas del clóset, algunas caen al piso.

¡Ay, no! La bolsa grande no combina con el traje verde. La que se lleva bien es muy pequeña, pero ahí no me cabe todo lo que tengo que llevar. ¡Los condones! Me voy a amarrar un hilito para que no se me vayan a olvidar. Los compro en el súper. No, la otra vez no le gustaron. Le costó mucho trabajo ponérselos; no dejaba de decir: «Está muy chico; me aprieta». Lo ha de haber dicho para impresionarme; tan presumido que es a veces. Tendré que pasar rapidito a Sanborns; hay mejor surtido. Los del súper son muy furris; les falta imaginación, colorido, sabor.

Ángeles saca la ropa de los cajones y la arroja sobre la cama. Frente al espejo se prueba, sin quitarles el gancho, varios vestidos.

¿Y si le hablo y le digo que los meta a su cartera? Que no se le vayan a olvidar los invitados de honor. Así les dice a los condones. Pero es dificilísimo que entren las llamadas. Se me va ir una hora nada más en eso. Qué ocurrente es mi Gordito; cuando me ofrece un chicle o una pastilla sé que es de menta, en recuerdo a los primeros condones de sabor que le regalé: *kiss of mint*. Y aunque le he

regalado de fresa, chocolate, vainilla, tuttifruti, limón, *blueberry, passion fruit*…, sólo nos hacemos bromas con las Salvavidas y los chicles de menta. Ay, es tan distinguido y elegante.

Y revive la noche cuando David Alejandro se estacionó enfrente del Mercado de las Flores y bajó a comprarle una orquídea. Él mismo se la prendió en el escote del vestido negro, entallado, de espalda descubierta. La había invitado a cenar; las mesas del establecimiento estaban adornadas con un arreglo de claveles amarillos y veladoras aromáticas. Cuando leían la carta, David Alejandro le señaló una leyenda, en letras grandes, en la parte inferior, que rezaba: *Todo exceso será cobrado aparte*.

—Reinita, pórtate bien, siquiera de aquí a que salgamos. Por dos horas en tu vida pórtate como la gente. Por favor, hoy mide bien tus besos y no vayas a estarme agarrando la pierna debajo del mantel o vas a salirme muy cara.

Al final de la cena el mesero les llevó una bandeja con unas pastillas. David Alejandro tomó una y se la ofreció. Ella rechazó el ofrecimiento. Él enarcó las cejas, como queriendo decir: «Ni modo, tú te lo pierdes». Y guardó las pastillas en la bolsa interior del saco. Segundos después, cuando Ángeles estaba buscando su encendedor entre las servilletas, David Alejandro le pidió que mirara su mano sobre la mesa; la levantó lo suficiente para que sólo ella pudiera ver lo que ocultaba. La risa de Ángeles se escuchó en todo el recinto.

Todo imaginé menos que fuera un *kiss of mint*. Fue tan elegante la sugerencia que, aunque ya era tardecito, no pude negarme ante tan discreta invitación.

—Queña, ¿has visto mis medias color carne? No las encuentro; sólo veo las negras y las marino.

—¿No usté misma las tiró? Se le rompieron el mismito día que las estrenó.

Medias. ¡Lubricante!, tampoco tengo. Se pegostea horrible el mexicano, parece grenetina; así que mejor ni lo compro. Ahora que José salga de viaje le voy a encargar una docena de *KY Jelly*, porque teniendo uno solo me pongo en evidencia.

A José le había sorprendido que se hubiera acabado tan rápido el lubricante. Ante su extrañeza, Ángeles le respondió lo primero que se le ocurrió:

—El niño se lo puso a sus soldados.

José quedó conforme con la respuesta porque una vez Marco Polo le había preguntado:

—Papi, ¿para qué es esta medicina?

—Para que no duela.

A ver si me cuido de no andarle echando la culpa, qué tal si va y lo regaña.

Ángeles abre la regadera. Se desnuda y exclama con asombro y fastidio:

—¡No puede ser! ¡Cómo es posible! ¡No…! ¡Ya empecé a menstruar! ¡Qué coraje! Por eso ando de un humor de los mil diablos. Ay, pobre José, de haberme acordado le bajo a mi neuras… Lo mejor será que cancele. Hoy está muy complicado. Pero si no es hoy, será hasta la semana próxima. Lo que haría un mes sin vernos. Me parece muy tonto decirle que hoy nada de nada. Eso no lo dice una mujer moderna. Con ponerme un támpax, y vámonos por la vía alterna: por la vía tapo, como dice José. Ni modo que nada más nos veamos para platicar. Ya no estamos en edad para andar desperdiciando el tiempo. Si nos vemos ya sabemos a lo que vamos. Aunque eso me ha llegado a fastidiar, porque esté del humor que esté, hay que organizar. Angelita, no te sigas por ahí, aunque sea cierto. A veces las hormonas se sublevan y sólo consigues malhumorarte. Sí, mejor: en cuanto mi Gordo llegue a su oficina le hablo para quedarnos de ver otro día. Aunque me requetechoca hablar con su secretaria. Se hace la interesante. Si parece que estoy escuchando su vocecita de flauta desafinada:

—Administración. Buenos días. ¿De parte de quién? ¡Ah!, sí, un momentito. No cuelgue. Ahorita le comunico con el contador Lozano. Un segundito.

La muy tarada lo dice en un tono de *ajajá, ya me los caché*. ¿Y si anda con ella? Ay, no, qué horror, mi Gordis no es tan corriente.

Un poquito, pero no tanto como para fijarse en esa calaca rumbera. Es una vulgarzota que siempre anda mascando chicle. La otra secretaria que tenía también era sangronsísima. Se creía la divina garza nomás porque estudiaba en la escuela bancaria. No, mejor no le hablo; ya me hice a la idea de verlo y ahora lo veo porque lo veo.

Ángeles termina de bañarse. Se pesa en la báscula y comprueba que sigue pesando cincuenta y cinco kilos. Se envuelve en una toalla. Limpia el vaho del espejo y empieza a depilarse las cejas.

¿Qué zapatos? Pues los verdes, aunque ya están un poco raspaditos de la punta. Con recoger los pies no lo notará. ¿Me pondré de una vez la ropa interior que voy a llevarme?

Ángeles enfoca la vista, con las pinzas de depilar suspendidas en el aire:

Qué raro que sólo me salgan canas en una sola ceja. Si sigo así quedaré descejada en un año. ¿En qué iba? ¡Ah, sí! La vez pasada que lo vi usé el coordinado piñón. Ahora podría ponerme el negro. No, porque se transparenta: negro con bugambilia no checa. El cobre me queda muy apretado y hay que resaltar las exuberancias, no disminuirlas. El color miel ya tiene muy gastado el resorte. El blanco se ve corrientón; es para andar en casa. No me va a quedar otra que volver a usar el piñón. Para que no vea que es el mismo me voy a desvestir en el baño y saldré cubierta con la toalla, como romana antigua. O me haré la romántica, diciéndole que ese juego sólo me lo pongo cuando salgo con él, que ni mi marido me lo conoce. Suena bien… Ni sé para qué me preocupo tanto, si mi Gordo nunca de los nuncas se fija en los bordados, encajes, velos, guipiurs, moños, flores y pasalistones de la lencería. A él le da lo mismo si es de seda china o francesa o si es de popelina o de algodón peinado. No se detiene en el follaje, nada más quiere alcanzar el fruto. A veces, apenas cerramos la puerta y ya se quitó la corbata, el calcetín y el zapato. Viéndolo por el lado bueno, está mejor: no me alcanzaría para comprarme un juego diferente para cada ocasión. O puede que sí; lo veo tan poco que no sería un gasto oneroso. Este problema se arreglaría si existiera un decreto, una

cláusula o algo que dijera que los amantes tienen el deber moral de regalar corsetería fina.

Entra a la recámara; revuelve el cajón de la ropa interior. Llama a la sirvienta:

—Queña, ¿dónde está el brassier que hace juego con este bikini?

—¿No se acuerda que le dije que lo planché y que se quemó un poquito?

—¡Te he dicho mil veces que la lencería no-se-plan-cha ni se almidona!

—No, pus, fue la vez que usté…

—Me refería a las camisetas y a los calzoncillos del señor. A ver, enséñamelo.

Quedó espantosamente fruncido. Ojalá regresara la moda de andar sin sostén.

Ángeles se entalla unos pantalones *stretch*, de mezclilla; una camisa color pistache que enciende el verde de sus ojos y aviva el fuego de su cabello cortísimo; se peina con pistola; se rocía *spray* para mantener levantado un flequillo que le cae sobre la frente en tres gajos. De naranja se pinta los labios; los párpados, en tonos ocre. Las cejas y las pestañas las tiñe de café. Las mejillas adquieren cobrizos destellos. Se anuda en el cuello una pañoleta lila. Se rocía perfume. Mientras se arregla se pasea por todo el departamento; ya busca sus maquillajes en el mueble del baño, ya los toma de la cómoda, ya los olvida en el comedor, ahora los busca en su bolsa o en los bolsillos de los sacos. Al cabo de tres cuartos de hora se mira frente al espejo y aprueba su aspecto con un guiño. Entra a la cocina y le pregunta a la sirvienta:

—¿Dónde está la nota de la tintorería? Llevo media hora buscándola.

—La trae el señor José.

—Entonces, ¿por qué me pide que vaya por la ropa?

—Si va los lunes a las seis, se la entregan sin nota.

—Pero hoy es martes. Y ahora, ¿qué me voy a poner?

—¿Va salir?

—A las cinco.

—¿Y va regresar tarde? Luego habla el señor y no sé qué decirle.

—Que salí con mis amigas.

—Siempre me pregunta que cuáles.

—Ahorita debo pensar en qué ponerme. Además, no sé quién va a ir.

—¿Se van a reunir en casa de la seño Lita?

—A lo mejor. Todavía no nos ponemos de acuerdo. Bueno, me ahorro la ida a la tintorería; un pendiente menos. ¿Y con qué dinero iba a pagar? Si no me dejó un quinto. Ni modo: así tendré más tiempo para arreglarme.

—Es lo que me gusta de usté —Queña deja de lavar los trastes, se limpia las manos y se acoda en el trinchador—. Siempre se sale tan guapa. No que sus amigas las señoras ya ni se arreglan, hasta se ven más grandes de lo que son. Yo que usté les decía que se dieran una manita y que se pusieran a dieta. Así como usté le hizo. Yo no sé por qué se abandonan tanto. Luego por eso los maridos se buscan otra. En cambio a usté, el señor su esposo se ve que la quiere bien harto.

Ángeles interrumpe el profundo suspiro de Queña, y con voz que pretende cortar toda intimidad le ordena:

—Plánchame este traje con trapo mojado. Quítale todos los pelos de gato.

—¿Se va poner esto? Pero va hacer calor. Y si llueve se le va encoger. ¿Por qué no se pone el vestido moradito? Le da muy bonita forma, le hace cintura.

—Porque ya me lo conoce… n.

—Y qué se fija, si sus amigas las señoras también parecen retratos, pero del tiempo de mi agüelita. Usté hasta con el peor de los chipiturcos luciría.

—No, tampoco está bien andar muy coloreada por la tarde. Te digo que me planches éste, y ya.

—Sí, pero péreme a que le termine de planchar pa que vaya con usté al súper porque ya no tengo…

—Queña, no voy a traer nada. Con lo que haya en el refri te las arreglas. Dos días más y estaremos en quincena. Ahora sólo voy a comprar una bata.

Ángeles sale protegida tras sus enormes anteojos oscuros. Recorre calles que llevan nombres de árboles y escritores. Camina de prisa, dejando tras de sí una estela de perfume ácido y penetrante, de hierba fermentada.

Qué chamaca, ya hizo que me retrasara. Van a dar las diez. Ay, qué loca estoy. ¿Para qué me bañé? La costumbre de salir fresca a la calle. Ahora tendré que bañarme después del tinte. Si hasta parece que José le paga por espiarme. Todo esculca, todo pregunta.

Y recuerda cuando la sirvienta encontró una caja de cerillos con el nombre del hotel a donde había ido la noche anterior. Queña nada preguntó, pero la dejó sobre la mesa de centro. Ángeles quiso guardarla precipitadamente, pero la detuvo el interés de la muchacha; entonces decidió ofrecerle un cigarrillo a José, quien estaba leyendo el periódico. Queña se retiró.

Después del súper me paso al Sanborns y me desayuno en una carrerita. Ay, no voy a poder: no traigo efectivo. Dios, pero cómo se le ocurre dejarme sin un centavo. De regreso voy a tener que pedirle prestado a alguna vecina; no me gusta ir a ningún lado sin dinero, y menos si voy a salir con mi Gordito. El muy bárbaro ha querido pagar con tarjeta de crédito el hotel y he tenido que rascar mi bolsa para cubrir el alquiler. Está bien, así es la amante moderna. Y más que moderna es usar la lógica; después llega el concepto en el estado de cuenta y es una prueba contundente. No nos vaya a pasar lo de la otra vez, que no traíamos efectivo y anduvimos de hotel en hotel, en busca de uno que aceptara tarjeta. Me sentía como santa peregrina pidiendo posada; nomás que sin mi José, claro.

En la calle de Amado Nervo, un automovilista, a pesar de tener el siga, no avanza; la mira con insistencia. Ella rodea el coche verde esmeralda, último modelo. Más adelante, casi en la esquina de González Martínez, del portón rojo de la vecindad porfiriana sale

intempestivamente un jovencito que se le planta enfrente y le hace una pronunciada reverencia:

—¡Mamacita estás bien güena! ¡Qué bonitos jitomates para mi chile!

Ella lo mira despectivamente.

Chamaco baboso. *Mamacita*; pues sí, en efecto, podría ser su madre. Ha de tener como dieciocho años. De haberme embarazado luego luego tendría un hijo de su edad. Desde ahora debo enseñarle a Marco Polo que cuando crezca no ande vacilando a las señoras. No sabe ni con qué vieja lagartona puede encontrarse. Como la vecina del 508, que con puros chamacos se mete y eso que es casada; pero su viejo está más pallá que pacá, quién le manda casarse con una, cómo se dice, con una de esas que siempre tienen muchas ganas, que nunca se sacian. ¿Qué se sentirá ser una insaciable? Horrible ha de ser; me imagino que será como la desesperación y la urgencia de cuando se siente llegar el orgasmo, pero que no acaba de llegar, que nada más se anuncia y decide seguirse de frente, saludado de lejecitos. ¿Lo hará con todos? Están altísimos y guapitos, unos cueros, como dice Clementina, pero no dejan de ser chamacos. Ay, qué me importa. Ya estoy como las argüenderas del edificio. Pero a ellas se les ve la envidia. Yo no tengo nada que envidiarle. O quién sabe. Para qué hablo, cada quien.

Mira de reojo a La Casa del Agua, el restaurante donde David Alejandro la llevó para celebrar el séptimo mes de la relación. Por la puerta entreabierta observa que los empleados están alimentando a los peces rojos. Frente al estanque está la Virgen de Guadalupe, de mosaico de talavera. *Para la señora, Codornices a la Tita*. Ángeles regresa a la penumbra del restaurante. Afuera reinaba la claridad inmensa y anaranjada de la luna. Nada en el cielo, ninguna estrella. La luna sola.

—Pero por supuesto, reinita linda, cocinadas con pétalos de rosa, como en la novela. Por cierto, hablando de literatura, déjame decirte que en esta casa vivió Amado Nervo.

Qué divino, me trae a un lugar donde hacen recetas de novela y donde vivió el poeta. Es sensible mi Gordito, no hay duda, aunque no ha leído *Como agua para chocolate* ni ninguno de los libros que le he regalado, y eso que se lo di cuando apenas llevábamos dos meses. Dice que no los ha leído porque están muy gordos, tan gordos que sus índices parecen pulgares. ¿Quién lo diría? Ya vamos para nueve meses. ¡Santo cielo, casi un año! Mejor ni hago cuentas. Jamás creí que pasáramos del primer mes, qué días más horribles; mejor ni acordarme del principio, de ningún principio hay que acordarse, sólo perdiéndolos se puede andar en las que ando.

Ángeles piensa en los mil géneros de sobresaltos, desconfianzas y sinsabores de esa época; cuando convirtió a su amiga en doctora corazón:

—Lita, ¿por qué lo hago?

—Podríamos buscarle veinte mil explicaciones psicoanáliticas y todas podrían ser meras lucubraciones. Despreocúpate. Olvídate de todo.

—Menos de David Alejandro. No puedo olvidarlo. Lo quiero mucho. Pero también a José. Estoy rematadamente loca.

Ángeles atraviesa la avenida y cruza el estacionamiento del supermecado.

No sé qué hubiera sido de mí sin Lita. A veces me pregunto si yo sería, de haber seguido estudiando, como ella. En la preparatoria éramos igual de listas. No me imagino tan sabia. Ella me lo toma a broma, pero sigo pensando seriamente en cómo hacer realidad la idea que se me ocurrió cuando intentaba tranquilizarme:

—Ángeles, no estás loca. Mujer, entiende lo que te estoy diciendo. No eres la primera ni serás la última que está viviendo una aventura.

—¡Preséntame algunas para fundar el primer grupo de infieles anónimas! Las mujeres en mis circunstancias necesitan terapia; así, a solas, una llega a sentirse como virgen de medianoche, pérfida, pécora, malnacida… Horrible, no sabes.

—Y dale. Tienes que ver este asunto con plena salud mental o

estás frita. Deja de darte tanta cuerda o terminarás ahorcándote; te lo digo en serio. Te tiene que quedar bien claro que una relación de amantes debe ser altruista: dar por el placer de dar, sin esperar nada a cambio. Punto. Tú y él deben tratar de ser felices sin lastimar a terceros. No será fácil, pero inténtalo. Prométeme, Ángeles, que lo vas intentar.

—Te lo prometo. Le soy fiel a mi palabra. ¿A qué otra cosa, a estas alturas, puedo serle fiel? Oye, Lita, ¿y tú le has sido infiel a mi compadre?

—No. Apenas vamos a cumplir diez años de casados. Pregúntame en diez más. Lo que diferencia mi situación de la tuya es que yo tuve varios amantes antes de casarme. Tú, no… Ni antes ni después. Hasta ahora. En cuanto a tu pregunta, no me lo tomes a mal, pero la respuesta siempre debe ser no.

—¡Cómo eres! Ya no te voy a contar nada. O, ¿acaso juraste algún voto de silencio? Si es así, con permiso; ya nos estaremos escribiendo. Y qué, ¿hay estudios que digan que a los veinte años las casadas se descarrilan?

Ángeles llega al departamento de cosméticos, frente al anaquel de tintes. Ya ha revisado tres veces todas las cajas y comprueba con desaliento:

Ni un fuego rojo claro brillante ni para remedio, ya me lo temía. Qué lata. Diez y media. El brandy, ya. No, mejor me llevo un vodka ruso. El enjuague, la crema, las medias; qué más… Ni modo que por cuatro cositas pague con tarjeta. Paso por un disco. El coordinado lo dejo para después.

—*Take it easy*. Yo te contesto lo que quieras, pero date cuenta que la palabra *infiel* es un término moral. ¿Quieres un café? No sé qué voy a hacer de comer. Acompáñame a la cocina; voy a preparar algo rápido; tengo que estar en la universidad en dos horas.

Ángeles odió la calma de su amiga. Envidió su facilidad para ordenar el mundo con palabras. Se recargó en el marco de la puerta, mirando al piso de pequeños mosaicos hexagonales. Tuvo deseos de alejarse, pero no quería sentir la soledad del extranjero.

Buscaba a Lita por sus conocimientos de la lengua madre. Sólo ella era capaz de traducirle su nostalgia por la tierra recién abandonada. Compartir su fascinación por los nuevos territorios, donde se paseaba desnuda, sin las máscaras y el ropaje exótico de todos los días. Hacerla cómplice del lugar secreto donde había desenterrado antiguas riquezas. A su lado, Ángeles podía ser la cronista que describe las mudanzas de la aventura. Rastreaba a Lita porque la suponía dueña de las armas y artificios para la conquista. De ahí la sumisión a la intérprete. Y la envidia: Lita era natural; ella, una intrusa. Y como tal, tenía que esperar a que le descifrara las claves que le permitieran leer la guía de forasteros, para poder adentrarse en tierras mulatas. Ángeles miró a Lita. Nunca antes la vio tan llena de años, sobrada de carnes y tan encanecida. Jamás fue tan hermosa la juventud en sus ojos grandes, en su sonrisa y en su voz, como en esos momentos. La amaba. Aunque en lo íntimo, la creía culpable del miedo que le impedía cruzar las fronteras. Lita tenía la brújula. Sin ella no podría internarse en el nuevo mundo ni volverse a embarcar, regresar a casa, sana y salva.

—En qué piensas —le preguntó Lita.

—En nada. Que tu piso parece un panal de abejas.

—Ah, ya. La *reina* mirando su territorio. ¿Estás esperando a tu zángano? ¡Uy! ¡Qué seriedad, miren nada más! Quien te viera tan calladita, diría que no rompes un plato. Señora, está usted contratada; siga lavando mis trastes.

En silencio, Ángeles le dijo: «Tú sabes lo que tengo. Habla ya. Explícame». Lita pasó delante de ella y regresó a sentarse a la sala. Ángeles la siguió:

—Vamos a ver. Te decía que estás utilizando un término moral porque como toda buena cristiana debes saber que el adulterio está prohibido por el séptimo mandamiento. Infidelidad significa falta de fe: un infiel es el que viola la fe y un compromiso moral. La palabra infiel tiene connotaciones religiosas; cuando se acaba la fe, se es infiel.

Mientras mira la vitrina de los cómpact disc, retorna la alegría

de cuando se pisa tierra después de una noche de tormenta en altamar.

—Peor tantito; ahora resulta que, encima de todo, además soy una impía. No me ayudes, comadre. Aunque nunca lo había pensado así. Repítemelo más despacio y déjame anotarlo. Sobre ese punto se centraría la primera discusión del grupo de infieles anónimas. A fuerzas tendría que llamarse así. Pero, espérate, explicado el término *infiel*, las mujeres ya no deberán seguirse llamando a sí mismas *infieles*. En cambio, un alcohólico anónimo, aunque ya no tome, sigue siendo alcohólico. Pero la diferencia de estas anónimas es que dejarán de llamarse infieles, pero continuarán con sus amantes. Entonces, ¿cómo se llamarían? Ay, qué costumbre la mía de buscarle nombre y explicación a todo. Pero díctame; es en serio. Tengo pensado escribir un manual. Un librito que ayude a bienvivir a las infieles. Ese grupo también será doble AA, por supuesto, en memoria de Ángeles y Alejandro. ¡Sensacional! ¿No te parece? ¿Por qué dije en *memoria*?; debí haber dicho en *honor*. No. Dije bien. El poeta tiene razón: es tan corto el amor y tan largo el olvido.

Cuando Ángeles está a punto de firmar el pagaré se pega con la palma de la mano en la frente; le pide a la cajera que no le cierre la cuenta; sin esperar respuesta, regresa corriendo al interior de la tienda.

Qué bruta, la bata. ¡Ninfómana! Así se les dice. ¿Será ninfómana la vecina del 508? ¿Y si le pregunto? No así de oiga usted, no; si le hago la plática, si me hago su amiga. Mientras no la meta a mi casa para evitar que pueda enredarse con José, con lo bueno que está; ni se le echa de ver sus cuarenta y cinco. Nada más quiero saber si tiene a los muchachos formaditos detrás de la puerta de su recámara o si los tiene de dos en bola. ¿Y si no hay tal? ¿Si la cosa es más inocente; si nomás hacen sexo oral? Ay, sí, tú; *sexo oral*, ay chulis, no te vaya a oír papi y te lave la boca con jabón. *Oral*. Ni que fuera medicina. Pues no, pero cómo alivia. *Se dice mamada,*

aquí, en mi casa, se dice mamada. No seas puritana, Ángeles, no quieras hacerle honor a tu nombre.

Minutos después, sube las escalinatas del Sanborns Buenavista; antes de empujar la puerta mira al cielo, toma aire y vuelve a repetirse lo ya tantas veces dicho; como si la reiteración le ayudara a olvidar una supuesta ingratitud. Pronuncia sin pensar en el sentido exacto de las palabras, pero conservando la devoción de los penitentes:

No, no lo niego; José me enseñó a hablar, a pensar, a sentir, a buscar y a encontrar. ¿Quién sino él y con él? Por él, y gracias a él, visto y calzo y nada me hace falta. Y si algo soy se lo debo a él. Existo porque él existe. Veinte años. Veinte… La mitad de mi vida. Sí, Angelita, si José no se te hubiera aparecido, te habrías convertido en la Señorita Tules de Nafta. No puedes ni podrás nunca negar que te cayó del cielo. Ahorita estarías en la casa paterna y ni en venta de garach saldrías, y eso que ahí sale lo raro, lo viejo y lo inservible.

Ángeles se detiene en la dulcería, en la vitrina de los artículos de piel, en tabaquería y por fin llega hasta el mostrador de la farmacia. Escoge un paquete de tres condones; lo entrega mientras revisa otras marcas.

—Son cuatro pesos.

Saca el monedero. Abre cierres. Busca entre las páginas del libro, lo sacude…

Dios, qué pena, si no traigo un quinto. Mejor me llevo dos paquetes grandes y pago con tarjeta.

Ángeles sonríe apenada ante la molestia del empleado, quien ya se dispone a abrir la caja y rehacer la nota.

—Ay, mire, sí traía un billete de a veinte.

El hombre la ignora.

Ay, qué bueno; ya tengo para pasarme a tomar un cafecito. Hasta para unos molletes me alcanza. Aprovecho para terminar el poemita que ando escribiéndole desde quién sabe cuándo, pero hoy lo termino y se lo entrego con una cartita. A mí nunca me escribe

nada. Bueno, yo soy más inspirada. El pobre se la pasa entre números y más números y contestando mil llamadas y resolviendo un millón de problemas al día; por eso lo adoro. El pobre trabaja tanto. A José no le perdono que tenga un solo gramo de grasa de más, pero a mi Gordito le sienta muy bien. Ya me anda por abrazarlo. Rodearlo y recostarme en su barriguita arrolladora. Si José me viera con él. Sin necesidad de que me viera, ¡nomás con que supiera que ando con un gordo! A lo mejor, quién quita y satisfago mi complejo edípico. Aunque nunca pienso en mi padre cuando estoy con él, quizá porque él nunca me abrazaba ni me apapachaba. Insisto, no sé por qué lo quiero. No debería quererlo tanto. Por lo mismo que es un hombre muy ocupado. Aunque luego pienso que así está mejor. Cada quien con su pareja y todo tranquilo. ¿Qué tal si arrebatados de pasión, mandamos todo al carajo? Ahorita me enternece su barriga: Ay, mi chaparrito cuerpo de uva. Pero si viviera con él, acabaría viéndolo tal como es: un botijón cualquiera. Como lo ve todo el mundo; aunque no está chaparro, es un decir.

Ángeles enciende un cigarrillo; lo apaga de inmediato. Bebe un poco de jugo y muerde un mollete; retira el plato. Juguetea con la colilla. Llega la mesera y le ofrece más café. Ángeles no la escucha; está escribiendo y borrando, tachando, pasando en limpio… Diez minutos después, Ángeles deja el lápiz y mira hacia la jardinera que da a Insurgentes.

Que me hubiera escuchado mi Gordito chulo de precioso diciéndole botijón. Bueno, él también me ve divina encantadora, pero no sabe los miles, ni le importa saberlo, que gasto para lucir la frescura de mi cutis. La diferencia entre mis amigas y yo es ese dinerito, precisamente. A mi edad ya no es de gratis la belleza. Aunque en honor a la verdad, yo no estoy vieja; lo que tengo es juventud acumulada. Aunque él no quiera, debe notar la diferencia entre su fofa boluda y yo. Su mujer viste unos modelitos que ni Queña sería capaz de usar, aunque se los regalaran.

Ángeles se pone y se quita los anteojos. Sabe que su mirada

refleja el desdén que le despierta la esposa de David Alejandro. Los lentes no consiguen ocultar su adusto ceño.

Cada que la veo se me figura que estoy viendo a una vaca cruzada con marrana. Me pregunto si mi Gordis no le da lo suficiente y por eso ella se compra ropa tan de plano corriente, como la que venden en los tianguis. Parece caja fuerte: no hay manera de encontrarle la combinación. Pero no, tampoco: dale dinero a una naca y se comprará naquerías; caras, pero al fin naqueces. De todos modos, la culpa es de él por no refinarla. Todavía no sé por qué se casó con ella, pero no fue por su buen gusto; entonces, ¿por qué? ¡Qué te importa! ¿No me digas, Angelita, que te gustaría ser la señora Lozano? ¿De verdad dejarías a José? ¡Olvídate del esperpento de su mujer! Déjala en paz. Lo importante, lo único que debe preocuparte es que *tú* siempre andes bien prendidita.

Ángeles se tranquiliza y se queda con la taza del café caliente, a la altura de la nariz, permitiendo que el vaho empañe los cristales de los anteojos. Guarda el poema y la carta entre las hojas del libro; se retoca los labios y se levanta a pagar la cuenta.

Camina rápido, por momentos corre. Llega a la ventanilla de la escuela y pregunta:

—¿Señorita, cuánto tardará la profesora de mi hijo en atenderme? Traigo prisa.

La secretara no le responde, continúa escribiendo a máquina. Cuando por fin levanta la vista exclama:

—Ay, pero si es usted, señora, la mamá de Marco Polo Santos. Ahorita la anuncio. ¿Se volvió a cortar el pelo? Ya lo tenía hasta los hombros. Qué bien le quedó así de cortito, se ve jovencísima. Nadie pensaría que se lo pinta. Le brilla tanto, así en el sol le luce mucho. ¿Cada cuándo me dijo que se lo tiñe? Ya se me olvidó la marca que usa. Le queda tan natural; con ese color de piel —como de melocotón— no se le echa de ver que se lo pinta. Ya ve, yo le tuve que preguntar. Siempre que la veo se lo pregunto —Ángeles consulta con indiscreción su reloj. La secretaria, a su vez, cambia a

un tono de fingida preocupación—. La maestra anda súper ocupadísima. Si me espera, voy a buscarla —y continúa tecleando en la vieja y enorme máquina. Cinco minutos después la mujer sale al pasillo y se asoma a cada salón.

Las doce en punto, y yo sin poder moverme. Siquiera ésta ya me levantó la moral. Ya no tengo que preocuparme por el tinte. Saca su volumen de libros condensados de *Selecciones*. Las letras carecen de sentido; en la página se va dibujando una boca de finos bordes; dientes pequeños, blancos, alineados; hoyuelo en la mejilla derecha. Ojos morenos, profundos, sombreados.

Tiene la mirada de un búho. Como si se los maquillara de un café más oscuro que su piel. Me encantan sus cejas azabache y sus pestañas gigantes y su barba cerrada y su nariz recta y su cabello fino, delgado, peinado hacia atrás, a la Rodolfo Valentino. Su pecho enorme, felpudo, como edredón de plumas.

Frente a frente. La besa. Los labios de él entreabriendo los de ella, como se desprende con los dientes la piel del durazno. Ángeles contiene la respiración. Acostados. Boca con boca. Desnudando la carnosidad de los frutos. La caricia del beso se prolonga a las mejillas, oídos, cuello. Los dedos se humedecen en los líquidos pliegues, donde emanan perfumes ácidos. La lengua recorre la areola, los labios aprisionan el pezón.

Ángeles cierra el libro; se quita la mascada y la guarda en su bolsa. Saca unos papeles y los revisa; encuentra una pastilla en medio de un recibo telefónico. Se lleva la menta a la boca y se queda con el recibo en las manos. Por unos segundos se queda mirando la pared, con la mente en blanco. Baja la mirada y recupera del olvido el diálogo que sostuvo con José, mientras preparaban el desayuno. Satisfecho y ufano, su marido le comunicó:

—Se me había pasado decirte que puse el teléfono a nuestro nombre.

Ángeles oprimió el botón de la cafetera eléctrica. Se dirigió al refrigerador y tratando de ser natural y espontánea le respondió:

—¿Nuestro? Dirás el tuyo.

José empezó a picar la cebolla; sorprendido, tallándose los ojos con el dorso de la mano, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Ángeles guardó silencio, como si para batir huevos se requiriera de gran concentración; cuando dejó el platón sobre el gabinete, le respondió:

—Eso. Que has puesto una propiedad más a tu nombre.

—Mi nombre es tu nombre. Y yo soy tu hombre. ¿Cuál es la diferencia? —agregó José mientras ponía el sartén a calentar. Tomó el rallador y lo deslizó sobre la superficie del queso.

—Pon las propiedades a mi nombre, que es el tuyo, y verás cuál es la diferencia —le respondió Ángeles en el mismo tono juguetón y despreocupado que había empleado José.

Él quiso seguir bromeando, pero se controló cuando vio que ella echó la mantequilla al sartén y apagó el fuego. Sospechó que su mujer quería decirle algo, pero no se inquietó demasiado porque intuyó que Ángeles hablaría con rodeos. Se dispuso a escucharla, cuidándose de no caer en provocaciones.

—¿Hay algo en esta casa que sea absolutamente mío? ¿Que pueda demostrar que yo soy la propietaria? Nada, José, nada que valga la pena.

—Te recuerdo que nos casamos, a sugerencia tuya, por bienes separados. Pero ¿a qué viene esa preocupación si tú eres mi heredera universal? Todos los seguros están a tu nombre. La casa de mi mamá está al mío, que es el tuyo, y algún día también pasará a tus manos. Cuando eso suceda, pondríamos en venta este departamento y remodelaríamos aquella casa, o venderíamos las dos propiedades para comprarnos una casota. En la recámara principal tendrías un vestidor tan grande como esta sala. Y un zapatero de piso a techo, donde te podrá caber el sueño dorado de toda tu vida: trescientos sesenta y cinco pares de zapatos de todos los colores habidos y por haber. Imelda Marcos se moriría de envidia.

Ángeles giró la llave de la estufa; empezó a partir las naranjas y

suspiró:

—Yo creo que tu madre nos va enterrar a los dos juntos. Es inmortal. Nada más por hacernos la mala obra no se muere.

—Ángeles…

—¡Oye, sí! Las herencias tienen que disfrutarse, imagínate que se muera cuando los niños ya se hayan casado. Para entonces ya para qué queremos una casa. Inmortal y ranchera, ni que fuera José Alfredo Jiménez: hace veinte años que está diciendo que se va y se va y no se ha ido… Y aquí estoy esperando su herencia o esperando su olvido. ¿Como cuánto le calculas que tenga ahorrado?

José echó al sartén los huevos, el queso y la cebolla; le bajó a la flama.

—Pues si los hijos ya estuvieran casados, les ayudaríamos a comprar sus departamentos. Gela, no seas injusta con mi mamá. Tiene años insistiéndome, desde que nació Marco Polo, que compremos una casa más grande y que…

Ángeles empezó a aventar con furia las cáscaras de naranja al bote de la basura:

—¡No, olvídate, no insistas! Jamás. Ni que estuviera loca para volver a vivir con ella. Dos años fueron más que suficientes. La otra vez fue necesidad. Ahora sería…

—A qué temes, mujer, mi madre cada día está más vieja. Nunca me perdonaría que se muriera sin…

—No, Ale… ja… Aléjate del fuego, quita de ahí el codo o te vas a quemar. Ten, tómate tu jugo antes de que se evapore la vitamina. No, José, no repitas los chantajes de tu madre; me los sé de memoria. Ya sabes lo que pienso: si no quiere morirse sola, que se vaya a un asilo y que te avisen cuando esté agonizando; llegas, le cierras los ojos y yo cerraré la boca. Te prometo que nunca más me oirás hablar de ella. No sé cuándo Dios me hará el milagro de quedarme callada. La abriría sólo para bendecir la memoria de mi santa suegra y su inmensa bondad.

José cambió el tono de voz y en fingido reproche, se acercó a ella, conciliador:

—Gelus, lo que pasa es que tú ya no me quieres. Si me quisieras no estarías pensando en los bienes terrenales.

Ángeles le dio la espalda y se lavó las manos. Abrió los cajones de la cómoda, en busca una toalla, y tajante le dijo:

—Voltea el omelete. No me cambies el tema, y ya para terminar, nada más dime una cosa: ¿Cómo le hubiera ido a tu mamá si, cuando se separó de tu papá, la casa no hubiera estado a su nombre? Se hubiera quedado como Eva: con una mano detrás y otra adelante; como se quedan todas las mujeres que se olvidaron de los bienes terrenales.

José le extendió la toalla y también le respondió con seriedad, alertándose:

—Ángeles, ¿qué me estás queriendo decir? No entiendo a qué viene todo esto. ¿Qué tiene que ver el recibo telefónico con los bienes inmuebles? Mi padre no era de la clase de hombres que dejan a las mujeres en la calle. Yo tampoco te dejaría. ¿Pero de qué estamos hablando? ¿No será, Ángeles, que eres tú la que quiere dejarme?

—¿Te sirvo café? Pásame tu taza. ¿A qué horas tu mamá va a traer a los niños? Preferiría que fueras a recogerlos, en lo que yo me quedo a lavar los uniformes. Quisiera que hoy fuéramos a McDonald's; Marco Polo se muere por el muñeco de la promoción. Y después vámonos al cine. Que ellos escojan la película.

Se levanta y se dirige a la pequeña ventanilla:

—Señorita, no quiero ser majadera. Yo sé que usted no tiene la culpa, pero deberían darse cuenta de que el tiempo es vida. Las madres merecemos respeto y consideración. Tengo prisa.

—Ya le di su recado a la profesora, pero está con el director.

—Entonces, ¿para qué me citó con tanta urgencia?

—El volante, pidiendo su presencia, se les mandó hace tres semanas.

—He estado muy ocupada.

—Me imagino —responde la secretaria posando la mirada en el

cabello de Ángeles, quien regresa al pie de la escalinata a sentarse.

Vieja mensa. Ni un milagro podría revivirle el cabello muerto de envidia. Y este sol que no me deja leer. Tres días y no puedo pasar del segundo párrafo. Yo creo que voy a volver a empezar, ya no sé ni cómo se llama el muerto ni cómo ni de qué se murió o si lo mataron. Mi Gordo tiene la culpa, y entre más se acerca la hora de verlo, más me desconcentro. Debería pasar a ver a la psicóloga para que me diga cómo ha visto a Marco Polo. Aunque no tengo nadita de ganas de someterme a su cuestionario de siempre: que si el niño se masturba, que si fue parto normal, que si orina en la cama, que si habla dormido, que si se chupa el dedo… Y ya cuando se cansa, siempre me pregunta:

—¿Ha habido, últimamente, algún problema en la relación de pareja?

De cuál pareja quiere que le hable. Porque depende. Ah, se refiere a mi marido; no, no tengo queja. Tengo un amante, pero tampoco hay problema alguno. Todo va bien. Sobre ruedas.

—No, profesora. Nuestra relación es excelente. Perfecta. Maravillosa.

Casi la una de la tarde y aquí viene llegando la famosa maestrita, tan quitada de la pena, tan campante.

—Perdone que la haya hecho esperar; usted es la única que nos faltaba para que nos diera su firma. Ni un segundo la entretengo. Por cierto, señora Santos, la psicóloga quiere volver a hablar con usted. Marco está muy inquieto, muy raro. Se sube al árbol y no hay manera de hacerlo bajar.

Qué envidia. Si pudiera, yo también lo haría.

Media hora después, en cuanto abre la puerta de su departamento su mirada se topa con una nota de Queña donde le avisa que tuvo que salir de inmediato porque su abuela le había llamado, informándole que había descubierto una fractura en el techo y temía que se derrumbara.

Estoy lucida. Ya tiene pretexto para no venir en dos o tres semanas. No sé cómo se da el lujo de dejar botado el trabajo así

nomás. Todo guandajeado me dejó. Ni siquiera guardó el burro. Hasta dejó conectada la plancha. ¿Y la comida? Pues ya qué… Oigamos un poco de música. ¿Qué tal unos boleros? La una y cuarto. ¿Dónde habrá puesto Clementina el disco de Luismi? Espero que no lo haya prestado. ¿Una sopita? No hay jitomate. ¿Chilaquiles?; hay tortilla dura y atún. No tengo epazote. Tiene que haber algo. ¡Nada! ¡No hay nada de nada! ¿Pues qué pensaba damos de comer esta escuincla? Dos zanahorias y cinco ejotes, es lo único que hay. Y un chile verde. Arroz blanco con verdurita, no hay de otra, sin cilantro ni cebolla; siquiera tengo dos dientes de ajo. Pero no me va a alcanzar el aceite; pues acompleto con margarina. Seis huevos. Tortilla frita. Y el atún con mayonesa. Ya está.

Mientras prepara el arroz, tararea los boleros de Luis Miguel. Después riega las plantas que cuelgan del ventanal de la cocina; de pronto escucha su propia risa al evocar a David Alejandro, al amo y señor de la reunión, en medio de la sala de Lita, contando chistes. Su personalidad llena el escenario, ya sea bailando, cantando o actuando. Y, a veces, hasta sin decir nada, cualquier gesto suyo provoca hilaridad y sorpresa. David Alejandro tiene conciencia y controla cada uno de sus movimientos; como si hubiese sustituido agilidad por señorío. En un principio, a Ángeles le resultó odioso el desparpajo con que se dirigía a ella, como si la conociera de siempre. Ella se malhumoraba de sólo verlo aparecer en el marco de la puerta, cubierta por su corpulencia. Su porte, su estilo al cantar le recordaba a Pedro Vargas. No concebía que ese mastodonte tuviera tan finos modales. En varias ocasiones, Ángeles se despidió apenas lo escuchaba: «Ya llegó el samurai de la canción». O evitaba ir si de antemano sabía de su presencia. Lo rechazaba cuando la invitaba a bailar; él dejó de insistir. Su animadversión empezó a disminuir un sábado de abril. Ángeles lo vio entrar y, de inmediato, le vino en gana retirarse; fue por su bolsa a la recámara; desde ahí escuchó las risas y las palmadas que el recién llegado daba en las espaldas de los hombres. Tenía un saludo especial para cada uno de los amigos de Lita, profesores de la Facultad de Filosofía y Letras.

«Se ha de creer político, es tan escandaloso; me fastidia». Ya salía con el abrigo puesto cuando vio entrar a una mujer; le sorprendió que Lita se levantara a saludarla, feliz y sorprendida, y que la besara en cada mejilla, como lo hacía con la gente que tenía en alta estima. David Alejandro seguía saludando. «Clásico, apenas llega éste y se arma el bochinche; debería contratarlo el PRI o, ya de perdida, Televisa; fácilmente sustituiría a Paco Stanley; aunque éste es más guapo que el Paco». ¿Guapo? Qué estoy diciendo, si parece zapote. Pues entonces, Angelita, David Alejandro es el más atractivo de la especie de los guapozapotes.

Lita la llamó y las presentó:

—Mira, ella es Teresa Lozano, la esposa de David Alejandro.

—Tanto gusto. María de los Ángeles Santos.

—Teté para los amigos. Querida, ella es mi comadre Ángeles, la esposa de José Santos. El moreno, alto, guapísimo, al que le decíamos el Chavofanta, el que nos traía marcando el paso. ¿Cómo no te vas a acordar? Ángeles, no sé si te había dicho que Teté y yo fuimos compañeras en la secundaria. Nada más que la muy malvada nunca quiere venir. Tengo años invitándola y nunca se digna visitar su humilde casa. Ahora resulta que veo más a su marido que a ella. Bueno, las dejo, tengo que hablar a la pizzería. ¿Ya te vas, Ángeles? ¿No? Como te veo con abrigo y bolsa en mano…

—Sentí un poco de frío. Hace rato escuché que te hacen falta refrescos. Voy por ellos; con una caja es suficiente, ¿verdad? Tanto gusto, Teté, ahora vuelvo. Si quieres también paso por las pizzas. ¿Y cómo estás de hielos y botanas?

Tal para cual. Botero necesitaría un mural del tamaño de la catedral para pintarlos juntos. Esa mujer está verdaderamente espantosa, qué le vio. Ya entiendo, ahora veo claro: sólo viviendo en la broma eterna puede sobrellevar su vida. Qué mujer tan horrible; cebuda, tibia como veladora; con una flamita agónica, a punto de apagarse al menor respiro. Todavía siento su humedad, y eso que se limpió antes de saludarme. Lo compadezco; él tan enérgico, tan festivo. ¡Y ella parece cama de agua! Está dejada a la

mano de Dios. Él dice: «Ayúdate, que yo te ayudaré», pero ésta no se ayuda nada.

Ángeles se dirige a las recámaras a doblar, colgar y separar la ropa limpia de la sucia.

¡Dios de los cielos! Por más que le pedí a Queña que me planchara siquiera dos camisas, no lo hizo. El botón. Ya no me dio tiempo de hacer nada de lo que tenía pensado, y me están dando unos cólicos; ya no sé si es por la menstruación o el berrinche de ir a perder mi tiempo a lo tarugo. Que si yo sé por qué Marco Polo se sube al árbol. Media hora escuchando las teorías marcianas de la…

Ángeles levanta la vista y en el espejo del tocador está la mirada de David Alejandro. Revive el fenómeno que se realiza cuando él la descubre; verla y sonreír es la misma cosa. Cuando él le sonríe, ella se inunda de la infantil alegría con que se contempla el arcoiris. El resto del mundo, todo lo que no sea David Alejandro, es un boceto en sepia de figuras amorfas. Atrapada en la infinitud de ese instante, Ángeles es una mariposa encandilada por la luz; fascinación que vuelve torpe y ciego el vuelo. Es una mujer desnuda de luces, desamparada de noche y de día. Sin el manto y la corona de oro blanco, de luz propia. Es una pálida sombra desalada, desangelada. Él viene a su encuentro y la saluda. Ella le responde apenas con un leve, imperceptible gesto de asentimiento: suficiente y basto. Una mirada fugaz en la frágil realidad de los amantes es tocar la eternidad. Con sólo mirarse, entran en un paraíso de claridades. Luminosidades que volverán después, sin esfuerzo ni memoria obligada. Miradas que vienen sin ser llamadas. Regresan generosas y pródigas de caricias. Pero cuando la distancia está de por medio, el Edén se torna infierno en vida; los ojos del amado ahora son transparencias tercas que no se van ni por favor. Y no se alejan aunque se ignore qué cielo o tierra cobije al ausente; pero sus miradas jóvenes de perfecta marca, recientes, ahí están.

Voy a tomar un par de aspirinas y a acostarme un rato en lo que termina de consumirse el arroz. No me vaya a agarrar el sueño y se queme. La idiota de la psicóloga insinuó que Marco Polo tiene ideas

suicidas. Por más que le repetí que probablemente su deseo de subirse al árbol se deba a que le gusta mucho la película *El libro de la selva*, pero la muy necia siguió insistiéndome que por ningún motivo deje que se suba a la azotea. Que ella, por su parte, va a solicitar a la dirección que pongan a un prefecto para que esté vigilando el árbol. Qué exagerada. Ya son las dos de la tarde. Si mi Gordis no me ha llamado, es que sí vamos a vernos. Luego le da por llamarme a esta hora para cancelar. Me lo ha hecho infinidad de veces. Diecisiete, para ser exactos. Ay, ¿quién será el señor del coche verde esmeralda? Me saludó como si me conociera. ¿Será guarura? ¿Y si José le pagó para vigilarme? ¿Y si ya se compadeció de mí y se está haciendo notar para que, ahora sí, termine con mi Gordis? ¿Qué tal si cuando vayamos saliendo del hotel, nos tapa la salida? *No sé, tú, pero yo quisiera repetir el cansancio que me hiciste sentir la otra vez. No sé, tú, pero yo te he comenzado a extrañar*.

Recostada, cierra los ojos y sonríe, en correspondencia al amable gesto de David Alejandro. Ella lo saluda con discreción porque están entre gente conocida. En una décima de segundo ella puede decirle: ya sabemos que aquí estamos. No hay problema; hoy no. Pero si Ángeles está disgustada, le tiene sin cuidado la eternidad. El presente la rebasa y por eso evade la complicidad y deja al descubierto el gesto frío, la mirada dura que pretende demostrar serenidad e indiferencia. A David Alejandro le basta una ojeada para reconocer su malhumor. Y aunque ella le asegure que no le pasa nada, que sólo tiene prisa o que le duele la cabeza o las dos cosas, él sabe que ante tal panorama, sólo le resta encogerse de hombros y suspirar resignado:

—¿Entonces?

—Nada. Que estés bien.

Y me voy. Le concedo la razón a José cuando dice que hay mujeres tan, pero tan excepcionales, que antes de hablar ya saben lo que van a decir. Pero más excepcionales, creo, son las que saben callar. No es que no quieran o no sepan hablar, sino que por

inteligencia deciden no hacerlo. Qué cuentas puedo pedirle a mi Gordito. Si ya sabe, si ya le dije más que todo. Por eso, mejor desaparezco. Pero acá entre nos, tú lo sabes, bien que le recuerdo a su Inmensa madre; ¡vete al demonio, Grandísimo animal! ¿Por quién me tomas? ¿Quién te has creído tú que soy? Ay, Angelita, ¿de verdad crees que él se toma el tiempo necesario para responder semejantes preguntas? Francamente no creo que se ponga a reflexionar, a pensar en su mediocre existencia. No, ¿eh?, tampoco me lo vas a insultar. Aunque, sí, a veces es un miserable. Pero nada más a veces. ¡Ay, tú!, ya me hiciste pensar: ¿de veras será miserable su vida? ¿Aunque yo figure en su existir? A ver, Angelita, en serio, contéstame: ¿por qué se niega a verte? ¿A qué se debe que te dé plantones? Razona, mi reina, razona. (Ay, así me dice él: *mi reina*; no me descontroles, mejor dime Angelita, como acostumbras). Mira, Angelita, si tú y todas las mujeres a quienes han dejado plantadas fueran árboles, ya las calles de esta ciudad estarían llenas de verdor y frescura. El bosque de Chapultepec se quedaría chico. Está bien, te doy la razón; pero acuérdate que yo también lo he dejado plantado. Pues sí, pero por atarantada: no entendiste bien la hora o lo hiciste bolas y los dos se buscaron en el lugar y el tiempo equivocado. Pero, respóndeme, Angelita, ¿a qué le teme? De un tiempo acá tu Alejandrito trae el capote enredado entre los cuernos, dándose de topes a lo tarugo. Le encanta que lo toreen; en pocas palabras: le fascina hacerse güey. Y sí, mi reina, cómo no, cuándo, dónde, a qué horas nos vemos. Y a la hora de la hora naranjas dulces, limón partido… Hum. Creo que estás exagerando. La cosa no va por ahí.

Ángeles se levanta a abrir la puerta del departamento; por los toquidos sabe que es Marco Polo:

—¡Mamá, mua, beso! ¿Para qué te quería mi maestra? ¿Me estoy portando bien? ¿Te dijo que me saqué diez en deportes?

El niño, sin esperar respuestas, se dirige a su recámara y segundos después se escucha la ruidosa musicalidad del Nintendo. Ángeles entra en la cocina y lava algunos trastes y empieza a poner la mesa. Clementina abre la puerta; todavía no entra y ya está

preguntando:

—Mamá, ¿me llamaron? ¿No? ¿Me compraste la bata? —cierra y entra a la cocina a revisar qué hay de comida—. Necesito que me des dinero para ir al centro; mañana tengo que llevar una probeta y un tubo de ensayo. No sé cuánto cuesten.

—Termina de poner la mesa. Voy a acostarme un rato. No hagan ruido, me duele mucho la cabeza, tanto que hasta me zumban los oídos. ¿Dónde está la circular que diga que te están pidiendo material? ¿O los rompiste y necesitas reponerlos?

—¡Aycht! ¡No inventes! No rompí nada y no nos dieron ninguna circular; tú para todo quieres circular; te encanta dar vueltas en redondo, en círculos, ¿no? Si no me crees, habla a la escuela. Ni modo que aych, mamá, de veras.

—Clementina, fíjate cómo contestas. Cuida tu vocabulario.

—Es que también.

—Sólo abres la boca para pedir dinero. Pero no te pida yo que me ayudes porque luego luego haces cara. Tengo meses pidiéndote que arregles tu clóset, que…

—¿Y tú, no? Tú, también, a cada rato pides dinero.

—Pero es para la casa, para ustedes.

—Ahí está: es para la escuela. Y si no quieres, no me des. Que me reprueben y ya —y se aleja.

—Ven acá. Pon los cubiertos y los vasos.

—A-ho-ri-ta. Voy a quitarme el uniforme. Luego me regañas porque no me lo quito llegando.

—No me contestes así.

—Aycht. Ya, mamá, déjame en paz, ¿quieres? Acuéstate. Buenas noches. Hasta mañana.

Condenada escuincla, respondona que se ha vuelto. Tú también, Angelita, tú que le sigues el juego. Qué te costaba decirle, simplemente, que no tenías dinero; que espere a su papá y que se lo pida a él. Pero te pones al tú por tú. Y ya no se deja, qué se va a dejar. ¿Qué chamaca en su sano juicio se deja de su madre? Qué ganas con soltarle un estátequieto. A ti te los soltaron y no por eso

se te quitó lo rebuznona; entonces, ¿de qué te quejas? ¿Le daré el poema en la mano? ¿Se lo leo? ¿O lo dejo en el buró? Ya sé: se lo doy y cuando lo esté leyendo se lo digo de memoria. Debí haber pasado a la papelería a comprar hojas amartilladas, una de color rosita hubiera quedado muy elegante, con su marco de guirnaldas. No, lo mejor es la sencillez, no hay que abrumarlo con tanto detalle. Pero ni siquiera tengo hojas blancas.

Se sienta en la orilla de la cama y, sobre sus piernas, empieza a pasar en limpio las estrofas, en un block de taquigrafía; lo intenta cuatro veces y abandona la tarea, le tiembla el pulso. Se levanta y empieza a tender la cama; repasa mentalmente los versos.

No, así era antes, pero ya lo cambié. No podré decírselo de memoria. Mejor sólo le recito lo que me acuerde. Pero así no se va a entender. Qué te apura, Angelita, si esas cosas a él ni le impresionan; le va y le viene. No es cierto, lo que pasa es que él, como todos los hombres, es un experto en disimular sus emociones. Yo sé que le enamora que le escriba, le gusta mucho. Pues no se nota, Angelita. ¿Cuántas veces le has entregado tus cursiladas y hasta las quinientas las va leyendo?, y eso porque lo estás muele y muele. Es cierto, pero a él le encanta la poesía, le fascina. Se sabe *El declamador sin maestro* de peapá. Recita maravillosamente un libro que se llama: *Los mejores cien poemas de amor de todos los tiempos*. Y no se te olvide que me regaló unas fotocopias de los poemas de Bécquer y Rubén Darío y Amado Nervo. Le gusta la poesía, pero no escribe; le faltaba inspiración, una musa. Pero tú misma me estás dando la razón; por eso, hoy le quiero decir de memoria un poema. Déjame encontrar la entonación justa, exacta, precisa; el timbre ade…

—Ma. Ya tenemos hambre —es Marco Polo, quien está tirado en la alfombra, mirando por debajo de la puerta—. Mi papá no nos dio para el lonch. ¿Me dejas poner mi disco de Gloria Trevi? Ya va a venir mi papi. Ya párate. ¿De qué es la sopa? ¿No hiciste agua? Tengo sed. ¿Voy y le pido una Coca a la del 508? Ma, ¿sí?

—Sobró jugo de la mañana. Está en el refri. Ahorita ya salgo.

Tengo una idea: voy a aprovechar que no me quiere salir bien la letra; más natural va a aparecer: le digo que se me ocurrió en el camino. Él no tiene por qué saber que llevo un mes escribiéndolo. Sí, ándale, hazle creer que eres poeta y en el aire las compones. Yo le hago creer lo que quiera, y ya me caíste gorda, me revientas. Al único gordo que soporto, aguanto y sopeso es a él. ¿De qué lado estás? Ya me enfadaste. Total, no le llevo nada y ya. Con mi presencia basta y sobra.

—Soy yo.

En cuanto abre, José le extiende un ramo de rosas miniatura.

—Ay, qué lindo… ¿Por qué?

Entra y cierra la puerta. Se acerca y le deposita un beso en el cuello.

—¿Acaso un marido enamorado necesita razones para regalarle flores a su mujercita?

—Claro que no. Muchas gracias. Estate —le dice en voz baja—. Los niños tienen hambre.

—Supuse que andarías monstruando. Por eso despertaste tan de malas, ¿verdad?

—Sí. Ha de ser.

—Te tengo otra sorpresa —se desanuda la corbata y se desabrocha el primer botón de la camisa—: me llegó un retroactivo y pedí permiso para no regresar en la tarde. Vámonos al cine. Están pasando una muy buena en el París. Podemos irnos caminando. Y si te portas bien, te invito a cenar.

—¿No te había dicho? Tengo que salir a las cinco. Voy a ver a las muchachas.

—¿A las momias de Guanajuato?

—Mis amigas. No seas grosero.

—¿Qué les ves? Son unas aburridas. Tú misma dices que las amigas de Lita son insoportables, odiosas y pedantes. No entiendo por qué las frecuentas tanto. Todavía tuvieran amantes, tendrían algo de qué platicar. Pero ni quién les eche un lazo.

—La única que tiene de qué platicar soy yo. Hoy me toca hablar

del amante número cinco. Quiero decir, el del martes. Tengo uno por día. Descanso sábado y domingo. ¿Ah, verdad? Para que se te quite lo pesado. Y sí, voy a la casa de Lita.

—¿Otra vez? Ándale, quédate; de regreso pasamos a San Cosme y compramos una película cochinona, ¿sí?

—No estoy de humor. ¡Cómo eres desconsiderado! Si estás viendo cómo me siento.

Ángeles cuelga la corbata y el saco. En uno de los cajones del tocador guarda el block. José se acerca y le rodea la cintura.

—Por eso, quédate. Yo me encargo de que te relajes. Háblale a la comadre y discúlpate. O si quieres, yo le hablo. Ya en serio, ¿de qué platican?

Ángeles se suelta y alcanza la puerta. Sale dando voces:

—¡Niños, a lavarse las manos! Clementina, a ver a qué horas. José, esta niña necesita dinero para no sé qué. Ya le compré la bata y fui a la escuela de Marco. Se me fue toda la mañana en esas dos cositas. No me dio tiempo de hacer nada.

—Pobre de mi mujercita. ¿Dónde quiere que la lleve a comer? Vámonos. Deja todo.

—¡Sí, yupi! ¡A McDonald's! —grita Marco Polo, dando saltos y agitando los brazos.

—No, qué. Se me sientan a comer. José, luego te quejas de que no hay dinero y de que me encanta botármelo en quién sabe qué. Llego toda acalorada de la calle, y a la carrera vengo y me pongo mi túnica de santa, porque sólo así: de puro milagro vamos a comer hoy. Y ahora me sales conque vámonos. Clementina, por favor, apúrate; no te dijera que te hablan por teléfono porque saldrías corriendo.

Apenas se sientan, los niños empiezan a hablar de la escuela. Ángeles se levanta constantemente a la cocina; apenas prueba bocado.

—¡Agggh! El arroz sabe horrible. Parece engrudo. Yo no quiero. Mejor nos hubiéramos ido —dice Marco Polo, llevándose las manos al cuello, enseñando la lengua.

Nada más eso me faltaba. Yo contaba conque José se regresara a trabajar. ¿Y ahora cómo salgo con mi cargamento? Si me llega a cachar, me divorcia en el acto. Divorcio fulminante por infraganti. ¿Qué podría decirle si me llega a ver que salgo con dos paquetes de condones y un vodka sin abrir? Bueno, van dos veces que me encuentra preservativos. La primera, le dije que Conasida los estaba regalando en la calle porque era día del amor y la amistad. La segunda, le inventé que una de las muchachas me los había regalado porque la nueva onda era traer un condón como amuleto, porque atraen la abundancia y la buena fortuna. Desde entonces lo traigo en mi cartera, pero no puedo usarlo. Qué convincente: hasta yo me creo mis mentiras. Dejaré el vodka; es lo más estorboso. Lo menos que me puede suceder es que me pase lo que a la señora que le encontró a su esposo unos condones. A ver si así dejo de contarle las frivolidades que leo en el periódico:

—Y de la rabia que le dio, les echó pimienta. Y mandó al marido al hospital porque el pene le quedó como moco de guajolote. La nota terminaba diciendo que el hombre todavía no había iniciado ninguna acción legal contra ella. ¡Contra ella, hazme favor!

—Pero ¿para qué hizo eso?

—Pues para castigarlo por andarla engañando.

—Ah. ¿Y si tú me encontraras condones, qué pensarías?

—No sé. Pero por si las dudas, les echaría pimienta.

—¿Y si fuera al revés?

—No tiene chiste. Me imagino que debe ser por dentro.

—No te hagas. Que si yo fuera el que te encontrara los condones, ¿qué debería pensar?

—Acuérdate de mi amuleto. Pues lo único que significaría es que soy muy precavida.

—De Provida deberías de ser. Así que tú eres precavida y a mí echarías pimienta.

—Así es. Un poco de sal y pimienta para condimentar el pan nuestro de cada día.

—¿Eh? Sí. Pueden retirarse; lávense las manos. Clementina,

antes de salir a comprar tu material, levantas la mesa. Marco, no comes nada hasta la merienda. José, mandas a comprar leche, pan y huevos.

—Voy a ir al súper. Hazme la lista. Ya se te enfrió la comida. ¿Sigues a dieta?

—No tengo hambre. Voy a bañarme.

Ahora tendré que ponerme otra ropa porque no puedo salir tan arreglada. A ver qué pantalón está limpio.

Permite que el agua caliente, casi hirviendo, le caiga sobre el cuello. Recarga la barbilla en el pecho y masajea la nunca, levanta un hombro y luego otro, estirando los músculos de la espalda. Ahora se inclina y deja los brazos colgando para que el chorro de agua le caiga a la mitad de la columna. Se incorpora y pasa el cepillo de baño por la espalda; se enjabona con una esponja el pecho; con ambas manos levanta los senos y, como si los ofreciera, masajea la punta hasta que el pezón se endurece. *Son del color de tus labios, ¿lo sabías? Tómalos, llévatelos a la boca, acércate, bésalos, despiértalos. Míralos: la misma suavidad, el mismo brillo, igual tono y temperatura. Impúdica. Píntate, cúbrete los labios; que nadie al mirarte te recuerde como yo te recuerdo. Alcánzalos, pasa la lengua, suave, despacio, lentamente. Así, mi reina*.

¿Por qué me estoy bañando, si no me puse el tinte?

—¡José!, ¿me oyes? Dale a Clementina para que vaya a la farmacia a comprarme unos támpax.

¿Dónde dejé los condones? A ver si Marco Polo no va y esculca mi bolsa, como acostumbra. Apenas ve una envoltura de Sanborns y piensa que son dulces. Y bueno, sí, compré unos de sabor frambuesa, que precisamente son para chuparse… Qué idiota. Mejor me apuro.

—Mamá, ¿me escuchas? Te hablan de la fábrica. ¿Les digo que te estás bañando?

—No, hijo. Ya voy.

Cierra rápidamente las llaves. Jala una toalla y sale.

—Deja, regresa a secarte. Yo contesto. —José se levanta,

mientras pregunta extrañado—. ¿Cuál fábrica?

—De lavadoras. No está funcionado bien.

—¿Otra vez? Pero si es la quinta ocasión en tres meses.

—Es la quinta que llamo, pero no vienen a revisarla —aclara Ángeles, quien ya está tomando la bocina—. Cuando la echo a andar hace unos ruidos muy raros; algo debe de tener suelto.

Es él. Cada que necesita hablarme urgentemente dice que es de la fábrica de lavadoras. Por aquello del chacachaca. A ver si ya inventamos otro pretexto.

—Sí. Ella habla. Sí, espero…

Cualquier otro aparato descompuesto. Me temo que éste ya me salió con una de sus tarugadas. Para qué me habla, entonces. Y mira la hora que es. Justo cuando sabe que está José. Justo. Claro, así no puedo decirle ni pío.

—Te vas a enfermar. Vete a vestir —con un gesto Ángeles le dice a José que ya la están atendiendo.

—Sí… Ajá.

—¡Reinita chula! ¿Cómo estás?

Encuerada. Empapada. Trinando. ¿Ahora qué se te atravesó?

—¡Nos cayeron los auditores! Nos acaban de avisar. Ni he salido a comer. Pero no te preocupes, ahora encargo cualquier cosa. Me voy a pasar la noche en vela. O hasta la madrugada, si bien me va. Todo el departamento está que se lo lleva pifas.

¿Nada más el departamento?

—¿Y cuándo… podrán pasar? Dígame la hora y el día.

—Esa es la cosa. Depende. Mañana te hablo temprano. Te lo prometo. O me hablas. Tú entiendes, ¿no?

—A las… nueve, ¿le parece? Llamo a esa hora para saber cuándo me van a enviar al técnico. Claro, entiendo, por supuesto. Ah, y gracias por llamar.

Cuelga. Se pasa los dedos entre el cabello y lo sacude. Pausadamente empieza a hablar como si el tema ya le aburriera:

—Que hable mañana. Creo que tenemos que comprar otra lavadora. Me está dando muchos problemas; anda fallando bastante.

Nomás cuando está de contentillo funciona bien. Uno nunca sabe cuándo va a salir con un problema. Un día es la temperatura, otro es el desagüe o la flecha o la hélice, y ahora tiene un tornillo suelto… Así no se puede. Y yo me pongo tan de malas cuando la ropa se acumula. Llevarla a la lavandería sale en un ojo de la cara. Además de que una no puede andar paseando su mugre por la calle. La ropa sucia se lava en casa. Y con la falta que me hace. Es obvio que la necesito. Uno no puede decir así como así: pues anda falla, y ya: asunto olvidado. Yo no sé cómo le hacían las mujeres de antes, cómo se las arreglaban; es tan indispensable. Y no es fácil cruzar los brazos y resignarse: ni modo, un día tenía que tronar. Desde que la compramos salió defectuosa. Pero me consolaba porque era nueva y probablemente no sabía cómo manejarla o leía mal las instrucciones, pero no importaba porque tenía garantía. Pero los seis meses pasaron rápido y siguió cada vez peor. Algo me avisaba que no era la mejor compra, por algo no quería ese modelo. Desde que la vi tuve el presentimiento de algo fatal, que sólo problemas me traería. Pero tú tienes la culpa, José; tú te encaprichaste con ese armatoste. Te dije que era horrible: café, inmensa, aparatosa, ridícula, anticuada, extravagante, ruidosa, que se parecía a Arturito el de la Guerra de las Galaxias. ¿Sí o no te lo dije? Y tú, necio, que sí, que ésa porque una igualita tenía tu mamá y que le había salido buenísima. Pues qué suerte, ¿no? Pero ve a tu mamá, a ella qué falta le hace. Ella tiene quien la saque del apuro. En cambio yo… Yo también tengo. O tenía, mejor dicho, porque lo que es Queña quién sabe si regrese. ¿No te dije? Sin criada y sin lavadora. Y ni para cuándo se componga. No tiene remedio. Pero yo tengo la culpa por hacerte caso. Qué suerte la mía, estar tan perdida y volver a perder; envidio la suerte de tu mamá. Tiene siglos con su Arturito y no le ha dado ni un dolor de cabeza. Qué mujer más afortunada. Lo digo en serio. Ninguna falla, nada que pueda perturbar su paz hogareña.

—Ya. No es para tanto. —José le pasa la mano a lo largo de la espalda, tal como acaricia al gato—. Tómate una pastilla para que

se te baje la depre. Tranquila, mujer. A lo mejor ni es tan grave el desperfecto; quizás, como tú dices, sólo tiene un tornillo suelto; nada del otro mundo. Cosa de que la abran y se lo saquen. Ya mañana te darán una razón que te satisfaga. ¿Qué le pasó a Queña?

—Nada. Se le cayó el cielo encima.

—Cómo que… ¿Quieres decir el techo? ¿La manta de cielo? Si la vi en la mañana. Se veía bien.

—No tengo ganas de hablar de la criada. Lo único que está claro es que a lo mejor hasta sin gata nos vamos a quedar. Otra vez. Y para encontrarse una que no sea ratera. Queña es metiche, pero es honrada. Nomás de pensar en el trabajal inmenso que me espera mañana.

—Mañana será otro día. Y hay que vivirlo con alegría. Has-ta-ma-ña-na, si Dios quiere. —José imita la voz de Topo Gigio y coloca sus manos encima de la cabeza, simulando grandes orejas—, que descanses bien, llegó la hora de acostarnos… Gelita, ¿me das el besito de las buenas noches?

—¡José, por favor! Ponte sosiego. No me entiendes. ¡Otro día y otro! Y siempre es lo mismo. Estoy harta, José. De verdad. Muy harta. Cansada. Fastidiada —contra su voluntad, su voz se quiebra. Se pasa el dorso de la mano por la nariz y los ojos. José le seca con la toalla el pelo, recargando la cabeza de Ángeles en su pecho.

—Ya, mi Gelus, ya. Quédese con su esposo que tanto la adora. Yo lavo mis calcetines, para que veas. ¿No? ¿No es suficiente? Bueno, también mis calzones —se acerca y le murmura al oído—. O si quieres, no me pongo y matamos dos pájaros de una pedrada: así son más rápido los rapidines y, de paso, nos ahorramos la lavada, ¿qué te parece? Esto de la lavadora descompuesta y que estés monstruando me recuerda un chiste. ¿No te sabes el de la chinita y el chinito que…?

—Ay, José de que te pones de simpático ni quién te pare; no estoy de humor. ¿En qué idioma quieres que te lo diga?

—En chino. No, espérate. Creo que no te lo he contado. Ahí tienes que el chinito le dice a su esposa la chinita:

—Chinito quelel laval lopa.

—Chinita tiene descompuelta la lavalola —ésa era la clave que usaban cuando ella estaba monstruando. Y así pasan cinco días y la chinita siempre contesta lo mismo, hasta que al sexto la chinita por fin le dice:

—La lavalola ya está tlabajando —entonces el chinito le contesta:

—Ya ni molo; chinito ya lavó la lopa a mano.

Ángeles ni siquiera intenta sonreír. José no cesa de reírse. Lo contempla impaciente. Sin dejar de reír, se acerca sugerente:

—Contigo, claro, no hay ese problema. Tu lavadora, la de a deveras, ésa nunca se descompone. Es que la chinita del chiste no conoce la vía tapo. ¡Ah, picarona! Por eso me pediste que mandara a Clementina a la farmacia. De tolos molos, el chinito José lavalá su lopa a mano, pala que su señola no se enoje.

—Bueno, ya. Se me está haciendo tarde. Tengo frío. Estás helado. No, deja, tienes las manos sucias. No me beses, hueles a atún. Luego. Cuando regrese.

Ángeles se suelta de los brazos de José y se mete a la recámara. Se viste de cualquier manera, lo primero que encuentra. Se sienta frente al tocador; se cepilla con energía. Se maquilla automáticamente, sin recordar que los tonos de la ropa y las sombras de los párpados deben combinar. En nada se fija. Sólo en el rostro de David Alejandro: sonrisa arrogante, un poco burlona, a mitad de la luna.

¡Nos cayeron los auditores! Pero si hasta parece que le da gusto. Lo dijo con alegría, como si le hubiera atinado al *melate*. Le encanta trabajar como bestia. Ahora que los auditores son los auditores y con Hacienda no se juega. Pero tampoco conmigo, todo el numerito que tengo que hacer y a tres horas de la cita me sale *pues fíjate que siempre no*. Pero si hasta parece que estaba hablando con Teté, con el mismo tonito hipócrita que emplea cuando se va a ir conmigo. ¿Y si se va a bailar con la calavera rumbera? Es que me lo dijo muy campante, muy risueño. Si casi puedo ver cómo le tiembla la panza

del puro gusto. O a la mejor está contento porque es verdad lo de la auditoría y no tiene necesidad de echarme una mentira. A veces creo que me inventa cualquier cosa con tal de no verme. Debería caerle a su trabajo y checar si está en lo que dice que está, porque si al rato le hablo por teléfono quizás compruebe que ahí está, pero no puedo saber con quién o cómo. Será mejor hacerle caso a José y quedarme en casa; total, hago como que le llamo a la comadre y como que le cancelo. Aunque si me quedo voy a estar insoportable; si de por sí ya no me aguantaba el genio, menos ahora. Gordo desgraciado. Quisiera verlo en mi mesa pero con una manzana en el hocico; así con la sonrisita de lado pelando los colmillos. Hasta rojo de contento se ha de haber puesto. ¿Por qué lo hace si ya sabe cómo me pongo cuando habla para cancelar? Ah, pero si no habla, peor, porque entonces me hace ir de oquis. Lo mejor será salir a darme una vuelta por ahí. Sola. Calmarme. Sí, mejor. Tampoco está bien que me desquite con los niños. El marido me trae flores y el amante me da calabazas. ¡En qué mundo tan alrevesado vivimos, por Dios Santo! Capaz que mañana me sale conque siguen en auditoría, que mejor le hable el viernes o el lunes. Lo ideal sería conseguirme otro amante. Así ya no me enojaría tanto; a lo mejor hasta para él sería un respiro. En la prepa tenía tres y hasta cuatro novios esperando turno. Debería tener a alguien en la banca, en la reserva; antes que mi *sex appeal* se marchite. Lo bueno es que ya compré todo. Quizás sea mejor que acompañe a José al súper; sirve que busco mi tinte y me lo aplico en la noche. Pasaríamos a la tintorería a recoger mi traje verde; después iríamos a escoger el regalo de su madre. No. Mejor me voy a pasear por ahí. No tengo ánimo para aguantar las zalamerías de mi maridito. Se nota que quiere, y no estoy para esas andanzas. Bueno, pero cuando anda querendón no me niega nada.

—José, ya me voy. ¿Me prestas cien?

—¿Y cuándo me los pagas?

—Cuando regrese. No me tardo.

—Bueno, pero en la noche hacemos cuentas, ¿eh? Ya me debes mucho.

Marco Polo sale corriendo de su recámara y se agarra de las piernas de su madre.

—¿A dónde vas? ¿Me llevas?

—No puedo. Tienes que estudiar matemáticas y hacer tu tarea; que tu papá te la revise.

—¿No? —el niño se regresa corriendo, antes de volver a entrar, le enseña la lengua—: ¡Aaah, qué mala!

—¡Marco! Tu mamá no es mala y también tiene derecho a distraerse un rato.

Ángeles viste un pantalón negro ajustado, de licra brillante; un suéter rojo, largo, con bolsas de parche al frente y pequeños botones dorados en la hombrera izquierda. La cadena de la bolsa roja le cruza el pecho. Tacones de charol negro, de alfiler. En la mano lleva el volumen de libros condensados de *Selecciones*. En la esquina de Ramón López Velarde hay decenas de pájaros, tortolitas inmóviles, sobre los alambres de luz; así quietas, dormitando, semejan una partitura. Sus pasos, rápidos y firmes, resuenan a lo largo de la desierta calle sembrada de frondosos colorines. Ángeles dobla en Amado Nervo y sonríe ampliamente: la calzada es una alfombra de pequeñas flores lilas. Levanta la vista y mira la jacaranda que rebasa la barda. Un colibrí mete la cabeza aquí y allá: un ebrio lúcido en medio de la orgía. Detrás del lila, el gris del cielo. El aire levanta las flores, las arremolina. Inesperadamente se siente feliz, plena, iluminada, llena de vida. Desde que cerró el zaguán del edificio, los versos la acompañan. Disminuye el paso. Camina de puntas, caracoleando, evitando pisar las flores. Se sienta en un banco de cemento y escucha la voz interior:

No hay sal más dulce que tu piel encima
de mi cuerpo que espera su llegada.
Tus labios saben al frescor que nada
en la luz cuando el día se aproxima.

Siente mi lengua, que no te lastima

al despertar la furia encadenada,
la que surge de adentro, llamarada
que apaga el fuego y que, después, lo anima.

Los besos de tu boca son más suaves
que la luz de la luna, que un deseo.
Con ellos me disuelves y lo sabes.

Mas vuelvo y en tu sangre un aleteo
te alza, y en tu goce ya no cabes
cuando en tus labios pones mi trofeo.

Tiene cruzadas las piernas; todo el peso del cuerpo lo deposita sobre el tacón izquierdo. Los brazos en cruz, abrazándose a sí misma. Se muerde el labio inferior y fija la vista en la jacaranda. Recorre el cuello y se entrega a la caricia; sabe que la propia piel puede ser ajena y entrañable. Esa placidez la conduce al momento exacto cuando, en el coche de David Alejandro, descansó la cabeza en el respaldo. Y nuevamente, con embeleso, contempla el amado perfil. Débiles luces traspasan los cristales golpeados por la lluvia. Lo oye hablar; el tono que imprime a su voz es bálsamo que alivia las heridas más profundas. Su acento es música irrepetible, escrita en el vacío. Ángeles lo escucha, pero la belleza verbal, como toda belleza, escapa a la memoria; ni la mente más hábil puede conservarla en todo su esplendor. Quizás, por ello, Ángeles sólo retiene algunos brillos, palabras sueltas. Era una noche de agosto, de tormenta súbita, en ese sitio; náufragos en una isla, cercados por las aguas.

Frente a Ángeles, en una motocicleta ruidosa, dos muchachos gritan y ríen, dando vueltas y enfrenones; la alharaca va subiendo de tono. De pronto comprende que es la tercera vez que pasan y que no se irán sin antes sacarla de su ensimismamiento. Enfoca la vista y los reconoce: son amigos de Clementina. Se levanta con la sensación de haber sido descubierta; como si los jóvenes conocieran sus pensamientos y, sabiéndolos, hubieran decidido rescatarla. Les

sonríe con avergonzado agradecimiento. Continúa su camino.

Tu mamá no es mala. Ay, mi San José. Tan bueno. Ya van a dar las cinco. A las ocho estoy de vuelta. Debí preguntarle cuál película quería que viéramos. No, no tengo ganas de meterme en un cine. Una copa me caería bien para terminar de relajarme. No quisiera ir al Sanborns de siempre, pero es lo mejor; el mesero ya me conoce. Dos cervezas, tres cigarros y me regreso.

Ángeles se detiene a comprar una cajetilla de cigarros mentolados. Afuera de la estación del Metro, la gente queda irremediablemente atrapada entre los puestos de joyas de fantasía, chocolates y muñecos de peluche; entre anteojos, videos y casetes pirata. La estridente música no consigue callar el ofrecimiento de taxis libres, de mercancía, ni las súplicas de los que piden permiso.

Nunca llegó Clementina. Se sale y sólo Dios sabe a qué horas va a regresar. ¿Se habrá ido al centro? ¡Esa niña, esa niña! Falta un mes para su cumpleaños. No sé si enviarle un telegrama, una tarjeta, un ramo de flores o las tres cosas. Tengo que averiguar qué estación de radio escucha para enviarle una felicitación. ¡Que no se me olvide hablarle a Lita para ponerla de acuerdo; se supone que voy a estar en su casa! El 19 de abril cae en viernes; perfecto, lo invito a cenar y demás. Hoy mismo le busco a mi Gordito una tarjeta. ¿Se la mandaré por correo? No, porque corro el riesgo de que la calaca rumbera la abra y reconozca mi letra. Escribo la dirección a máquina. No, porque la confundiría con correspondencia del despacho; la privada no se la abre. Que Lita se la escriba. Una semana antes la echo en el buzón para que llegue a tiempo. Ese día le voy a hablar por teléfono para ponerle «Las mañanitas» interpretada por Pedro Infante. ¿Cuánto costará mandar a hacer una manta? La colgaría en el árbol que está enfrente de su casa: *Happy birthday to you, my darling*.

Ángeles llega al pasaje del Metro Hidalgo. En el corredor hay hombres alineados. Se miran de soslayo, nerviosos; impacientes, se revisan impúdicamente de arriba abajo. También se los halla en las columnas, en la barda, afuera de la tienda Milano; no ocultan el

nerviosismo. Se acercan, se miden, se tocan como por descuido, tanteando la posibilidad de una aventura. Los jóvenes enmascaran la espera con una risa escandalosa y retadora.

Mejor le regalo el cielo, la luna y las estrellas porque con qué ojos. De los mariachis y de la manta me olvido; puede que sí logre juntar para comprar el arreglo floral. El disco que hoy compré mejor se lo doy en su cumpleaños: un cómpact con los mejores éxitos de Richard Clayderman. Le va a encantar porque trae «Matrimonio de amor»; la que tantas veces ha pedido en los bares. Aunque pensándolo bien, no se lo merece; ya mero y me lo quedo. De seguir así, a fin de año me van a dar mi calendario en Sanborns. Cada que me da plantón tengo que ir ahí a pasar la tarde. Es un desconsiderado, pero ni modo de quedarme vestida y encerrada. Aunque podría irme peor; a otras las han dejado desnudas y alborotadas. ¿Y cómo no salir si ya anuncié a los cuatro vientos que tenía equis compromiso? Él no tiene problema porque se queda trabajando. No descuida a su familia ni a su hogar. Queda bien en su casa, con sus jefes y con su mujer. ¿Por quién me toma? ¿Acaso me confunde con la sección amarilla? Conmigo se ahorra tiempo, dinero y esfuerzo. A la única que le falla es a mí. No sé qué se figura que soy; aunque el día que voy a verlo soy una astronauta a punto de ser lanzada a la luna: 10, 9, 8, 7… hasta que se llega la hora cero.

Ese pensamiento la lleva a una de las primeras conversaciones que sostuvo con David Alejandro:

—Y tú, ¿qué signo eres? —él le preguntó.

—Tache —le respondió con el deseo de cortar la plática lo más rápido posible.

—¿Cómo que *tache*? ¿Por qué?

—Porque estoy en los cuatro lados; incluso, también en medio.

Él se quedó callado; miró su copa y comprendió que lo estaba cortando por lo sano. Ella se arrepintió de su actitud y le preguntó con amabilidad:

—Y tú, ¿qué signo eres?

—Cero.

—Sí, claro. Ya veo —y le sonrió. Sacó un cigarro; él le quitó el encendedor y se lo prendió. David Alejandro agregó:

—Tache y Cero… Según mis conocimientos de astrología, esos signos se llevan maravillosamente: son compatibles.

—Para los que se portan mal. Pero yo siempre me saqué diez en conducta —le respondió Ángeles, con la vista al frente. Eludía la sonrisa y los ojos de David Alejandro: la perturbaban. Temía corresponderle con igual coquetería y atrevimiento, como él venía haciéndolo desde dos meses atrás.

—No hay problema —agregó él, conciliador—. Un diez puede convertirse en un tache. Yo me quedo con el cero. Y tú con el uno; lo partes a la mitad, lo cruzas, y ya tienes tu tache. Pero cuando estemos juntos, según convenga, haremos el diez, el tache o el cero.

—Y un cero al desdoblarse puede ser una línea —respondió Ángeles, indiferente, como si agregara una obviedad. Buscó con la mirada un cenicero. David Alejandro se levantó a buscarlo en la cocina. Ella empezó a sentirse acalorada. Bebió el tequila reposado de un trago; comprendió que él ya no estaba insinuándose: era una declaración, muy davidalejandriana, pero declaración al fin. Lita se acercó y volvió a llenarle el vaso. Ángeles la miró interrogante. Lita le respondió con el gesto con que suele expresar: «*Let it be*». Cuando David Alejandro regresó, se sentó a su lado y le preguntó con naturalidad:

—Oye, qué opinarías si el cero rodeara al tache.

—¿Cómo? ¿Y para qué? No entiendo. Si el cero encierra al tache tenemos cuatro triángulos.

—Pero amorosos; por naturaleza, todo triángulo es amoroso.

—Tan amoroso como el triángulo de las Bermudas. Ya no sé de qué estamos hablando. No me gusta la geometría ni me sé ninguna fórmula. José y tú tienen la odiosa manía de ponerse hablar de números a la menor provocación. Dejaran de ser contadores; cómo les gusta complicarse la vida.

—No se enoje. Las reinas siempre deben sonreír ante sus

súbditos. Y no me diga eso. Usted bien sabe que de complicado no tengo nada: soy tan fácil como la tabla del uno.

Ángeles suele conversar mentalmente con David Alejandro historias que nunca le ha narrado, pero que le gustaría contárselas. Otras veces, sin causa aparente, se le presentan con nitidez las pláticas reales y las deja fluir libremente; como ahora que se apresta a escucharse a sí misma y extasiarse en la desnudez de David Alejandro: recorrer la inmensidad de la tierra prometida. Beben vino en la intimidad de un hotel. La habitación está decorada en tonos rosas y lilas. La tarde de enero es fría y lluviosa. David Alejandro tomó la mano de ella y la colocó en el pene erecto:

—¿No podríamos dejar la plática para después? Es que mira cómo tienes al pobrecito.

Los dedos de Ángeles se deslizaron en la parte superior del miembro, sin llegar a tocar la corona del glande. Ahora, mientras contempla su reflejo en la puerta del vagón, sus dedos rememoran aquella viva mansedumbre de la carne, la cual exige y se prende de las caricias, tal como un felino cuando se le pasa la mano por el lomo. Ángeles observó la apostura del pene y le comentó:

—¿Ya te conté lo que le dije a una compañera de Lita? A una profesora de la universidad, una sangroncita, pelona horrible… Bueno, pues la pesada esa comentó:

—Por fin, a los cuarenta años, he escrito mi primer poema feminista. El título es un juego de palabras. Lo titulé: «Fablar», es decir: hablar a la usanza antigua. Encerré en un parentésis la b, para que se lea: *falar*; me refiero, por supuesto, al falo. Nótese que el sustantivo pasó a verbo. En este poema expongo toda mi rabia contra la cultura machista, acumulada a lo largo de toda mi vida. Por eso es muy extenso. Se los voy a leer.

—Pero cómo pudiste —sorprendida, la interrumpí—. ¿Es posible expresar…?

—No fue sencillo. Las mujeres, desde que nacemos, no podemos hablar con libertad. Pero yo me he decidido a tomar la palabra y lo hago a partir del falo porque, como ya debiste haberte dado

cuenta…

Siguió teorizando y volví a preguntarle:

—Pero ¿cómo, si te…?

—A eso voy. La cultura falocrática… Según la teoría de nuestro padre Jung… Y Lacan… Ambos nos dicen que… No quisiera emplear términos que te fueran desconocidos o muy elevados. Para decírtelo de un modo más sencillo, ¿te has puesto a reflexionar en la importancia que la cultura occidental le da al falo? Incluso, para que te des una idea, no vayamos muy lejos, nuestros antepasados indígenas esculpieron penes de todos los tamaños; algunos gigantescos, pero la mayoría de ellos fueron destruidos durante la conquista. Permíteme decirte que nosotras, las mujeres, aún no hemos aprendido, después de treinta siglos, a hacerle frente a una sociedad que nos ha impuesto el falo…

—Te entiendo perfectamente —volví a interrumpirla—. Yo también hablo del falo; es a él a quien me refiero. De ahí precisamente me surge la duda.

—Adelante, con toda confianza, haz tu pregunta. Si yo no puedo despejarla, alguna de nosotras intentará resolvértela.

—Lo que no entiendo es cómo, de qué manera vas a hablar, si con un falo en la boca no puedes decir nada. Te la tapa completamente.

Y me empecé a reír. Ellas se desconcertaron. Lita quiso reírse, pero se aguantó; con la mirada me reprochó: «*You are nuts*». La tipa, por supuesto, ya no leyó su poema.

Tú entiendes, ¿no? No, pues la pura verdad no comprendo cómo puede desdeñar una cita. No razona que todos los días son iguales; que los únicos dignos de recordar son aquellos en donde es posible apartarse un poco de la rutina. Para mí, el día que nos vemos es como si el mar se abriera y dejara atrás la esclavitud. No entiende que la vida está hecha de retazos de felicidad. Hay que ir juntando cuadro por cuadro para ir formando una gran tela. La imagino grande y coloreada como falda de gitana; pero él se conforma con pedazos tan pequeños que bien podrían usarse como pañuelos

desechables. Ya lo hemos platicado, pero me da la impresión de que, una de dos: o no lo entiende o yo no me explico bien. Por eso me pongo como energúmena, aunque sin llegar jamás al insulto. Perdería el estilo si le soltara una sarta de leperadas. Prefiero pasarme la tarde en un bar que irle a hacer un tango a su despacho. Los amantes deben pertenecer al lado bueno de la vida. Eso para mí está muy claro. A decir verdad, él hace hasta lo imposible para que nos veamos, pero es un hombre muy ocupado. Ni modo que me consiga de amante a un haragán que nada más esté a mi servicio. Me haría la vida imposible. Tampoco puedo andar con un soltero. Ni con alguien más joven que yo. Llegando a Sanborns hablo a la casa para ver si ya llegó Clementina; hay que estar al pendiente con esa niña. Le voy a pedir que le suba el dobladillo a la bata y remache los botones. Ay, pero no tengo hilo blanco.

A su lado pasa un voceador ofreciendo su mercancía:

—En-té-re-se de cómo la hiena asesina mató a sus hijos y a su amante. Co-noz-ca la espantosa historia de…

Vuelve a sentir la opresión que le había provocado una noticia similar. Era domingo, esa mañana se había despertado sobresaltada y, de inmediato, descolgó la bocina del teléfono. Creyó que aún estaba en el hotel con David Alejandro y que debía reportarse con José para justificar su ausencia. La noche anterior habían salido de la casa de Lita en silencio. Dos meses y medio habían transcurrido desde que Ángeles había conocido a Teté. De entonces a la fecha había tenido que reconocer que todos sus esfuerzos por ahuyentar la imagen de David Alejandro habían fracasado. Esa noche se daba por vencida, harta del agobio de entablar y perder encarnizadas batallas consigo misma. Durante el trayecto quería saber las bases que regirían a la relación, pero callaba; por un lado le parecía absurdo comportarse como una doncella ante lo desconocido. Y, por el otro, intuía que ante el deseo la única respuesta válida es la consumación precedida del silencio. David Alejandro dobló en Bernardino de Sahagún, una pequeña calle cerca del Metro Revolución. Ángeles festejó que hubiese cuatro hoteles en un callejoncito; le pareció que

los anuncios neón les daban la bienvenida. Llegó a su departamento cerca de la medianoche. José y los niños se habían ido con su suegra. Despertó a las nueve de la mañana. Tenía la sensación de que todo era irreal. Lo único cierto eran los sucesos de la noche anterior. Y prueba de ello era el escozor en el cuello y las mejillas provocado por la barba cerrada. Se levantó a bañarse. El agua hirviendo fue relajando el cuerpo adolorido. El calor reavivó los besos y las caricias recibidas; cuando miró su rostro en el espejo le sonrió. A partir de ese momento serían dos: la que todos veían y la de adentro: a la nueva, a la amante de David Alejandro. Se fue a la cocina y se preparó un café. Corrió la cortina. Se sentó en el sofá. Abrió el periódico y leyó que una mujer casada había matado a cuchilladas a su amante y a la novia de éste. Los encostaló y, ayudada por sus hijos, tiró los cadáveres al río. Releyó varias veces el artículo. Regresó a acostarse. Se levantó después de las doce, con el cuerpo adolorido por el exceso de descanso. Desistió de maquillarse cuando miró sus párpados hinchados. La mujer reflejada en el espejo y la de afuera eran irreales, como la noche anterior. Cerró la cortina; le pareció absurda tanta luz endomingada. El día terminó y ella no se quitó la bata. Se acostó sin sueño pensando en la amanticida:

Asesinó con premeditación, alevosía, ventaja y traición. De menos le van a echar cuarenta años de cárcel. Pero si su marido la hubiera encontrado in fraganti y la hubiese matado, nada más le hubieran dado siete años. Eso dice Lita. Ya habíamos platicado que la ley pareciera otorgar al hombre el permiso de matar; se entiende, es común, que la mujer es quien recibe en casa a su amante. Por ningún motivo, bajo ninguna circunstancia David Alejandro debe entrar aquí. Sí José lo mata a él y a mí, le dan siete años; le sale igual de barato. Yo tampoco debo ir a su casa. Infeliz mujer. Lo que más me conmueve es que debió de amarlo mucho. Esa pasión no se terminó al matarlo. Lo triste, digo, es que lo va a seguir amando. Y deseando.

¿El vodka se quedó encima del trinchador? ¿Y los condones?

¡Mejor me regreso! ¿Y si les echa pimienta? Creo que los dejé en la bolsa que traía en la mañana. Y si los guardé, no estoy muy segura de haberlos escondido en el alhajero o en el cajón de la lencería o simplemente los dejé sobre el tocador. Ni idea. Quién me manda haberlo acostumbrado; yo los compro y mi Gordo los guarda.

Ella sabe que de todos los obsequios que le ha dado, los condones son el regalo que él más festeja. Ella se los entrega envueltos para regalo. David Alejandro los va destapando ceremoniosamente y, aunque tenga la sospecha de que otra vez serán condones, siempre ríe cuando termina de abrirlos y los agradece.

No he ido a Tepito para ver qué novedades tienen. No he vuelto a ver los preservativos que venían en un paquete de pastillas Salvavidas; era idéntica la envoltura, pero adentro traía un condón.

Ángeles se mira ofreciendo a David Alejandro el paquete; lo abre distraídamente, como si fuera a sacar una pastilla. En cuanto ve que es un condón, simula una enorme frustración y se lo devuelve:

—Ten. Si no tienen hoyo no son Salvavidas.

—Tú, úsalo y verás qué pronto aparece el hoyo.

A veces, en la casa de Lita, enfrente de todo mundo, David Alejandro le pide un dulce. Y al recibir las pastillas, casi siempre comenta:

—Éstas sí son decentes: tienen hoyo. Es lo que más me gusta.

Ángeles se baja en la estación Miguel Ángel de Quevedo y espera un taxi.

Vamos, Angelita, a quién tratas de engañar: si no compras los condones, él no lo va a hacer; no imagino a tu Alejandrito comprándolos. No va con su personalidad. Ya es mucha ganancia que se los ponga; no protesta, se resigna. No seas tan injusta con él; al principio, es cierto, se apenaba; pero ya le agarró el gusto. Acuérdate de las bromas que hace cuando le regalo los preciosos condones de Mickey Mouse; cómo lo agarra de las orejitas mientras pregunta por su casa. Él no se hace el resignado ni se los pone de mala gana. Incluso, ha demostrado su sentido del humor. ¿Acaso ya

se te olvidó la historia de los condones fosforescentes?

—Por favor, a Sanborns San Ángel.

Cuando Ángeles le dio los condones le dijo que sólo servían para jugar. Muy pensantivo los revisó. Ella supuso que no estaba para bromas. Luego, muy serio, y como si le confiara un secreto, le comentó:

—Reinita, ¿sabías que este lugar está encantado? Aquí se murió de un paro cardíaco un hermoso mancebo mientras hacía el amor con la más bella y agraciada de las infantas. Dicen que por las noches de cuarto menguante su órgano vital vuelve a materializarse.

—¡No inventes!

—En serio. No creas que se murió aquí en esta habitación… Donde construyeron este edificio era su casona. Es una leyenda de los tiempos de la Colonia. ¿O por qué crees que se llama Hotel Encanto? Con suerte y se nos aparece. Quédate quietecita; sosiégate un rato. No se te ocurra fumar. Tampoco hables.

David Alejandro se levantó y apagó las luces. Se metió al baño. Todo quedó a oscuras. Ángeles se cubrió y cerró los ojos; tres minutos después se incorporó y vio un pene fosforescente sobre el taburete, decepcionada comentó:

—Ay, yo pensé que se nos iba a aparecer su corazón. Como dijiste *órgano vital*. Querrás decir *viril*.

—No, dije bien: *vital*, reinita, *vital*.

—No. Porque si el corazón deja de latir, te mueres. Así te castren, de todos modos, sigues vivo.

—Tú entiendes lo que quiero decir: es vital para estar vivo. ¡Sscht! El pene en pena necesita deambular para mitigar su dolor.

Pero no era un pene pesaroso sino bullanguero y volador. David Alejandro le pedía que lo consolora, pero cuando iba a tocarlo, él lo cubría con el pañuelo y desaparecía. Después, Ángeles lo encontraba a la mitad de la pared o reflejado en el espejo o sobre la cama, en el clóset. Después de una hora de jugar a las escondillas, se vistieron y salieron:

—Reinita, mientras llamo el elevador, ¿no quieres ver si dejé mi cartera en el cajón del buró?

Rápidamente Ángeles entró y sin prender las luces, metió la mano y tocó algo duro:

—¡David Alejandro!

—¿Qué pasa?

—Ahí está. No es juego. Vámonos.

Prendió la luz y abrió el cajón. Volvió a cerrarlo.

—Te lo dije. Las leyendas de la Colonia son ciertas. Todo este rumbo está lleno de fantasmas.

—Está erecto, sentí las venas. No puede ser un plátano ni una zanahoria ni un rábano ni un pepino. Sentí que era un pene de verdad, pero muy frío.

David Alejandro muy orondo y quitado de la pena le pido que volviera a abrir el cajón.

—Hazlo tú. Está helado.

—Claro, es de un muerto.

—Déjalo y vámonos. Si fuera de un muerto estaría chiquito y éste está… Ay, no, mejor agárralo tú y lo tiramos por ahí. No vayan a echarnos la culpa. Con el número de la placa del carro, rápido dan con nosotros. Con José, mejor dicho.

Abrió el cajón y lo guardó en su saco. Salieron a la Calzada de Tlalpan.

—¿Al Mirador de Cuernavaca? —él le preguntó.

—Yo no quiero ver la ciudad. No quiero nada; sólo quiero irme a mi casa.

—Te pregunto que si ahí te parece bien que lo tiremos.

—No, mejor en la carretera.

Antes de llegar a la Pera se quedó dormida y despertó cuando ya estaban entrando a Cuernavaca.

—¡No seas bárbaro! Es tardísimo. Van a dar las diez.

—Háblale a José para que no se preocupe. ¿No querías que te trajera a Las mañanitas?

—Sí, pero no en la nochecita. ¿Cómo se te ocurre venir a

Cuernavaca cuando tu coche no circula? José se va a dar cuenta del kilometraje. ¿Qué le voy a decir?

—En eso no pensé. Ya se te ocurrirá algo. Háblale a mi comadre y pídele que le llame a tu marido; a ver qué le inventan entre las dos. Mientras, voy al baño y tiro el asuntito aquel. Si llegan a encontrarlo, no va a trascender. Al dueño no le conviene el escándalo.

Ángeles acató la sugerencia. Después de hablarle a Lita se sintió más tranquila. Pidió un tequila doble. En cuanto le dio el primer trago, percibió la fatiga enorme que la aquejaba; no tenía una idea clara de dónde se hallaba o si era cierto que habían estado jugando o si estaba soñando. En ese momento, hubiera dado su reino por estar en su cama y abrazar a José; imaginó la figura de José tendida sobre el jardín, rodeada de pavorreales y aves exóticas. Fue entonces cuando le pareció totalmente absurda la historia del fantasma. Y la olvidó. Desconoce de qué hablaron o si hablaron. Ni qué cenaron. Ya de regreso, en la carretera, David Alejandro le tomó la mano y, entre sueños, sintió un objeto. Abrió los ojos y era un consolador. Sin el condón fosforescente.

—¡Cómo eres!

Y le dio un golpe en el muslo, mientras le decía:

—¡Idiota menso!

—Es de pilas. No lo conseguí negro, como lo querías. Espero que no sientas la diferencia y te conforme este exótico color salmón.

—Ya decía que era una estupidez. Pero era imposible imaginar una cosa de éstas. Si cada que te pido que me regales uno, te haces el ofendido y muy digno me dices: «¿No te soy suficiente? Lastimas mi dignidad de hombre. No seas tan golosa».

—Pues ya ves. Te hubiera dado el patatús si te regalo el consolador de los penes cuates.

—¿Y eso qué es?

—Dos penes: uno tamaño natural y otro más chico para la vía tapo —como dices que dice José—: para circular a la misma velocidad en los dos carriles.

—Qué interesante. Te estás volviendo todo un experto.

—Todo se lo debo a las clases particulares de mi maestra. A ver si me pone diez en aplicación sexual. Yo quería que lo estrenáramos hoy, pero… Ya me dirás qué tal funciona.

Y ahí sigue: nuevecito. Yo creo que nos trajo mala suerte. Desde que me dio la perversión aquella, por angas o mangas, no nos hemos visto. Tres veces, Angelita, tres veces te has quedado esperándolo a mitad de la calle. Y te has visto en la penosa necesidad de regresarte con tu precioso cargamento: el brandi, el lubricante, los condones y el vibrador. Un día te van a confundir y te va a levantar la razzia. ¡Chula, te verías vaciando tu bolso en el mostrador de la Delegación, como cualquiera del talón! A ver quién te cree cuando les digas a los del Ministerio:

—No, pero si yo no soy lo que ustedes se imaginan. Si yo soy casada, ahorita viene mi esposo.

Sí, querida Angelita, tu señor marido tendría que ir a pagar la multa o te encerrarían 36 horas por ejercer la prostitución en la vía pública. ¡Óyeme, no! El hecho de que yo traiga en mi bolsa lo que me dé la gana, no significa que cobre mis favores. Pues peor para ti, Angelita; no cobras, pero bien que gastas. Hum. Si compartiendo los gastos me deja plantada, menos va a ir si le dejo pagar todo. Además, tú lo sabes, sería una inconsciencia de mi parte hacerlo gastar cuando bien sé que su sueldo apenas le ajusta para mantener a su familia. Además, está pagando la hipoteca de su casa y las mensualidades del coche y las colegiaturas y… Ya, Angelita, ya; no sigas. Me conmueves; tu altruismo está a la altura de las damas voluntarias de la Cruz Roja. Pues di lo que quieras, pero con dinero o sin dinero, él sigue siendo el rey. Ay, Angelita, hay que ver lo analfabeta que puedes ser; cuando te empeñas en no ver la o por lo redondo.

Ángeles está en el bar de Sanborns San Ángel, sentada junto al ventanal que divide la primera sala de la terraza. Detrás de ella están la cantina y el televisor. Desde su lugar puede escuchar la música, pero no alcanza a mirar a los intérpretes.

—¿Le sirvo lo de siempre, señora? —amable y sonriente, le pregunta el mesero.

—Sí, por favor.

—¿Le traigo una botanita? ¿O sigue a dieta?

—Sigo.

—Con el perdón de usted, pero yo la veo muy bien.

Hasta el mesero me echa flores. Tanta flor me va a sepultar. Si mi Gordis se muriera, no iría a su entierro. Y aunque en los sepelios se contagia la lloradera, no podría explicar la mía. A tres metros bajo tierra o encima de ella los amantes no deben darse esos lujos. Hay que guardar silencio como si el asunto no existiera; enterrarlo, por principio de cuentas. Un amante de ley no exhibe, no expone a su amada al qué dirán. Un hombre no lo hace. Los donjuanes son otra cosa; ésos son eternos amantes primerizos, chamacos presuntuosos, vulgares machines. No hay necesidad, Angelita, de que se muera para que lo llores; ya lo has llorado bastante; tanto como si de verdad lo hubieran sepultado. Sí, es cierto. Y nadie fue para darme el pésame; a mí, la viuda-casada. Salud, doña fúnebre.

Cuando Ángeles entró en el bar, recorrió todo el recinto, los tres salones de hechiza arquitectura colonial. Avanzó de prisa, buscando con ansiedad en todas y en cada una de las pocas mesas ocupadas; daba la impresión de haberse citado con alguien y de que estaba llegando retrasada. Era una táctica para alejar a los hombres que la vieran llegar sin acompañante. El guitarrista, en la sala del fondo, cuando la vio retirarse le dijo en tono burlón:

—Éjele, ya vino; pero se fue porque llegaste tarde. ¡Ey, amiga, no te vayas! Si viene, ¿qué le digo?

—Que lo amo.

—Órale. ¿De parte de quién?

—Mía.

—En cuanto lo vea se lo diré.

¿Por qué imagino la muerte de mi Gordo? No debería importarme su vida ni su muerte. No es mi marido. Lo que a él le suceda o deje de sucederle no me afecta directamente. Herencia no

me va a dejar. Su destino no está unido al mío. Sólo debo tomar de él lo que más me guste. Sus defectos deben dejarme fría; no vivo con ellos, no los sufro. Si está vivito y coleando o si fallece es problema, en todo caso, de Teté y de sus hijos. En cambio, si yo me convirtiera en la viuda de Santos, triste mi calavera. Cuál viudita alegre ni que la fregada. Me llevaría la que me trajo. Así estamos bien todos. Mejor pensemos en algo más edificante; idear cómo organizar mis días. Llevar una agenda, por ejemplo. José tiene años sugiriéndomelo, pero yo se lo tomo a burla; me parece que eso es para los que trabajan en una oficina y tienen mucha gente a quien llamar por teléfono y registrar las veinte mil juntas, comidas, cenas, cocteles a los cuales deben asistir durante la semana. No conozco a nadie así, pero ése es el mundo de las personas importantes. Cómo me gustaría ser directora ejecutiva, gerente o algo por el estilo; conocería los hoteles más lujosos de la ciudad y del mundo. Pero aunque no lo sea, hoy mismo me compro una agenda. Así, cuando mi Gordo me pida una cita, sacaré mi libreta y él podrá ver que tengo otros compromisos; tantísimos que me veo en la necesidad de consultar mi agenda. Es necesario introducir un cambio en nuestras vidas. Si tiene la impresión de que nada más estoy para él, está en lo cierto; pero eso se acabó. Hay que poner un hasta aquí. Desde mañana apuntaré todos mis compromisos. No le hace si tengo que anotar que debo coser un botón el 14 de marzo a las 9:30 am. Datos realmente importantes, cuando menos para mí; por ejemplo: que empecé a menstruar un día antes. Anotar que el 30 de cada mes debo pagar mi tarjeta de crédito.

—¿Me permite?

Y sin esperar respuesta el mesero de chaquetilla roja le enciende el cigarro. Maquinalmente Ángeles se acerca a la flama. Sigue pensando y no agradece la atención. El mesero le vuelve a llenar el tarro de cerveza y se aleja.

El arte de llevar correctamente un hogar se centra en atender una serie de pequeños detalles y resolverlos a la de ya. Por mi mala costumbre de apuntar en todas partes salí perdiendo con el Avon. A

los cinco meses, cuando puse orden a las cuentas, descubrí que estaba endeudada con dos mil pesos. Y según mis cálculos la gente sólo me debía doscientos. José tuvo que pagar y me prohibió terminantemente seguir siendo representante. Y así fue como se acabó mi mayor pretexto para ir a la oficina de mi Gordis. Ya no pude ir a tomar los pedidos y dar vueltas y más vueltas para cobrarles a las drogueras. Iba hasta tres veces a la semana. Eran buenos tiempos. Debo prometerme, desde ahora, que no voy a registrar las fechorías de mi Gordo. Si así, anotando en el hielo, tengo perfectamente muy presente las diecisiete veces que… ¿En verdad serán diecisiete? ¿No estaré exagerando? Con lo exagerada que soy a veces. Pues entonces, con mayor razón, debo poner orden; así, cuando le esté recordando sus olvidos y él ponga su cara de no recuerdo, de qué me estás hablando. Muy seria y formal, en mi papel de señora ocupación, sacaré mi agenda y le diré: «A las tales horas del martes 13 de marzo, del año en curso, me hablaste a mi casa y me saliste con el cuento de la auditoría». Ay, pero si hago eso, con más ganas volverá a decirme:

—Acuérdate, reinita, que amarse no tiene horario ni fecha en el calendario cuando las ganas se juntan.

Ángeles se lleva el tarro a la boca. Instintivamente se limpia la espuma de la cerveza con la punta de la lengua; tal como lo hizo en la casa de Lita, cuando David Alejandro y José estaban platicando. Desde su lugar, Ángeles sólo veía la espalda de su marido. Ella había dado por terminada la relación tres semanas atrás. Desde que Ángeles llegó, él percibió la pulcra seriedad que ella despedía; esa distancia que la instalaba en el quinto infierno. A José le resulta familiar esa lejanía. En cambio, David Alejandro la conoce nítida y cercana. Es la mujer que suele observarlo sin recato mientras desliza la lengua en los bordes blancos de los dientes: la fugaz visión recreada en el acto de limpiarse la espuma. Suficiente para que a David Alejandro se le vaya el alma tras esa boca que refresca la tensa piel del pene. La ha sentido paseándose a su antojo. Se agolparon las candas infinitas. Dientes, labios, bóveda, mejilla,

succión, rapidez, lentitud, todo forma parte de la inmensa gama de sensaciones que lo erigen y le provoca esa prisa por alcanzar la inconsciencia. De quedarse sin voluntad, sin otro deseo que sumergirse en esa humedad de sublimes texturas. Abismarse en el obsequioso vagabundeo. Entregarse a los oficios de esa lengua lúdica. Perderse en la intensidad de esa carne que recorre carne palmo a palmo. Las miradas de David Alejandro y Ángeles se encontraron cuando José se inclinó a recoger algo de la mesa de centro. Sonrojados, desviaron la mirada. David Alejandro podía aislar esa boca del resto del cuerpo. Nadie podía mirarla ni recordarla ni soñarla como él. Pudorosa, Ángeles guardó la lengua. Pero era imposible ocultar el resto de su universo. Esa era la razón por la cual había dejado de asistir a las tres reuniones anteriores: no podía fingir indiferencia. Volvió a ir cuando creyó que sus emociones estaban bajo control; pero la inquietud, como un reptil, entraba buscando acomodo. Ya sabía que no podían estar en el mismo espacio sin dejar de sentir la piel del otro. Ángeles se salió con el pretexto de ir a la tienda. Cuando ya había dado dos vueltas a la manzana vio que una portezuela se abría. Después de unos segundos reconoció el coche y aceptó la invitación. Nada se dijeron. Ésa era la eterna historia. Ángeles lo terminaba, se dejaban de ver algunos días y hasta semanas, pero en cuanto lo volvía a ver, se desplomaba toda su fortaleza. La urgencia de llegar al paraíso la obligaba a mandar al diablo cualquier principio de dignidad.

Ángeles observa a un hombre alto y corpulento que pasa a su lado. Lo mira alejarse hasta que lo pierde de vista; al poco rato, reaparece. La penumbra amarillenta del bar le impide mirar con claridad el rostro del recién llegado, quien decide sentarse en el extremo derecho del salón, junto a la columna; frente a Ángeles.

¡Clarito se me figuró que era mi Gordito! Camina igual. ¡Sentí mariposas en el estómago! No cabe duda de que soy un gorrión preso en su jaula. Se parecen muchísimo. Hasta el modo de rascarse la nariz es el mismo; así, con los dedos hacia abajo, como manita de cerdo. ¿No serán hermanos? ¡Ay, cuñadito! Ya. Tranquila. Seria. No

vaya a creer que le estoy dando entrada, y se sentiría con derecho de pedirme una razón, y ni modo de responderle:

—Disculpe mi locura, pero lo confundí con…

El supuesto encuentro es interrumpido por los primeros acordes de la guitarra. Pertenecen al tema principal de un disco que le obsequió a David Alejandro. Se vuelve hacia la Avenida Insurgentes; el vidrio refleja una mueca. Se recuerda cantando mil veces el estribillo, creyendo que toda la sabiduría del mundo estaba concentrada en la letra. Daba por hecho que él, al escucharla, también la evocaría, y esa certeza duplicaba su felicidad. Pero una tarde, cuando David Alejandro estaba revisando su escritorio, sacó el disco, todavía sin abrir. Muy quitado de la pena le comentó:

—Se me ha olvidado llevármelo. ¿Qué tal está?

Ya sé que los hombres no piensan como nosotras. No pueden, no saben, nunca lo harán. Es más fácil obtener las perlas de la virgen que ellos vean la vida como nosotras la vemos. Lamentablemente, a veces, los hombres no aprecian las cosas bellas de la vida. A mi Gordis se le hace muy fácil atender cualquier asunto que se le atraviese en el camino. En cambio, su reinita hace todo a un lado para verlo; llueva, truene o relampaguee, tiene que verlo. Para ella es sagrado el día que le ha reservado; respeta ese tiempo como si fuera un mandato divino. Ni un terremoto podría detenerla. Iría a las ruinas del bar donde se hubieran citado. Ahí, entre los escombros, en una piedrita se sentaría a esperar el brillo de su ausencia. Aunque a la reinita se le desplomaran los castillos y las trabes y se le viniera el mundo encima, ni por eso tendría derecho de armar un drama en tres actos. Por un simple plantón no vale la pena sacar a relucir las dotes histriónicas.

Suspira profundamente. Toma el portavasos de papel y revisa el escudo heráldico de Sanborns; lee varias veces la leyenda sin comprenderla cabalmente: *Sola su virtud le ofende. Fuerza ajena ni le toca ni le prende*. Encoge los hombros declarándose vencida. Saca de su bolsa una pluma y en el envés del portavasos escribe con letra minúscula el poema. Siente que el hombre moreno y

corpulento la está observando; ella bebe un trago de cerveza y de inmediato se limpia con la servilleta. Sus miradas se encuentran.

¡Ya me sonrió! Pues también le sonrío, qué caray. Ya me está diciendo salud. Pues también le digo salud, faltaba más.

Toma el libro y lo abre en cualquier página. Consulta su reloj y se vuelve hacia la entrada. Finge leer concentradamente. Dos minutos después el mesero se acerca y le deja sobre la pequeña mesa, a un lado del cenicero, una tarjeta de presentación: *J. Gervasi, gerente general. Blue Point*.

Ahí sí; ya me ganó. Tengo presentación, pero no tarjeta.

Levanta la vista y le sonríe con discreción. El hombre se levanta y con paso decidido llega hasta ella y le extiende la amplia mano:

—Jonás Gervasi, a sus órdenes, señora. Espero no interrumpir su interesante lectura. ¿Está esperando a alguien?

—No. A nadie.

Debí decirle que sí.

—¿Me permite sentarme? ¿Trabaja por aquí?

—Sí.

Debí contestarle que no.

—¿Dónde?

—En la Hoover. En contabilidad.

—Con la competencia.

—Sí. Eso es.

Pues ya qué. Ahora le sigo la corriente.

—¿Y qué dice el competidor?

—Que está en auditoría.

Con tal de que *él* no esté *con* la competencia.

—Es común y muy latoso. ¿No es cierto?

Sí, son muy comunes las secretarias coquetas.

—Sí. Muy molesto.

—¿Usted lleva la contabilidad?

Ellos dos sí que harían un diez perfecto.

—Sí. Llevo la cuenta. Bien que la llevo.

—Qué bueno. Qué bueno. Me gustan las mujeres ordenadas.

¿Con quién tengo el gusto?

—María de los Ángeles Santos, para servirle.

—Encantado. Angelical, bello y apropiado nombre para tan guapa señora. Ya la había visto en otras ocasiones. Pero no me había atrevido a acercarme, obviamente. Hasta hoy, que me he de haber levantado con el pie derecho, usted se ha dignado a fijarse en su humilde servidor. Pero no siempre honra a este establecimiento con su grata presencia. Y cuando viene, la veo muy pensantiva.

—Qué amable. Bueno, a veces salgo muy cansada del trabajo. No vaya a creer que soy alcohólica. Si ya me ha visto, quizá se formó una idea equivocada de mí.

—Ni lo diga, qué barbaridad. Entonces yo también sería un borracho de marca. No tiene nada de malo echarse una copa después de haber cumplido con el trabajo obligado. Y, dígame, ¿quién es su jefe?

—El contador público David Alejandro Lozano. ¿Lo conoce?

—No. Al único que conozco es al director general. —Ángeles se coloca un cigarrillo entre los labios; el hombre se apresura a encendérselo—. ¿Y le agrada…?

—¿Quién?

—Su trabajo. Es raro que a las mujeres les gusten las matemáticas. Aunque es una imprudencia de mi parte decirlo, espero no haberla ofendido. Le pido disculpas de antemano porque su inteligencia se nota desde lejos.

—Gracias. Le repito que es usted muy amable. Pocos hombres tienen la delicadeza de reconocer la inteligencia femenina.

—¡Hombre! Eso ya pasó a la historia. La mujer de hoy trabaja y hace valer sus derechos. Está liberada. La mujer moderna es madre, ama de casa y, además, fortalece a nuestra sociedad. Soy de la idea que lo mejor de este universo son las féminas. Sin ellas, los hombres seríamos un cero a la izquierda. Y usted, mejor que yo, sabe el valor de los ceros a la izquierda. En cambio, con ellas a nuestro lado, los ceros se pasan a la derecha. Y usted, mejor que yo, sabe el significado de los ceros a la derecha.

—Claro, por supuesto.

Brindan. Guardan silencio. El mesero está feliz. Solícito ofrece las cuatro botanas del día. Trae, por iniciativa propia, la copa que Gervasi había dejado en su mesa. Pone dos ceniceros limpios. Se queda de pie, con la libreta y la pluma en la mano. Con una seña, Gervasi le pide que traiga lo mismo para los dos y que se esfume. Aunque percibe que Ángeles ya no está ahí.

Ay, Angelita, si en verdad estuvieras cansada de sus *mañana*, sus *ahorita no* y al rato *quién sabe*, bastaría con que lo mandaras a volar. Ahora que, si todavía no te decides, cuando menos ten presente que la clave para llevar la fiesta en paz es que su razonamiento es diferente al tuyo. No hagas osos; sin osos, no hay circo. Ni maroma, claro. Tampoco teatro, por supuesto. Así es, Angelita. Así es. Creo que ya nos vamos entendiendo.

Gervasi tose discretamente. Ella lo mira extrañada; él entiende que ya lo había olvidado. Continúa la conversación, tratando de ganar puntos:

—Usted despierta mi confianza. Le voy a contar algo, si me permite robarle un poco de su valioso tiempo. Sí, sírvanos lo mismo. Sí, le decía. Mi mujer es ejecutiva de una empresa de prestigio. No viene al caso mencionar el nombre. Viaja mucho. Los dos viajamos con suma frecuencia. Conocemos a todo lo largo y a todo lo ancho el mundo entero. Estudió administración. Tenemos dos hijos varones, ya mayorcitos. En una de ésas se nos casan. Cuando estaban pequeños, ella sólo hacía viajecitos a la provincia, muy esporádicamente.

A mí se me hace que algo se traen la calaca rumbera y mi Gordo. Mi sexto sentido me avisa que no debo andar muy equivocada; si hasta él mismo me ha dicho que la famosa intuición femenina es una sospecha que termina convirtiéndose en realidad. Y la duda la traigo bien encajada.

En la mesa de junto, a espaldas de Gervasi están sentados tres jóvenes. Uno de ellos, muy ebrio, cuenta por tercera vez el mismo chiste:

—Hubo un hombre *tan* inteligente, pero *tan* inteligente, que durante toda su vida amó a una sola mujer. Y su esposa jamás llegó a enterarse.

Ángeles y su acompañante cruzan una rápida mirada de entendimiento. Él levanta la mano, exigiendo la presencia del mesero. Ella repara en las iniciales de brillantes incrustados en la esclava de su acompañante; con discreción aprecia el casimir y el corte del traje, la corbata, el pañuelo, la camisa, las mancuernillas de oro.

—En lugar de la cerveza, tráigame un tequila doble —pide Ángeles—. Sí, reposado.

El mesero se retira y Gervasi se anima. Reinicia la conversación exactamente donde se quedó:

—Pero ahora los muchachos se atienden solos. A mí me gusta que mi mujer llegue y me cuente cosas que yo no sé, que no he visto. O sí sé, pero me agrada sobremanera que ella también descubra la vida. Una mujer, entre más conozca, más valiosa. Como todo ser humano, claro. Ella y yo tenemos asegurada nuestra vejez. Ya hasta tenemos liquidado el costo de nuestras pompas fúnebres. Nuestros hijos heredarán lo suficiente para fincar su propia casita. Todo está previsto, nada es incierto. Todo está resuelto. ¿Y sabe usted por qué? Por la simple y sencilla razón, de que los dos, mi esposa y yo hemos trabajado, hombro con hombro, toda la vida… Pero dígame algo, bella señora, respóndame.

Y la única manera de sacarme la espinita es caerle de sorpresa en su oficina. Ahora mismo. Lo que sea, que suene.

Ángeles levanta la mano y llama al mesero. El de la chaquetilla roja decide ignorarla. Ella se da cuenta y saca un billete; lo deja sobre la mesa. Gervasi se lo devuelve:

—Pero, hombre, siquiera termínese su tequila.

—No soy hombre.

—¡Hom…! Claro, por supuesto. Qué torpe. La costumbre. ¡Mujer! Ni siquiera ha probado su reposado. Perdón si en algo la ofendí, como dice el bolero; quiero decir la canción. No vaya a

pensar que el bolero que limpia los zapatos. Reconozco que estoy diciendo tonterías, pero confieso que su súbita partida me ha vuelto torpe. Le repito: si la he ofendido, deseo reparar mi falta. Si no desea tomar tequila, déjeme recomendarle un digestivo. ¿Qué le parece un Fray Angélico? Quizás un Napoleón. Es la bebida ideal para una mujer que posee la majestad propia de una reina.

—Mesero, un Napoleón para la señora.

—Para ti, reinita, un emperador. El conquistador más grande de la Tierra, pese a su estatura.

Le causa gracia que Gervasi y David Alejandro hayan dicho casi las mismas palabras. Esa inesperada sonrisa es tomada por su acompañante como una aceptación. Le truena los dedos al mesero y le ordena:

—¡Un Napoleón para la señora!

¡Qué chistosos son los hombres!

El mesero deja el chéiser y la copa del coñac junto al tequila. Ella la levanta y remueve el contenido; lo aspira. Lo bebe de un golpe y mira a Gervasi, como diciéndole: «¿Ya está más tranquilo?». Le parece muy brusco levantarse casi de inmediato. Gervasi tamborilea suavemente los dedos. Ángeles recuerda que lo mismo hace David Alejandro cuando desea conservar la calma. Ella trata de ocultar su regocijo, pero le resulta difícil.

En diez minutos lo veré.

Gervasi intenta tomarle la mano. Ella vuelve a sacar el billete; él se lo devuelve.

—Hacia… ¿Dónde se dirige? Si me permite, yo podría llevarla.

Los hombres que están frente a ella continúan contando chistes:

—Pus mire usté, explicó la solterona, yo no me he casado porque tengo tres animales, con ellos ni falta me hace un marido: tengo un perro que gruñe, un loro que dice palabrotas, y un gato que regresa al amanecer.

—Usted que piensa, María de los Ángeles, ¿tiene razón la solterona?

—No lo sé. Yo soy casada.

—Con mayor razón. ¿Cree usted que los animales de la solterona suplan la presencia de un esposo? Las necesidades…

—Es un chiste. No sé.

—Me gustaría saber su opinión.

—Para serle franca, me molesta que la gente alcoholizada se ponga a contar chistes. Si me permite…

—¿Se le hace tarde? ¿Puedo llevarla? Disculpe, vuelvo a repetirle, si la aburrí con mi plática…

—De ninguna manera. Gracias, traigo coche. Tengo que regresar a la oficina. Me la voy a amanecer. Ya sabe cómo son los auditores.

Se levanta, se acomoda la bolsa, toma el libro. Gervasi también se pone de pie.

—¿En qué departamento está? Podría pasar a visitarla cualquier día de estos.

—No. Prefiero llamarlo, si usted no tiene inconveniente.

—Ninguno, será un placer. Ya tiene mi tarjeta. Me dará mucho gusto. Que termine pronto, María de los Ángeles.

—Puede llamarme Ángeles, a secas, señor Gervasi.

—Gracias. Usted me honrará si simplemente me llama Jonás. Podemos tutearnos, ¿verdad?

Ángeles le extiende la mano; él la recibe y la cubre con la izquierda.

—Para mí será un honor, Jonás.

—Para mí también, Ángeles.

Atraviesa el comedor y sube las escaleras que conducen al tocador. La señora del aseo le extiende un trozo de papel. Ángeles se mira ante al espejo mientras se lava las manos. Enfoca la vista. Se pinta los labios. Pasa al baño. Regresa a lavarse las manos. Deja la propina.

Creo que se me subió el coñac. Quién sabe cuántas cervezas tomé. Y además el tequila; a ver si no me cruzo. Un poco de rubor y ya estamos.

Observa que el fondo opalino de sus ojos está ligeramente enrojecido. Decide ponerse los lentes oscuros.

Ya me está dando sed. Quizá deba tomar un americano para despejarme un poco, y después pasar a escoger la tarjeta de cumpleaños. Y una agenda, aprovechando que están rebajadas al cuarenta por ciento; es lo bueno de comprarla a estas alturas del año. Tengo que hablarle a Clementina y a Lita. Mejor me salgo. Si Gervasi se da cuenta de que todavía ando por aquí, ahora sí no se me despega. Es simpático, pero como que le falta algo. No tiene ese no sé qué que todo hombre interesante debe tener. Según él ya está muy paseado, pero no sabe ser natural.

Atraviesa la Avenida Insurgentes y detiene un taxi.

No, definitivamente, no le puedo mandar a mi Gordo ningún arreglo floral a su oficina. Si se le atraviesa uno de sus viajecitos, a su regreso lo encontraría muerto y sin más lo tiraría a la basura. No me lo imagino guardando los pétalos entre las páginas de un libro. Su romanticismo no llega a tanto. Decidido: no le envío flores.

Le pide al chofer que la lleve a Copilco.

—Llegando a Cerro del Agua le indico dónde doblar.

En realidad, Gervasi no sabe nada; él cree saberlo todo, pero ni siquiera sabe sonreír; lo sé, porque no lo recuerdo sonriendo. La sonrisa debe ser memorable o, de lo contrario, es como leer una novela y no acordarse de qué se trató. Por lo mientras, Angelita, en lo que decides, guarda bien su tarjeta. ¡Qué bárbara, le di el nombre de mi Gordis! Qué tal si un día va y le pregunta por mí. Ay, pues ojalá. Sí, fíjate, lo conocí uno de los tantos días que me cancelaste. Me encantaría contestarle así. A mediados de la semana que entra le voy a hablar a Gervasi. Y entonces decidiré si lo incluyo en la reserva o lo pongo a calentar para que entre de emergente. Quién quita y se quede de titular. Ya veremos. ¿Pero a dónde va ir? Ni mi Gordito ni yo trabajamos en la Hoover ni en ninguna otra empresa de electrodomésticos.

El coche enfila por callejuelas oscuras. Ángeles no repara en la falta de alumbrado público y en que empieza a llover. El cielo cerrado a veces se rasga.

¡El libro! ¡Ay, no. Se me olvidó el libro!

—Por favor, regrésese a Sanborns San Ángel.

¡Soy una tonta de capirote! Lo dejé en el baño. «Paso a verlo y le entrego su libro y le regalo el poema»; en algún momento lo pensé y, aun así, lo olvidé. Aunque no debería devolvérselo porque no he cumplido mi promesa.

Sus rasgos se suavizan al recordar su propia ternura. Sonríe ante la satisfacción de David Alejandro cuando éste le mostró el volumen de libros condensados.

—Mira, ahora sí voy a poder leer, y no sólo una sino cuatro novelas. Qué te parece.

Ángeles tomó el libro y se felicitó de no haberle dicho que le parecía vulgar la gente que leía libros resumidos.

—El primer tomo es regalado. Está pensado para la personas que no tienen tiempo para leer. Ya no podrás reclamarme que no leo. Trae novelas de William P. Kennedy, Joyce Stranger, Mary Higgins Clark y Wilbur Wright; tú que sabes, dime, ¿son buenos escritores?

—La verdad, no me suenan para nada. Yo tampoco sé mucho.

—¿No? Pero si siempre me andas regalando libros.

—Me los recomienda Lita. Por cierto, ¿ya terminaste de leer *Arráncame la vida*?

—No, está algo gordo; no me gusta la competencia. Regálame libros flacos, de poesía. Aunque —hace una breve pausa, la mira a los ojos y agrega— teniéndote a ti ni falta me hacen: poesía eres tú. Cuando te miro, la luz de tu sonrisa es el verso más… Mejor me callo, no sea que luego te vayas a creer mucho. Es bonito el encuadernado, ¿no? Y está barato. Tú qué me aconsejas, reinita, ¿pido los siguientes?

—Qué te parece si lo leo y luego te doy mi opinión —se quedó callada; bajó la vista, con voz apenas audible, expresó—: No sé cómo lo dijiste pero… Que necesitas verme para… Es decir: ¿Para ti sólo existo cuando me miras?

—Aunque dejáramos de vernos y nunca más volviera a nombrarte, en todos los árboles estaría tu mirada, pero principalmente en las hojas del verano. Mientras los árboles existan,

existirás tú. Y si la memoria me fallara, en los versos volvería a encontrarte. Por ti sé que los ángeles no tienen alas.

—Ay, David Alejandro, qué lindo eres. A veces hablas tan bonito. No conozco a nadie que diga lo que tú dices. ¿Por qué no intentas escribir? A lo mejor eres poeta, pero no podías saberlo porque no tenías a una musa que te inspirara.

Espero que le guste el poema. No me va a decir nada. Sólo va a sonreír y me lo va a devolver. Tan lindo; ya no los rompe.

Los dos han acordado que no deben conservar ningún objeto que pueda delatarlos. Al principio, después de leer las cartas, tarjetas y recados de Ángeles, él los destruía a petición de ella.

Pero es tan fino que ahora me los devuelve. Ha de ser porque me ha contagiado su inspiración y últimamente he escrito pensamientos muy lindos. ¡Ay, no! ¡Cuándo voy a entender! Si dieran un curso intensivo para amantes perfectas nunca obtendría un diploma que garantizara mi responsabilidad en esos menesteres. A cada rato meto las cuatro. Soy un desastre. No cabe duda, el amor vuelve tonta a la gente. La carta que le escribí a mi Gordito en la mañana, la dejé en la bolsa que traía. No quiero ni imaginar lo que sucedería si Clementina llegara a leerla. ¿Con qué derecho, con qué cara podría volver a llamarle la atención? *Te gusta dar vueltas en redondo, en círculos ¿no?* ¿Por qué me dijo eso? ¿Me habrá visto aquella vez? ¿Sabrá algo?

Ángeles se refiere a la medianoche de hace seis semanas. En el radio del auto se escuchaba el himno nacional. Ángeles y David Alejandro venían achispados. Suelen despedirse formal y rápidamente, pero aquella ocasión se quedaron a platicar. Él le pidió que guardara silencio y escuchara respetuosamente el himno. A ella le resultaba difícil contener la risa. David Alejandro colocó la mano en el pecho como si saludara a la bandera; terminó el himno, se persignó y dando un profundo suspiro, comentó:

—El matrimonio es como la historia de México: primero viene la conquista y luego se sueña con la independencia. He llegado a la triste conclusión de que el gran problema de muchos mexicanos,

reinita, es que todavía no estamos preparados del todo para estar casados.

En cuanto ella terminó de celebrar el chiste, le contó:

—Un día, en el radio, estaban tocando el himno nacional y Marco Polo —que entonces tenía cinco años y acababa de entrar al kínder— dejó de jugar; con sorpresa y alegría me comentó: «Oye, mamá, ese comercial también lo pasan en mi escuela».

Media hora después, cuando Ángeles bajó del auto, se percató que Clementina estaba parada en la esquina, con sus amigos. En ese momento recordó que su hija había ido a una tardeada. Se metió a su departamento con la idea de que había sido descubierta. Se desmaquilló, se puso una bata, tomó una revista y se sentó a esperarla. Clementina entró a la una de la mañana; arrastrando los pies, bostezando; se acercó y le dio un beso en la mejilla:

—Ma, ¿qué pez? Ya me voy a dormir. Me levantas a las cinco. Me van a recoger Malú y su papá para irnos a Cuernavaca.

—Desmaquíllate. Durante la noche tus poros necesitan mantenerse limpios.

—Aycht, no, qué flojera. Tengo sueño. Me embarro cuanta mascarilla se te ocurre prepararme, y ni así; de todos modos me siguen saliendo barritos. Ay, me caen tan gordos; pero gordísimos, no sabes, ¿eh?, súper. ¡Ya estoy harta! ¿Cuándo se me van a quitar? Con el asco que me dan. Agh. Lo bueno es que no soy la única, je. Todas mis amigas tienen, que si no, me suicidaba ahorita mismo. No se te olvide despertarme.

Clementina se deja caer en el sillón; se recuesta y la melena lacia, castaña y abundante le cae en el antebrazo. Cierra los ojos. Ángeles observa las facciones morenas de su hija: la nariz perfilada; los ojos grandes; las pestañas tupidas, cejas largas, delineadas; en su boca pequeña, ligeramente abultada, se dibuja un gracioso mohín de enfado. Ángeles ignora si ya está durmiendo o si de pronto va a empezar a hacerle reproches. Le toca el brazo y le sugiere que vaya a dormirse. Clementina se incorpora y empieza a hablar animadamente:

—Estuvo reaburrida la tardeada. Bien furris la musiquita. Y es que la muy mensa de Clementina, o sea yo, se fue enterando hasta las quinientas que sólo iban a tocar música de los sesenta y setenta. Quesque está muy de moda; ni sé por qué. Yo creí que iban a poner U2, Guns'n Roses, Metálica o, ya de perdida, Maldita Vecindad…, pero sólo pusieron grupos bien fresitas. Mi papá y tú sí que se hubieran divertido. No les estoy diciendo viejitos, pero algo ¿no? Todos los papás, o casi, de mis amigos fueron. Hasta los chavos más relajientos no rompían un plato, aunque no hubiera importado porque eran de cartón, je. Bien cajeta que se veían; nos veíamos. Los que ya fuman ni fumaron. Los que son novios ni de la mano se agarraron. Pero lo más cajetísimo de todo fue ver a los papás bailando de cachetito y con unos pasos que te botabas de la risa. Ya ni la hacen. Ri-dí-cu-los, bien faroles que se veían. Yo pensaba que nada más tú bailabas así. Qué bueno que no fuiste, de la que me salvé. Me da el ataque nada más de imaginarte bailando como chica yeyé o a go go. Hubieras visto los cerros de polilla que tiraron los muchachos de antes. Pusieron varias de los Beatles… Ellos sí me gustan un leve. Ay, por cierto, mis amigos no me creen que mi papá tiene discos monoaurales de los Beatles. Dicen que los lleve al Chopo…, pero a vender. Ya me estaba emocionando; yo pensé: tenemos piezas de museo y yo sin saberlo, je. No creo que mi papá los quiera vender; ni sé para qué los quiere si los tocadiscos ya pasaron de moda. Me gasté mi domingo en el dichoso boleto para nada. Mejor nos salimos al coto, pero no pagué para ir a platicar con mis amigos, ¿o sí? ¡Ahumm, qué sueño! Ma, me va a dar el ataque si llega el papá de Malú y todavía estoy durmiendo y que no me dé tiempo ni de quitarme el rimel hecho bolas. Con lo guapo que está ese señor, lo que sea de cada quien. Dios no lo quiera, pero si tú te murieras, aprovecharía para escogerme a mi futura mamá; postiza, ¿no?, pero no todos tienen la suerte de buscarse una mamá de acuerdo con sus necesidades.

—¿Y por qué yo, por qué no al revés?: si tu papá, Dios no lo quiera, falleciera.

—No. Mi papá, no.

—Estamos suponiendo.

—Eso no lo digas ni de broma. Mi papito chulo, no.

—¿Y por qué yo?

—Porque se murió la mamá de Malú. Ay, bueno, yo nomás decía. Ella necesita una mamá.

—Tú también.

—Es lo que yo digo.

—¿Y yo qué soy?

—Sí, pero yo no te escogí. Aycht, ya ni sé lo que estoy diciendo. Mejor el lunes seguimos platicando, porque lo que es mañana, quién sabe a qué horas vamos a regresar. Te hablo. Llamo por cobrar porque no me sé la lada, y ni modo que ahorita me ponga a buscarla. Ahora sí, mamuchis, hasta mañana. Con razón dicen por ahí, je: el que mucho se despide pocas ganas tiene de irse. ¿Dónde pusiste mi traje de baño? No lo encontré. Por cierto, antes que se me olvide: ya cómprame otro traje porque el que tengo ya me queda bien chirris. Me lo compraste hace dos años y ya crecí el doble o el triple. Quiero uno negro, bien sexi, ay sí, y que me haga figura. Vi uno en Plaza Santa Fe, in-cre, de veras in-cre. Te quita el sueño. Pero a quien quiero quitárselo es a los muchachos cuando me lo vean puesto. Estoy engordando un buen. Quiero ir contigo para escogerlo y porque ahí se reúnen puros chavos cuerí-simos. Malú también quiere ir con nosotros. Se anda ligando a un chavito que vende artículos fotográficos. Su papá es el sueño; no, que diga, el dueño. El chavito es el que está de sueño, de lujo. Es de lana, hasta habla como los de allá: «Ya sácate la papa de la boca, ¿no?». Como chavo de la Ibero, para que me entiendas. Desde el lunes me preparas comida de dieta; con Diet Coke, por favor. Ya lo decidí. Con barros y gorda, mi rating de popularidad se irá por los suelos. Tú encantada, ya no me hablarían tanto por teléfono, y dejarías de enojarte porque todas las llamadas son para mí. Soy muy famosa, ¿lo sabías? Pues sí. ¿O no? Hasta mañana, que sueños, que sueñes, digo, con los angelitos barrigones. ¿Cómo dice mi papá que se

llaman? Ah, sí: querubines. Eso. Que sueñes con los querubines.

Entra a su recámara y casi de inmediato vuelve a abrirla; asoma la cabeza y agrega:

—También se llaman amorcillos, ¿no?

—No. Amorcillo es la figura del niño que representa a Cupido, dios del amor.

—Ah. Qué buena onda que haya un dios del amor.

Ángeles no quiso preguntarle a qué iba a Cuernavaca. Lo único que quería saber era si la había visto flirteando.

A lo mejor ella no me vio, pero sus amigos, sí. Se van a burlar de ella. Mañana toda la colonia lo va a saber. Nos vamos a tener que cambiar. Soy una loca demente. Cómo se me ocurre. Y él también, para qué me sigue la corriente. Pero es que estábamos tan divertidos. ¿Qué me dijo cuando le conté otra de mis hazañas? Para consolarme dijo algo que me hizo reír. Cómo iba. Ah, sí:

—No te preocupes, reinita, lo bueno de la experiencia es que le sirve a uno para perfeccionar el mismo error.

Siendo así, entonces soy la amante perfecta. Siempre caigo en los mismos errores; son tantos y los mismos que ya llegaron a un alto nivel de perfección.

Llega a Sanborns. Le pide al chofer que la espere. Pregunta en la caja del restaurante donde le informan que los empleados no han depositado ningún objeto. Regresa al taxi. Y se empieza a propinar una sarta de insultos, como los de aquella noche que la inquietud la mantuvo despierta. No podía dejar de reprocharse su imprudencia. Sentada, frente a la estufa, con la ventana abierta y fumando un cigarro tras otro, se repetía incesantemente:

—Idiota mensa, se me está secando el seso. Bruta lela, no pienso, no razono. Boba tarada, no hay nadie más torpe zoquete que yo. Es posible que haya muchas infieles en el mundo, como dice Lita, pero dudo que exista otra que sea tan irresponsable como yo. Qué tontería. ¡Enfrente de mi casa! Angelita, para qué te expones de esa manera; mejor lo hubieras invitado a pasar, a tomarse una copita mientras tu marido duerme; digo, si no te importa exhibirte, qué

más te da hacerlo en tu propia casa.

No podía dejar de regañarse a sí misma. Llegó el momento en que le pareció absurda su relación, carente de sentido. No podía entender por qué le agradaba la compañía de David Alejandro, si en ese momento le parecía un hombre común y sin gracia como los chistes que solía contarle.

¿Por qué me hizo reír la tontería que estuvo repitiendo toda la noche? ¿Dónde está lo chistoso?

—He descubierto que soy un comodino; sólo peco en la cama.

Y sí, lo es. Al reírme soy tan cínica como él. Tiene razón Clementina: a veces me paso.

El chofer se interna por calles empedredas para evitar el embotellamiento.

Ya estaba tranquila, ya había olvidado aquella nochecita. Pero entonces, qué quiso decirme con *Vueltas en círculo*. A veces me preocupo más lo que pueda pensar ella que José. Por ejemplo, no me inquieta demasiado qué quiso decir hoy en la mañana con *de eso y más me doy cuenta*. Si se da cuenta, es asunto suyo, y si me pregunta, lo negaré todo. Si los adultos no entendemos ciertas cosas, mucho menos los adolescentes. Clementina no comprendería nada. Sería demasiado para ella. ¿Y Marco? Ni siquiera puedo pensar en él. Tranquila. Aquí nadie va a separarse. No quiero. Así estoy bien: José, David Alejandro y yo. En perfecta trinidad. Es un lujo, ciertamente, pero me lo puedo dar. Es tenerlo todo sin renunciar a nada. Nadie es perfecto y nadie puede tener lo que se le antoje, pero juntos son de una perfección extraordinaria. Aunque mi hija me descubriera, aunque todo el mundo se enterara, eso no le daría derecho —ni a ella ni a nadie— a faltarme al respeto. Tampoco pediría comprensión. A veces ni yo me entiendo. Estas cosas no se entienden hasta que se viven. Y ni así.

—Usté me dice dónde la dejo.

Ángeles se quita los anteojos; limpia el vaho de la ventanilla, no reconoce dónde está. Tarda unos segundos en ubicarse.

—¿Se puede echar un poquito en reversa?

—Va a estar difícil, es que es bajada y se me puede derrapar.

Ángeles abre la portezuela del taxi; un riachuelo la separa de la banqueta:

—¿Se quiere acercar más, por favor? Está lloviendo muy fuerte.

—Se me puede mojar el distribuidor. No sé si se fijó pero he venido bordeando todos los charcos. Adelante está peor; parece laguna. Sólo que la deje una cuadra más allá.

Decide bajarse. El agua le cubre hasta el tobillo; la fuerza del torrente la hace perder el equilibrio. El tacón se encaja en la coladera y cae sobre una rodilla. Cuando se está incorporando pasa un coche y levanta una enorme ola.

Mejor me regreso. Estoy hecha un asco. Debo verme horrible. El Metro está a seis cuadras. Está arreciando. Ni un taxi. Ni un teléfono. Ni siquiera un árbol donde guarecerme. Está oscurísimo.

Corre al edificio donde David Alejandro trabaja. Sólo en su piso hay luz. Cuando se encuentra a unos pasos de la puerta, sale una mujer con botas de hule, gabardina y cubriéndose con un enorme paraguas multicolor. Ángeles se acerca a la banqueta, como si fuera a atravesar la calle. La mujer se para junto a ella; Ángeles le da la espalda:

—¿Señora Santos? ¡Qué barbaridad!

¡Trágame, tierra! Es la calaca rumbera.

—¡Mire nada más cómo está! ¡Pero pase! Le va a dar una pulmonía —la toma del brazo y la conduce al edificio; la mujer deposita en el suelo el paraguas abierto—. Ahorita mismo le presto algo. Venga, vamos al baño del mezzanine para que se cambie. ¿Tenía mucho tiempo tocando? Desde ayer está descompuesto el timbre. ¿Gusta que le prepare un té? Allá arriba está mi jefe. Si quiere, suba a saludarlo. Como le dijo por teléfono, todavía está trabajando. En un ahorita le bajo un suéter; lo tengo en mi archivero.

—No, gracias. No estoy para que nadie me vea. Sólo necesito un teléfono para pedirle a mi esposo que venga por mí. Se me descompuso el coche a dos cuadras de aquí; se le mojó el

distribuidor. Pero le acepto el suéter. Mañana se lo devuelvo.

Entran al baño; la secretaria deja su bolso en el mueble de mármol rosa veneciano. Habla tan rápido qué Ángeles no puede evitar compararla con una chachalaca.

—Ay, no se preocupe; con una manita de gato y queda tan guapa como siempre. Suba y tómese un tecito en lo que llega su esposo. No tardo, el agua ya está caliente; le va a caer bien. Se lo dejo en la oficina de mi jefecito. Ha sido una tarde terrible. La luz se nos fue tres horas y no pudimos usar las computadoras. A ver si ya funcionan los teléfonos porque se nos bloquearon. Casi ni hicimos nada. Apenas hace unos minutos llegó la luz, pero ni así nos dejaron salir; son unos negreros, con velitas nos tenían trabajando. Falta que mi jefecito vea que todavía ando por aquí y me entretenga.

—¿Me presta su cepillo?

—Sí, claro. Si mi jefe me dice algo le voy a decir que mi novio ya vino por mí. Ya no debe tardar en llegar. Ahora vuelvo, tome de mi bolsa lo que le haga falta, con confianza.

Ángeles se sacude el cabello, entremetiendo los dedos. Corta una toalla de papel y se seca la cara y el cuello. Enriza las pestañas con la uña índice y el pulgar. Golpea los pies contra el piso para sacudirse el agua. Siente el ritmo acelerado de su corazón. Se quita los aretes de clip, masajea el lóbulo de la oreja y se los vuelve a poner.

No es tan mala la flaca. ¿O estará fingiendo? Me ha de decir lo del novio para despistar. ¿A qué se quedó si no había luz? Muy romántico, trabajando con velitas. ¿Qué pensará cuando su jefecito le pide que se comunique a mi casa? Cuando supuestamente me están hablando de la fábrica de lavadoras, y no del Grupo Servyk *Contadores*. Que piense lo que quiera. Lo importante es que ya se va y él se queda. Qué suerte; casi no debe haber nadie. Las nueve y cuarto. ¿O debería irme? Creo que la lluvia ya se calmó.

Abre la bolsa de la secretaria. Toma dos pastillas de menta; una se la echa a la boca y la otra la guarda. Saca la polvera y se pone un

poco de rubor. Se delinea los labios de púrpura.

Mejor subo y le pregunto cuánto le falta para salir; quizás pueda llevarme a mi casa. Si no está muy cansado hasta podríamos ir a tomar una copa; tengo mucha sed. Y si está muy ocupado nada más lo saludo y quedamos de acuerdo para ver qué día nos vemos.

Regresa la secretaria con una bolsa, la desanuda y saca un suéter de acrilán, con botones al frente. Ángeles se mete al baño y se cambia; ahora la mujer habla en un tono más agudo, como gaviota en la soledad del océano.

—Ya le preparé el té. ¿Y ahora qué va a hacer? Los teléfonos siguen muertos. No sé si quiera que le llame a su marido desde mi casa, vivo en Santo Domingo, muy cerca de aquí.

—No. Muchas gracias, se lo agradezco. Le voy a pedir a David Alejandro que me acompañe a tomar un taxi; ya mañana, primero Dios, mi esposo se encargará del coche. No sabe cuánto le agradezco su amabilidad.

Uf. Tendré que soportar el perfume de Avon que le vendí. Claro, no tiene para comprarse un *Metal*, de Paco Rabanne, como yo.

Ángeles sube dos pisos y entra por un largo corredor, con escritorios a cada lado. La deslumbra la luz fluorescente. Algunos empleados están revisando largos pliegos de papel para computadora. Un grupo de hombres se encuentra a la mitad del pasillo, junto al garrafón de agua. Toman café y fuman. La miran acercarse, se codean. Uno de ellos le pregunta:

—Buenas noches. ¿Le podemos servir en algo? ¿A quién buscaba?

—Buenas noches, granas. Busco al contador David Alejandro Lozano.

—¿De qué compañía viene usted?

—De *Blue Point*.

—Siga por todo el pasillo hasta topar con pared; es la puerta de la izquierda.

Los hombres se hacen un lado para dejarla pasar por un espacio mínimo. Ángeles conoce muy bien el lugar, pero camina con cautela

como si nunca antes hubiera estado ahí. Mientras se aleja, siente la mirada de los empleados, quienes elevan la voz, luciéndose:

—Debiste haberle dicho que regresara en horas hábiles.

—Está trabajando horas extras, ¿que no?

—¿A quién busca?

—Al líder.

—¿Cuál líder, tú?

—Ps, cómo cuál. Ps quién ha de ser. Al gordo Lozano.

—Y por qué líder, tú, de dónde.

—Es el que mueve las masas. Las mueve, qué ¿no?

—Buscan a Loz-anito.

—Luz-en-el…

—¡Ah, no manches!

Ángeles encuentra la puerta entreabierta. La empuja y se asoma. No está. Entra. Se sienta ante el escritorio. Un saco en la perchera. Un aroma de fina lavanda. Una taza de té. Una, dos, tres marinas colgadas en la pared.

Le gusta tanto el mar.

Escucha la voz de David Alejandro a sus espaldas:

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¡Qué haciendo por acá!

Entra y se dirige directamente a su sillón, detrás del escritorio. Con una sola mirada abarca la taza de té. El profundo escote del suéter verde. El pelo húmedo.

—Nada. Estaba pensando que deberíamos irnos al mar porque en la tierra no hay justicia.

Él parece no haberla escuchado; remueve los papeles del escritorio. Mientras lee, entrecierra los ojos y frunce las cejas; revisa varias hojas. Ángeles tiene la impresión de que no sabe qué está mirando; es más, ni siquiera está leyendo. Eso la divierte. Él lo percibe.

—¿Al de la Tranquilidad? ¿Qué te has hecho? ¿Ya dejó de llover? ¿De dónde vienes? Permíteme un momento.

Toma un fólder y sale. Ángeles deja el poema sobre un montón de papeles. Enciende un cigarrillo. Entra al baño. Se quita los

zapatos y las tobimedias, las exprime y se las guarda en el bolsillo del pantalón. Arranca un trozo de papel para secarse la planta de los pies. Regresa a la oficina y repara en dos portarretratos con las fotografías de Teté. Se acerca al mueble y toma uno de ellos. Se detiene y observa el rostro sonriente.

Muy feliz, ¿no? Con qué facilidad te quitaría esa risita.

David Alejandro regresa y ella le comenta:

—Salió muy guapa. ¿Dónde se las tomó?

—No sé. ¿Me pasas esa carpeta? La que dice personas morales.

—¿Y para qué la quieres? Deben ser muy aburridas.

Ángeles se levanta y toma de lo alto del librero la carpeta. A sus espaldas escucha la voz de una secretaria:

—Contador, dice mi jefe que también le lleve las carpetas de cálculo del impuesto quincenal.

David Alejandro se acerca al librero y coge el archivo que le solicitan. Por unos segundos los nudillos de sus manos se rozan. Él parece ignorarlo; antes de salir con los gruesos legajos, en un tono ligeramente categórico, repite:

—Permíteme un momento.

Ángeles se sienta; detiene la vista en el lápiz que David Alejandro dejó sobre el escritorio. Lo toma y desliza sus dedos a lo largo de la madera. Coge su bolsa, saca la pastilla de menta y la pone en lugar del lápiz:

Echamos cambio; éste va para mi colección.

Ella atesora en una caja de galletas, entre la despensa, los objetos que le permiten recordar a David Alejandro en una situación concreta. Conserva un croquis dibujado en el envés del papel plateado de los cigarros; es un plano que él le hizo para indicarle el sitio exacto donde debía esperarlo. Lo guarda porque le gusta repasar los rasgos, la forma de las letras bien trazadas, de gente que escribe despacio y poco. También conserva el corcho de la botella del vino que tomaron en La Casa del Agua.

Cualquiera pensaría que soy una cursi por guardar estas bagatelas; pero de niña era peor. Durante tres años conservé un

chicle masticado de mi amor platónico de la primaria; lo recogí del patio de la escuela. Ya en la secundaria se lo regalé a una amiga que también estaba enamorada de ese niño.

El recuerdo del restaurante de Amado Nervo la lleva a recordar el bar que está junto al Museo Nacional de Arte. Recorrió todo el lugar y no vio a David Alejandro. Decidió esperarlo en el recibidor. A los cinco minutos un mesero le preguntó su nombre y le informó que tenía una llamada.

—Reinita linda, ¿qué crees? Todavía me falta como una hora para salir. Y para acabarla, mi coche amaneció con la batería baja. Mejor nos vemos por aquí cerca. En lo que tú tardas en llegar, ya terminé.

—No, mejor nos vemos otro día.

Ella tampoco traía coche ni dinero para el taxi. Se sintió muy afortunada porque no había pedido una copa, como acostumbraba. Ni para un boleto del Metro traía. Se regresó a pie, hambrienta. En todo el día sólo había tomado un café y una quesadilla.

Ay, Angelita, si de verdad te has vuelto una experta en davidalejandriadas, ya es hora de que te pongas a escribir un folleto que se llame algo así como: *Manual para amantes modernas*. Si en la cabeza ya lo empecé… La primera regla sería: No llegue a su casa con hambre, traiga guardado siempre un tenmeaquítantito. Sí, porque luego aunque cene, me vuelve a dar hambre; pero ni modo que saliendo del hotel, vayamos otra vez a comer. La regla completa podría ser: **Si su amado la invitó a cenar no olvide meterse unos panecillos en su bolso. A la medianoche le sabrán deliciosos, y más si les unta mantequilla. Nunca deje la mantequilla sobre la mesa, llévesela toda; recuerde *El último tango en París*. Pero sea discreta en todo momento; si aún no tiene mucha confianza, no saque el pan enfrente de él. La mantequilla tiene una explicación erótica, ¿pero un pan? A menos que quiera jugar a Hansel y Gretel**.

No estaría mal regar migajitas en todo el cuerpo y luego irlas recogiendo con la lengua. Claro, después hay que levantarse a sacudir las sábanas.

David Alejandro regresa. Descuelga el saco del perchero y se lo pone. Se acomoda las solapas y se abrocha; vuelve a desabotonarlo. Se sienta frente a su escritorio. Con la mirada, Ángeles le señala el poema. Lo lee y se lo devuelve. Ella espera encontrar la mirada enternecida con que suele agradecerle los obsequios. Pero él la mira concentradamente y con sorna le pregunta:

—¿Cuándo aprendiste a escribir sonetos?

Ángeles enciende un cigarrillo y, turbada, responde:

—¿Sonetos? Bueno, me inspiré y así me salió. No lo hice a propósito.

—¿Con todo y rima? Es un poco desafortunado el verso Ah *hay sal más dulce que tu piel encima*, ¿no te parece?

—Bueno, sí un poco. Pero las rimas me salen muy fácil; no me cuestan trabajo.

—A ti no, pero supongo que a Roberto Lima, sí. No está mal, pero tiene cosas mejores.

Ángeles baja la mirada; se siente como una niña a quien han encontrado en falta; murmura, a manera de excusa:

—Te lo copié. Me lo sé de memoria, más bien. Pensé que…

—Ya lo había escuchado; lo leyó en casa de Lita.

—¿Te gustó? —le pregunta esperanzada.

—Algo cursi, ¿no crees?

—A mí sí me gustó. Nunca sé qué cosa es cursi y qué no lo es. Pero me hubiera gustado escribírtelo.

—¿Y cómo va todo? José, los niños.

—Bien, gracias. Todos bien —hace una pausa. David Alejandro coge un lapicero y hace anotaciones en una libreta enorme. Ángeles decide irse. Quiere balbucir un adiós y salir de inmediato; pero ella misma se sorprende cuando se escucha decir—: se me descompuso el coche, aquí cerca. Voy a llamarle a José para que venga por mí.

—A ver si te da línea. Estaban muertos. Déjame ver. Sí, ya

funcionan; puedes llamar.

—¿José? Hola, habla Ángeles. Se me descompuso el coche. Estoy en la oficina de David Alejandro. ¿Será posible que vengas por mí?

—¿Quieres que vaya por ti? —es Lita, quien está del otro lado—. ¿Por qué no te trae él? ¿Se pelearon? ¿No puedes hablar?

—Sí, no, sí. El distribuidor, otra vez. Pero no te preocupes, todo está bajo control.

Ángeles oprime la colilla del cigarro contra el cenicero; amontona, esparce, dibuja círculos con la ceniza.

—El problema, Ángeles, es que no puedo salir. Estoy con unos compañeros de la Facultad, afinando un proyecto para presentar un manual. Mañana es la fecha límite para entregarlo a la comisión dictaminadora. Toma un taxi, si no traes, aquí te presto. Podemos platicar unos quince minutos, en lo que te tomas un café.

Sabe que David Alejandro la está observando, pero no desea encontrarse con su mirada.

—Aquí te espero. El timbre está descompuesto. Estaré al pendiente. Tocas el claxon.

—Entonces, ¿vienes?

—Gracias, no. Qué lindo.

—Ánimo. Échele arte. Usted puede. Entonces, ¿no vienes? —No. Sí, me mojé toda, pero ya me prestaron un suéter. Tráeme uno, así devuelvo de una vez el que traigo. Te espero, no tardes.

Ángeles teme verlo porque desconoce la exactitud del mensaje que podría enviarle. Una mezcla de rabia y deseo la confunden. Ignora cuál sentimiento la está definiendo. Si pudiera mirarlo a solas, sin el temor de ser sorprendida, se le desvanecería el coraje. Cuando se contempla silenciosamente al amado, la soberbia del amante se transforma en reverente humildad: rinde tributo a la belleza, lo enaltece; ya sin la esperanza primera, cuando se recibía el regalo de una mirada que se dejaba caer al descuido. Llega el día en que ya no se repara en el mendigo que a diario se cruza en nuestro camino; ni para qué fijarse en él. Es tiempo perdido: siempre está mirando al cielo.

Cuando por fin sus ojos se encuentran, tienen la sorpresa del que despierta e ignora dónde se halla. Unos segundos después, se contemplan con la visión despejada. Con el lente afocado, nítido. El gesto de ambos se suaviza. David Alejandro recorre con la mirada el rostro de Ángeles. Se detiene en el cabello. La memoria le trae la imagen en penumbras, reflejada en un espejo gris, ahumado; el piso y el lavamanos son de mármol verde. Ella está envuelta en una toalla y peinándose. Así la encuentra cuando él sale de la regadera; se coloca detrás. La mira por el espejo, se inclina y le besa el cuello, su lengua recorre el lóbulo de la oreja. Ángeles ríe, se vuelve y lo mira de frente; sus ojos adquieren el brillo de la miel a contraluz. Ella le echa los brazos al cuello. Cae la toalla. Las manos de David Alejandro recuerdan el largo del tronco, el ancho de la espalda; la fina lisura del pecho y los hombros; la carnosa suavidad de senos, vientre y nalgas; la curva de la cintura, las rodillas, la garganta del pie. La levanta y la deposita sobre el verde edredón de la cama. A la luz de la lámpara, el negro de la pupila va cubriendo el iris, como la Luna cuando se interpone entre el Sol y la Tierra. El iris obsidiana es coronado por el oro líquido de la pupila. Las protestas de Ángeles son ahogadas por el deseo renovado de su amante que, a punto de partir, retarda su salida porque le asalta el recuerdo de la nostalgia que lo aguarda y que lo acompañará en el desierto de los días venideros. Noches y días en que tendrá que recorrer, él y su sombra, otras tierras sin saber cuándo volverá a reverdecer en la geografía gélida y boscosa de esas paredes, cortinas, alfombras y papel tapiz esmeralda. Los labios de David Alejandro se recuerdan besando los párpados, mejillas y frente, mientras su mano rodea el bien dibujado, profundo ombligo. Sus dedos recorren la ingle, en suave avance, y los deja descansar en la cima del monte de Venus.

David Alejandro se remueve en su silla, se jala hacia abajo y a los lados las solapas; se abrocha el *blazer* azul marino. Intenta hablar, pero tan sólo emite un ruido ahogado. Quiere regresar y recordar dónde está. Había olvidado que la causa de su desvarío es realidad tangible, vigilancia verde, fría y lejana. Se aclara la

garganta y murmura:

—Te hablé, pero nadie me contestó. Como se fue la luz pensé que quizás…

Una secretaria lo interrumpe para informarle:

—Contador Lozano, su esposa lo espera en la recepción. Pregunta que si todavía va a tardar.

—No —se desabrocha el saco y estira los brazos sobre el escritorio, como si se dispusiera a seguir trabajando—. Dígale que termino en quince minutos.

Ángeles escucha el taconeo de la mujer bajando las escaleras. Se sonroja. Busca en su bolsa los cerillos. Encuentra el lápiz y lo deposita en el escritorio. Recoge la pastilla. David Alejandro, con voz pausada, le comenta:

—Todavía tengo que redactar dos informes y firmar unos oficios. Es posible que suba Teté. Es lo más seguro, no le gusta esperarme en la recepción.

—Entiendo. Pero, y ¿por dónde me salgo?

—Por la salida de emergencia, la puerta que está junto al baño de mujeres. Vamos, te acompaño —a un mismo tiempo los dos se incorporan.

—No, gracias, quédate. Sé dónde está. Si me llama José le dices… Que lo espero en la esquina. Nos vemos.

—Mañana te hablo. ¿A qué hora te parece bien?

—No sé, voy a andar muy ocupada todo el día.

Ángeles sale. Apenas ha avanzado dos metros cuando David Alejandro la llama. Ella se vuelve y lo mira salir de su despacho, con el brazo extendido hacia ella; Ángeles lo mira interrogante, no entiende qué le quiere dar. Él se acerca y le entrega un arete. Ella se toca instintivamente el lóbulo; se quita el otro y se retira.

—Hasta mañana, reina y señora mía. Cierra bien la puerta.

Ángeles se apresura a alcanzar la salida.

Se guarece bajo la fronda de un árbol. Observa las gotas coronadas antes de fundirse. *Reinita*. El asfalto, las bardas y la finísima lluvia adquieren el tinte ambarino del alumbrado. Ángeles siente calor y

náuseas. Se recarga en el tronco. Sufre una pesadez en todo el cuerpo; no puede levantar la vista para encarar la noche. Tiene la misma sensación que a veces siente cuando está dormida y sueña que está despierta, pero no puede moverse; en el sueño grita que la despierten porque la inmovilidad la asfixia. Una cálida y lejana voz la despierta: *Mira*. Hasta entonces puede concentrarse en la reverberación de la luna en el agua. Él le dijo: *Mira*. Era una luna blanca, bruñida de madrugada. Al dar la vuelta, mientras iba manejando, David Alejandro se encontró con una luna grande a mitad de la calle. Su mirada tenía el asombro de un niño. Ángeles le sonrió conmovida. Entonces y ahora regresa la noche cuando paseaba a Marco Polo, en brazos. Su hijo le mostró una lámpara, una bola de cristal opaco, que se veía a través de una ventana. Marco Polo señalaba, alternadamente, a la lámpara y a la luna. No sabía hablar, pero ya compartía con su madre el azoro de ir descubriendo el mundo. *Mira*. Ángeles imita, inconscientemente, el movimiento de su hijo y, al hacerlo, la luna en el agua se desvanece. Queda con la mano en el aire, suspendida, como si estuviera pidiendo una luz, cualquiera, por el amor de Dios.

Abandona el árbol y se echa a andar, calle abajo. Conforme avanza, el pensamiento va recobrándose. Le llegan imágenes y frases absurdas, entrecortadas, como si la película estuviera a una velocidad equivocada. Cuando ha caminado dos cuadras el color y el sonido se aclaran y se inicia la proyección de una realidad recién filmada, sin guía ni dirección y con dos aspirantes a estrellas.

Cuándo aprendiste a escribir. No, en efecto, no sé escribir. No sé inventar. Qué vergüenza, se dio cuenta que no era mío el poema. No sé por qué lo hice, por malos que sean mis versos, a él le gustan porque son míos. Pero siquiera me tomé el trabajo de copiarlo, ¡brincos diera si él me copiara algo! Aunque fuera el abecedario o una receta de cocina. No tenía derecho a hacerme sentir como una escuinclita copiona. Y a él, ¿quién le dice algo por todos los regalos que no me ha dado? Que nada más me los platica. Con hablar es más que suficiente, con eso ya cumplió. Y, a veces, ni eso. El día de

mi cumpleaños no me habló por teléfono. Hasta mi papá me llamó; hasta él se acordó:

—Hija, a ver qué te parece esta cancioncita de cumpleaños, es pa levantarte el ánimo. Escucha, déjame afinar la guitarra: ¿Estás lista? *Pelonas de quince años / valen perlas y galones / y pelonas de cuarenta / dos tortillas con frijoles*. ¿Qué te parece?

—Gracias, papá; muy bonita.

—Me acordé de estos versitos, que mi padre le cantaba a tu abuelita cuando la quería maloriar.

Y volvió cantármela no sé cuántas veces más. Y yo queriendo que colgara para recibir la llamada de aquél. Para ser justa, mi papá a fuerzas se tiene que acordar de mi cumpleaños porque nací el día de su santo. Cuando nos vimos, muy quitado de la pena me dijo:

—Mi reina, mi amapolita cortada al amanecer, el rey Baltasar escuchó tu deseo: aquí me tienes, soy todo tuyo. Claro que sabía que tu cumpleaños era el 16; cómo no lo iba a tener presente si era el día de San Albino y de la primera posada. Pero créeme, que cuando me di cuenta ya estábamos a 20, cuando estaba tirado en las arenas de Acapulco; ni modo que te hablara desde allá. Pero para desquitarme, déjame darte un abrazote bien grande que valga por tu cumpleaños, Navidad, Año Nuevo y Reyes.

Si lo práctico nadie se lo quita. No se acordó y no tiene la menor importancia. Lo vi el 12 de diciembre y nos volvimos a ver el 6 de enero. Si no es por Lita ni me entero de que estaba de vacaciones. No creyó conveniente informarme, para qué, si no soy su secretaria. Estas estupideces me hacen sentir vieja, fea y ridícula. ¿Por qué ando con él? No sé y ya no me interesa saber los porqué; me cansé de averiguarlos. Angelita, la verdadera razón por la cual escribes las cartas o los versitos no es por inspirada ni por romántica; es porque no puedes verlo ni hablarle cuando a ti se te dé la real gana. Escribes por necesidad, para tener la ilusión de que estás platicando con él. Con la única que puedes hablar, ya la tienes harta; Lita está cansada de oírte. No tienes otro tema de conversación. Tienes razón, por eso, otra de las reglas sería: **Tenga una lista extensa**

de razones lógicas para echar mano de ellas en cualquier momento. No mencione nombres, para impedir que su esposo certifique la veracidad de su excusa, o lo que es peor, que la amiga hable a su casa preguntando por usted. Pero si se ve en la extrema necesidad de mencionar a alguien, quede de acuerdo con su cómplice. Evite, hasta donde le sea posible, enterar a terceros.

Un taxi se detiene y ofrece llevarla:

—Pero ya le voy a cobrar el 20 por ciento sobre lo que marque la tarifa, es que pasan de las diez, señito. Ya, ¿a descansar? Qué agüita, es de las que no se quitan. Toda la nochecita va estar de chipi chipi. ¿Le molesta si fumo? ¿Gusta? Que si gusta, digo, un cigarro pal friíto. Tome mi franela, séquese; le va hacer daño la mojada.

Toma el cigarro, el chofer se lo enciende. Se seca y mira por la ventanilla. La inunda una oleada de calor cuando recuerda: *¿De la Tranquilidad?* ¿Eso dijo? *Habría que irnos al mar*…, le dije. Y él preguntó que si al Mar de la Traquilidad. El Mar de la Tranquilidad está en la Luna. ¡Insinuó que es el único mar adonde podemos ir! Que allá es donde debo estar, ya que me gusta tanto contar las horas regresivamente, como astronauta. En realidad, mis cuentas lo tienen sin cuidado, lo que quiso darme a entender es que si me creo astronauta debí haber aterrizado en la Luna y no en su trabajo. Cuando me lo dijo no lo entendí; pensé que se refería a la tranquilidad del mar. ¡Que se vaya al demonio! Si tanto le gusta la calma, por mí, puede morirse hoy mismo. Que se vaya a gozar la paz de los sepulcros. Que lo metan a una caja *king size* y que lo encierren con siete candados para que ninguna loca viole su rutina. Que le llore su viuda. ¿Cómo debo interpretar que tenga las fotos de Teté? ¿Ella se las habrá dado o él se las pidió? Desconozco cómo es su vida matrimonial. Los hombres nunca cuentan esas cosas. Pero se quieren. Deben quererse. Qué bueno, me alegro. ¿Qué haría si no se quisieran y decidieran separarse? ¿A mí de qué me sirve su

libertad? Si él quedara libre, yo no le haría la parada, lo dejaría seguirse de frente.

Indudablemente, las reglas para estos casos podrían ser: **Nunca vaya a una cita sin dinero en efectivo. Contemple la posibilidad de pagar taxis. Si usted se confía en que él va a llevarla a su casa, usted estará olvidando todas las eventualidades que suelen presentarse en una cita amorosa. Pero si usted tiene coche, las reglas varían: lleve dinero para el estacionamiento, revise el tanque de la gasolina y nunca se meta al hotel en su propio auto. Déjelo en un estacionamiento, pero, ¡ojo!, asegúrese de que va a estar abierto toda la noche. A propósito, por ninguna razón debe quedarse dormida. Avise a la recepción la hora en que desea ser despertada. O bien, cómprese un reloj pulsera con alarma, aunque se corre el riesgo de no escucharla; o haga las dos cosas. Una amante moderna nunca falta a su casa. Le aconsejamos que no se exceda en el beber ni el comer o, si lo hace, no vaya al hotel. Es muy posible que se quede dormida con todo y despertadores. Sólo la cruda realidad la hará levantarse**.

Quizás estoy siendo injusta, simplemente dijo lo del Mar de la Tranquilidad porque sí, porque se le ocurrió, nada más. Ay, Angelita, no quieras justificarlo, él siempre estará en la Tierra y tú en la Luna. Sí, en el Valle del Silencio quisiera estar. Absolutamente sola. Donde no hable con nadie. A solas conmigo. Sin amante ni marido ni hijos ni suegra ni padres ni amiga ni… Sola, por un rato en mi vida. Sin nadie a quién rendirle cuentas. Pero sin David Alejandro me siento perdida: como un ángel sin los mandatos de Dios. Y sin José mi vida no me interesa. ¿Qué sería de mí si él no estuviera a mi lado? Ni siquiera puedo pensarlo un solo minuto; de inmediato todo se vuelve muy complicado. ¿Qué necesidad tengo de hacer el ridículo? Aunque cuando suceden estas idioteces algo me queda claro: con David Alejandro, de una manera u otra, no

puedo, ni podré, encontrarme.

—Señito, ¿quiere que nos desviemos en San Antonio y tomemos por Circuito?

Reina y señora mía. Qué absurdo. ¿Qué reina y qué señora sale por la puerta trasera? Ya no estoy en edad para estos trotes. No debí haber ido. Su señora, su esposa, su Teté puede ir al lugar que sea y ante quien sea. Yo sólo puedo presentarme a la hora y el sitio que hemos acordado. ¿Dónde tengo la cabeza? Mi falta de juicio es escandalosa. No puedo presentarme nada más así. Cuando escriba mi manual deberé ser muy clara al respecto: **Nunca de los nuncas se haga la aparecida, porque en cosa de tres segundos su presencia resultará tan inoportuna que deseará, con todas sus fuerzas, desaparecer por arte de magia. Las circunstancias, siempre adversas en estas situaciones, la obligarán a sentirse como ratoncita en casa ajena. Y, desafortunadamente, no llegará el hada de Cenicienta a salvarla**.

Olvidé que su coche no circula. Los martes que nos hemos visto, andamos en el auto de Teté. Por eso ella vino a recogerlo. ¡Ay, ahora sí! ¡Dejé mi suéter debajo del escritorio, junto a la silla! Es de tintorería, ya se me echó a perder. Ese suéter me lo conoce Teté. Ojalá no suba, y si sube, que no lo vea. Otra de las reglas básicas de mi manual será: **Bajo ninguna circunstancia se quite prenda alguna en el despacho o auto de su amante. Haga un severo inventario antes de irse. No está demás tomar la precaución de no usar prendas que la esposa pueda reconocer**.

Estoy cerrada de la mollera. ¿En qué pensaba antes de junio; de abril, más bien? ¿Qué hacía? ¿Cuál era mi vida antes de andar con él? ¿En qué pensaré después? ¿Quién era? ¿Quién soy? ¿Qué busco? A veces imagino que David Alejandro es como un chamaco que de un manotazo desbarata el castillo y goza mirando las ruinas. Hasta ahora, yo he sido la mamá paciente que llega a levantar las piezas y

reinicia la construcción. Pero siempre me han parecido odiosos los escuincles malcriados. No voy a decirle nada. Cuando estoy molesta o resentida digo cosas que después estoy recordando una y otra vez. Horas, días y hasta semanas componiendo las palabras que debí haber dicho o corrigiendo las que ya dije; arrepentida, como cuando regaño y castigo a mis hijos. No importa si se lo tienen merecido o no.

No escucha lo que el chofer le dice, pero ella le responde:

—Sí, está bien.

Ya quiero que se acabe este día. Que se acabe el de mañana y otro y todos los que me faltan. Vivir sin saber cómo ni qué hora es, como vivía antes que él apareciera. Me agota la sola idea de que mañana me hable y me diga que no puede verme sino hasta el lunes y el lunes que el viernes, ¿de qué se trata? Me repapalotea como le da la gana. Amar requiere tiempo y él no lo tiene; no para mí. Sin él, cuando menos, sé que ya no tengo medias ni calzones; que el domingo es cumpleaños de mi suegra y todavía no sé qué regalarle: sé hasta lo que no sé. Pero en cuanto él se aparece, no sé ni jota. Ay, mi Gordito lindo, ¿acaso ha llegado el momento de decirnos adiós?

El bamboleo del coche la devuelve a la realidad; ignora en qué momento entraron en la gasolinería de Melchor Ocampo. El chofer y dos empleados empujan el miniauto. Ángeles sale del taxi y se dirige al refrigerador de refrescos; echa dos monedas, pero la lata se atora. Golpea otra vez; busca en su bolso y no encuentra más morralla. Un hombre le sale al paso:

—¿Puedo servirle en algo?

—No, gracias.

—Permítame, déjeme intentarlo —y avanza hacia el refrigerador. Ángeles lo reconoce: es el hombre del coche verde esmeralda.

¡Virgen Santísima! Sí es judicial. Me ha estado siguiendo todo el día. Quiere chantajearme. ¿Quién le pagará, José o Teté? No creo que David Alejandro me lo haya mandado.

El hombre le entrega el refresco.

—Ay, usted sí pudo, muchas gracias. Tenía tanta sed.

—Yo creo que el taxi en que venía ya no va a arrancar.

—¿No? ¿Por qué? —contesta automáticamente. Se había olvidado del coche de alquiler.

—Si me permite, yo puedo llevarla a su casa.

A lo mejor puedo convencerlo de que no le diga nada a José.

—No, qué pena, se lo agradezco; ya estoy muy cerca. Tomo otro libre. No quisiera molestarlo.

—No es ninguna molestia, súbase. Ya me iba cuando la vi; le hice señas, pero creo que no me vio.

—¿Me disculpa un momento? Voy a pagar la dejada —le dice Ángeles.

—No, de ninguna manera, permítame hacer el favor completo —y le abre la portezuela. Ángeles se siente atraída por el calor, la música y el confort del coche.

Claro, sus honorarios le permiten pagar estas eventualidades. ¿Dónde guardará la metralleta recortada? ¿Y si tiene órdenes de desaparecerme? ¿Si le pagó Teté para…? Mejor me bajo. ¿Cómo se abre esta puerta? No puedo; le puso el seguro.

El hombre regresa, antes de encender el motor, la mira afectuosamente:

—¿Y cómo está Clementina?

Sabe de mi hija, conoce a mi familia.

—¿Quién?

—Clementina, muy linda niña; sin agraviar a la presente.

Si pensara matarme, no la mencionaría. Su intención es chantajearme con decirle todo a ella; me va a meter a un hotel de Sullivan.

—¿Cuántos años cumple su suegra?

Sabe todo. Debe de tener interceptada la línea telefónica.

—No entiendo su pregunta. ¿Qué… —cambia su timbre exigente a uno más amigable—: qué es lo que quiere saber?

Ya pasamos Sullivan. ¿A dónde me lleva?

—Bueno, en realidad no me importa su edad; pero deben ser demasiados años.

¿Demasiados años? Se ha de referir a mi matrimonio.

—Veinte años no es nada.

—No, se pasan rápido. La vida es muy corta. ¿Y ya le compró su regalo? Debe ser difícil regalar a… Bueno, sé que ustedes no se llevan muy bien.

Sabe demasiado. ¡Mi suegra! ¡Ella lo mandó! Quiere a José de regalo de cumpleaños; el domingo estarían rezando mi novenario, si es que para entonces ya encontraron mi cuerpo. Ella le pagó y ya la enteró de todo. No ha querido informar a José para que no se arme el escándalo. Me manda matar con la tranquila conciencia de que está haciéndole un bien a su hijo.

—No, qué va, si yo la quiero mucho. Es muy buena gente. Simpática. Noble. Generosa.

—¿De veras?

—Es una señora excepcional, fuera de serie. No hay nadie como ella.

—¿De verdad? Nunca lo hubiera pensado. Bueno, pero no hablemos de ella. ¿Se mojó? Qué días, debe haber norte, no es tiempo de lluvias. Ha sido un invierno muy raro. Lo bueno es que ya se va a acabar.

Ahora menciona el mal tiempo, clásico. En su coche no me va a matar; está muy bonito para ensuciarlo. Me sigue hablando en clave: me está diciendo que vamos al norte, por la carretera a Querétaro me va a aventar. Que ya no llegué a la primavera. Es el crimen perfecto. Nadie, sólo él, sabe mi recorrido de esta tarde. Cuando encuentren mi cadáver y empiecen las averiguaciones, José va a decir que fui con Lita. Lita va a declarar que la llamé desde la oficina de mi amante. Y David Alejandro va a afirmar que José fue a recogerme. Van a tardar mucho en dar conmigo porque mi marido va a decir que salí con un suéter rojo. A menos que este tipo me deje desnuda y entonces da igual. La autopsia va a revelar que ingerí alcohol. Aunque nunca me sentí muy tomada, en cuanto

detecten que bebí, van a pensar horrores de mí. Solamente el taxista podría dar una pista, pero estaba tan preocupado por su coche que ni le importó el rumbo que tomé. Le voy a proponer a éste que entre en el departamento y que se lleve todo. Nada más le voy a pedir que le diga a José que se trata de un asalto. Aunque no creo que le convenga; mi suegra le va a pagar mucho más de lo que nosotros podamos darle. Ya llegamos. Quiere que le haga una propuesta.

Ángeles deja caer la pregunta de manera casual, como cuando se está haciendo un trato financiero que convienen ambas partes:

—¿Cuánto?

—Póngale precio.

—Usted diga. No tengo la menor idea de cuánto cuesten sus servicios.

—Muy caros. Pero tengo un problema existencial y usted me podría ayudar a resolverlo. Sólo quiero que me responda a una pregunta que no me deja dormir en paz. Usted me responde y yo me doy por bien pagado.

Desea escuchar mi confesión para que después ya no pueda desdecirme. Contésteme sí o no: ¿acepta su infidelidad? Eso es lo que quiere saber, seguro.

Ambos guardan silencio. Mientras él cambia el casete, pregunta:

—¿Qué me sugiere comprarle a su suegra? No quisiera que Malú llegara con las manos vacías. Clementina la invitó al cumpleaños de su abuela.

¿Malú? ¿Entonces no es…? ¡Pero claro, hombre! ¡Si es el papá de Malú!

—Mi hija me pidió que la acompañara, pero creo que no me sentiría a gusto. No nos conocemos, digo, personalmente, y es una fiesta familiar. A propósito, a ver cuándo nos hacen el honor, usted y su esposo, de ir a cenar a mi casa; Malú tiene mucho tiempo pidiéndomelo. Sé calentar muy bien las pizzas en el microndas. ¿Qué le parece este sábado? Bueno, creo que usted tiene ocupados los sábados.

—No, este sábado está bien.

—Mi hija quiere mucho a la suya. Ya se imaginará cuánto me importa su felicidad. Me da gusto que tenga contacto con una familia como la suya. De usted se expresa muy bien. A veces me preocupa que se la pase tanto en su casa, pero dice que usted no se molesta; se lo agradezco. Entonces, ¿los espero el sábado? ¿Qué bebe su esposo?

—Lo más seguro es que él no pueda ir.

—Ah, sí… La suegra.

—Y más este sábado; José tiene que ayudarle a preparar la comida del domingo. Pero ¿qué le parece si los niños y yo vamos a su casa? Y usted acompaña a Malú al cumpleaños de mi suegra. Ya verá que no me equivoqué al describirla. Es una linda persona.

—Debe ser. Las niñas a veces son muy exageradas. Por sus conversaciones me hice a la idea de que la relación con su suegra es un poco delicada. O usted es muy noble y sólo ve bondades.

—Nos vemos el sábado. Gracias.

—Lo que se le ofrezca, para eso estamos —y arranca; saca la mano en señal de despedida. Lo mira doblar a la derecha, por Cedro.

Ángeles abre el zaguán. El alma le vuelve al cuerpo. Cuando llega al descanso del segundo piso, toma real conciencia de que ya está en su casa y empieza a subir los escalones de dos en dos.

Nadie me quiere matar. Ningún judicial me persigue.

Se detiene en el sexto piso. En la puerta de su departamento está pegado un mensaje escrito con plumón azul y en letras de molde; es de su hijo: *Mamá Buenas Noches. O si llegas en la mañana, Buenos Días*. Ángeles se sonroja y lo despega. En medio de la hoja está dibujada, a línea, una boca, de la que nace un globo de diálogo que dice: *Mua*.

Qué tierno. No estuve para darle su beso, y él me dibuja el suyo. ¿Pero por qué dice eso, si nunca me ha visto llegar en la mañana? Eso se llama sacarme a balcón. ¿Qué van a pensar los vecinos?

Entra y deja su bolsa en la mesa del comedor; la cubierta está

limpia y adornada por un cesto de frutas y por las rosas miniatura. La cocina y la sala están en perfecto orden. Entra en la cocina y se sirve un vaso con hielos. Regresa a la sala y se sienta en el sofá. Coge un cuaderno de Clementina; lo deja sobre las piernas. Mientras bebe el refresco, el gato se acerca y la olfatea. Ronronea, se sube encima del cuaderno y empieza a afilarse las uñas en el suéter. Hace a un lado el animal y abre el cuaderno:

Para Eduardo:

Te quiero, sí, ¿pero qué puedo hacer?
Me ofende estar contigo
Parecías tan sincero
Pero todas tus palabras eran vanas
sin rumbo, como torrente o torbellino
No comprendo tu hipocresía
Eres como tus palabras, sin principio,
y por ellas, por falsas, hemos terminado
Sin embargo, no puedo estar sin ti
¿Qué debo hacer?
¿Qué puedo decirte?
Un consuelo me queda
Tú tampoco puedes olvidarme
Estamos en las mismas condiciones

No conozco a mi hija. No sé qué piensa ni lo que siente. Ignoro por quién quiere ser buscada y querida.

Se le figura que Clementina va llegando de la calle y le pregunta de inmediato:

—Ma, ¿no sabes si alguien me habló?

Y en su pregunta, Ángeles vislumbra la esperanza y la maldisimulada frustración cuando la respuesta es negativa. También aprecia la tesitura del lenguaje de Clementina si la llamada es de Eduardo. Evita delatar su entusiasmo y siempre consigue controlar

su exaltación. Pero en cuanto cuelga está de fiesta, golpea al aire, zapatea el suelo. De inmediato le llama a Malú y le narra los pormenores de la conversación. Le cuenta lo que se dijeron; lo que pensó decirle, pero se lo calló; lo que le hubiera querido decir. Y si habla otra amiga lo primero que le dice es:

—¿Quién crees que me llamó? ¡Sí!

Y empieza la historia. Entonces la regaño, me pongo histérica, le exijo que cuelgue. Deseo que la línea quede libre. Con la esperanza de que la próxima llamada sea para mí. José no entiende por qué me desespero tanto.

—Déjala. Prefiero que platique aquí que en la calle. Está en la edad. Además, así son las mujeres, aunque todavía no acabo de entender qué tanto platicas con Lita. De qué pueden chismear durante cuatro o cinco horas seguidas. ¿Por qué te molestas, si siempre me has dicho que las mujeres necesitan hablar y hablar?

Cada etapa de los hijos es una preocupación diferente y yo he dejado de pensar en sus necesidades. Es cierto, es su vida y sólo ellos pueden vivirla, pero sí me desentiendo, ellos van a buscar la manera de llenar ese vacío. Clementina, por ejemplo, puede involucrarse en una relación en donde no le van a dar el cariño ni la comprensión que está buscando. Las necesidades de los muchachos son sexuales, básicamente, y la de las jóvenes, sentimentales. Si hay comunicación en casa, las jovencitas tienen más probabilidades de evitar un embarazo. En la clínica del Seguro todos los días veo a adolescentes embarazadas. Y yo no quiero que mi hija sea una de ellas. ¿Qué pretexto tengo para dejar a mi hija a merced de sus confusiones? Discretamente le voy a pedir que me hable de él. Creo que… Algo sé, algo entiendo.

Contigo me siento como un muchacho de catorce años. David Alejandro le confesó. Ella le respondió: *El enamoramiento nos regresa a la adolescencia*. La mirada de Ángeles tropieza con una caja forrada para regalo.

Sobre los hijos de las amantes modernas, redactaría una regla que dijera más o menos así: Querida amiga, el hecho de que usted

tenga un amante no la salva de sus obligaciones de madre. Una amante moderna nunca es irresponsable; siempre tiene un ojo al gato y otro al garabato. Si usted tiene hijos adolescentes es una magnífica oportunidad para entenderlos porque ellos y usted están en las mismas: andan en la loca, con la ventaja de que usted puede brindarles una mejor guía que la que ellos puedan obtener con sus amigos. Aproveche las circunstancias, regálele a su hija discos de baladas románticas interpretadas por artistas de moda. Su gusto quedaría en entredicho si los compra para usted; adquiéralos, pero déselos a su hijos. También puede regalarles libros: las mejores cien cartas de amor o los cien poemas más románticos de todas las épocas. Pueden escoger tarjetas o comprar ositos de peluche. Hay mil maneras de establecer la comunicación y, de paso, encubrirse. Nada más queremos recordarle que es muy posible que su hija o hijo se enamore dos veces al mes, mientras que usted sigue garabateando en el mismo gato.

Se incorpora y abre la caja. Dentro hay un conjunto de falda y saco, de satín aperlado. Debajo del papel de china hay una carta.

Gelus:

Ya compré el regalo de mi mamá; una porcelana, para variar. Fuimos al súper; espero que no se me haya olvidado comprar nada. No encontré el tinte ni las pantimedias que usas. Los niños y yo trabajamos mucho para que te pongas de buen humor. Los támpax están en el botiquín. Buenas noticias: subí a revisar la lavadora y funciona bien. Hasta puse dos cargas de ropa. Háblale temprano al técnico y cancela la orden de servicio; dile que tu marido arregló todo. La otra novedad te va a dar mucho gusto: Habló Queña y dijo que mañana viene porque necesita dinero para impermeabilizar su casa. Me caigo de sueño. Pero puedes despertarme a la hora que quieras y abusar de mí. Pasé a la casa de mi mamá y recogí un regalito que te mandé a hacer con su modista. Te vas a ver muy bien. ¿Sabías que los años te han

convertido en una mujer guapa y misteriosa? Soy un hombre afortunado. No me canso de darle gracias a Dios por haberte encontrado. Eres la reina y señora, columna y sostén de esta casa. Déjame decirte la última cursilada de esta noche: Te amo.

Está llorando. *Ángeles amada*. Se dirige a la cocina. *Ala de Ángel*. Cierra y se recarga detrás de la puerta. *Deseadas alas*. Entra en cuentas consigo. *Ángeles deseada*. Se muerde el nudillo índice para ahogar el torrente. *Amada casada*. El nacimiento del llanto proviene de un lugar remoto y cerrado. *Ama de casa*. A veces, alguien encuentra la llave y encaja la palabra fina, arma blanca, que ilumina la habitación que habíamos cerrado para dejar afuera la cuchillada. *Casa de Hada*. Llegado el momento de separar la luz de la noche, las aguas se desbordan. *Hada sin alas*.

No. No es verdad. Nada es cierto. Todo es mentira. No soy como me pinta. No, no y no y mil veces no. Mírame, aquí está la columna, el sostén de esta familia. Aquí está la armonía, el amor, la entereza. ¿A quién le puede interesar mi derrumbe? ¿Debo despertar a José y decirle que me duele, no sé qué, ni dónde, pero algo me está doliendo y mucho? Mis padres, ¿qué consuelo podrían darme? ¿Mis hijos? ¿David Alejandro? ¿Lita? No. Definitivamente, no puedo darme el lujo de ponerme a llorar como si fuera una chiquita. María de los Ángeles no está enamorada (qué tontería; las casadas no se enamoran). Ella no sufre, no sueña, desconoce la angustia, ignora qué es el desamparo, nunca se confunde. La señora Santos es una feliz esposa, madre y ama de casa que está en pleno uso de sus facultades mentales. La felicito, señora, desde mañana usted podrá realizar todas sus actividades normalmente. Está usted dada de alta. Muchos días de éstos. Bienvenida a la realidad.

Ha de ser que estoy monstruando y por eso me agarra el sentimiento. Así debo ponerlo en el manual: **Revise si su ataque de nervios es causado por su periodo menstrual, el más depresivo. Si es así, fúmese un cigarro (o coma un chocolate) y tome las cosas con calma. Recuerde que así**

son las mujeres. Pero si, desafortunadamente, ya terminó su menstruación y cae en un estado de angustia, entonces vaya pensando seriamente en visitar a un terapeuta de parejas. Pero antes de tan drástica determinación, haga cuentas y calcule si su desajuste emocional se debe a que está ovillando, porque eso también puede alterarla. Ahora si ya pasó la ovulación, es posible que esté entrando en la semana premenstrual, la más histérica. En una palabra: no haga mucho caso de sus ires y venires. No tome ninguna decisión mientras se halle presa de esas descargas hormonales que tan mala fama les han dado a las mujeres. Pero, sobre todo, no se desquite con su amante; no le pase la elevada cuenta de los platos que usted tan alegremente destroza en cada ataque de llanto.

Coge una servilleta de papel y se limpia la nariz. Jala un banquillo y se sienta frente a la estufa. Con el piloto prende la servilleta y enciende un cigarro. Ángeles reconoce su temor al desconsuelo; no quiere que llegue, pero vendrá: la tristeza es puntual. A diferencia del amor, que llega cuando quiere y si quiere. La tristura entra con sigilo y se aposenta en la habitación más lujosa, ahí donde conviven los sueños más caros del alma enamorada. Calmosamente, a placer, empieza a devorar la gala, el imperio y el señorío. Saciada, la aflicción abandona a la diosa desnuda de inmortalidad.

¿Cuántas reglas llevaré? Si este manual va a servir de guía a Infieles Anónimas, AC, entonces deben ser doce.

Abre la alacena y saca una botella de ron. Se sirve en un vaso tequilero.

Ya no debo ir a las reuniones de Lita. Tengo que ser firme; aguantarme unos cinco meses sin verlo. Cupido, haz que agosto llegue pronto.

Escucha que alguien está tocando a la puerta. Mira por el ojillo. Es una mujer alta, delgada. Tiene fleco, melena negra azulada hasta

los hombros.

Es la vecina del 508, la insaciable; qué se le habrá perdido.

Abre la puerta y cierra tras de sí para evitar que su familia pueda escucharlas. La vecina entiende y le habla quedamente.

—Buenas noches. Disculpe que la venga a molestar, pero venía a preguntarle si no tenía un cigarrito que me hiciera el favor de regalarme. Los míos se me acaban de terminar. Y aprovecho para devolverle el refresco. Su niño, en la tarde, fue a pedirme uno y luego su hija me lo repuso. Aquí lo tiene. Me ofende que no lo acepten como un obsequio. Me atreví a tocarle porque la vi subir hace un momento —baja aún más la voz, se acerca y cuchichea—: Y como no me habla ninguna vieja de las de aquí, me dije pues voy y le pido un cigarro a la mamá de Marco.

Está tomada. ¿Y si aprovecho y le pregunto que qué hace con tanto muchacho?

—Son mentolados, ¿no le importa?

—No le hace. La cosa es echar humo.

—¿Me permite? Voy por ellos.

—Si tiene unos tres, mejor. Tenga, llévese su Coca.

Ángeles se guarda las llaves en el pantalón. Regresa y le extiende la cajetilla, la mujer toma cuatro; Ángeles le ofrece lumbre.

—Híjole, qué buena onda. Si ya decía yo que eras reamable. Oye, ¿tu viejo ya se durmió? ¿Por qué no te vienes un rato a mi depa y ahí nos echamos el cigarrito? Digo, no sé si quieras acompañarme, si no te importa el qué dirán.

—No, no me importa. Vamos.

—Pasa, pasa. Siéntate. ¿Te sirvo algo? Tengo de tocho morocho. ¿Ron? Tengo jamaiquino, cubano y nicaragüense. Te recomiendo el jamaiquino o si eres de garganta profunda hacemos un menach a truá. No es cierto, es broma. Tu hijo es revaciado. Oye, no sabe tan mal. Lo que pasa es que alguien me dijo que los mentolados te vuelven frígida. ¿Te imaginas? No sentir nada de nada. Pero tú sí sientes, ¿verdad? Vas a decir que qué preguntona. Pa qué pregunto

si nomás hay que ver lo cuero que está tu viejo. De ahí se echa de ver que le tupen. Eso se ve. Mira, un hombre que está todo guango no le cumplen en su casa ni en ningún lado. Se les nota en la cara, en cómo caminan, en cómo hablan, en todo. Mira, yo de una mirada y rápido te localizo a un güey malcogido. A ésos les doy la vuelta, digo, no se me antojan. No estoy queriendo decir que tu viejo sí. Y menos siendo tú su esposa. Me caes rebien, aunque nunca antes háigamos cruzado un saludo. Yo siento tu vibra. La de tu viejo y la tuya las siento a todísima. Pero tómate tu ron. Tú no eres como las de aquí, que se espantan de los güevos y *se abrazan* de la verga, con perdón por lo de se abrazan. No sé si has escuchado cuando les pongo a todo volumen esa de Pedro Infante que dice: Ay, esas viejas tan rechismosas, cómo les gusta chismografiar, nomás ven una pequeña cosa y ahí van luego todo a agrandar. Al puro pelo les quedó, ¿a poco no? Me vale lo que digan de mí. Ya te han de haber contado que mi viejo me levantó de Insurgentes. Yo taloneaba; ahí me tienes preguntando cada noche a los mirones: ¿Cómo lo quieres, papi?: ¿Chico, grande o mameluco? Y no me da pena. Era dinero ganado con el sudor de mis nalgas. Se suda, no te creas. Pero ya me retiré. Mientras mi viejo me cumpla yo no vuelvo al talón. A la putería, sí. Lo puta no se me va a quitar nunca. Pero no hay tos. Yo le dije a mi viejo me pones depa y negocio y yo dejo de ser puerta de hotel; o sea, dándoles entrada a cualquiera. Ahora soy más selecta. Ya me dio una lana para comprar un changarro; voy a poner una estética. Les doy una tarjeta a mis antiguas compañeras y me voy pa arriba. O tú qué opinas. A mí me gusta la potencia, tú entiendes, pero mi viejo tiene una chingaderita. Se le pierde en la panza. Aunque dicen que no importa el tamaño ni lo grueso sino el tiempo que dure tieso. Tu viejo, ¿de qué tamaño lo tiene? Yo digo que así estoy bien: tengo surtido rico y viejo que me mantenga. Pero yo cuido de los muchachos. Abre ese cajón. Ábrelo. Tengo chingamadral de condones. De todos tamaños y sabores, agárralos, no muerden. Mira, a mis muchachitos yo les enseño a usarlos. Se los pongo. A pesar de que tienen lubricante no está demás ponerle a la

potencia, pus pa que ellos sientan más, ¿no? Las mamaditas se las hago rápido y llegando. Ya con más calma hay que mamar con condón de sabor. Tengo un amigo en Washington que me manda la última moda en condones. Hay unas cosas que ni te imaginas. No te quiero aburrir con mi plática. Aunque, lo que sea de cada quien, tengo buena lengua, ningún cliente se quejó; pero no hay que mandarse. Oye, vas a decir que qué abusiva, pero Eduardo, el novio de tu hija, me ha dicho que los sábados te reúnes con unos amigos reteinteresantes, que filósofos y escritores y poetas que son muy acá. ¡Preséntamelos, no seas gacha! Quiero aculturizarme. Sé que soy media pelangocha para hablar; eso me pasa por juntarme con gente corriente, y eso se pega. Me hace falta un doctor en lengua, ¿o en letras? Preséntame de los dos, ¿cuál es el problema? Tengo una percha fina. Pero que no empiece a hablar o no me ría como me río porque ya me chingué; mi finura valió madres. Yo quisiera ser como tú; por los trapos no me preocupo, tengo buenas garras porque me vestía a crédito, pero me desvestía al contado; a forciori. Siempre te veo salir con un libro bajo el brazo. Y caminando bien acá, así como ida. Se me figura que eres bien coquito. Bien cerebro, para que me entiendas. No vayas a creer que te me figuras a los cocos de la mariguana. Cuando quieras forjamos. ¡Me cai que yo también soy reamable! Para qué te ofrezco, si a leguas se ve que no eres pacheca. A mí tampoco se me nota. ¿O a poco me notas algo? Llévame con tus cuates, te aseguro que me sé comportar. Ahorita te estoy hablando a las de acá por el toquesín y porque me siento en confianza. A eso agrégale las copiosas que traigo encima. Es que, manita, me aburro un chingo. Yo no sé por qué hay tanta pinche vieja pendeja que se muere porque les pongan casa; chingao, no entiendo. Nomás de pensar que la vida empieza en la noche, me purgo. Lo bueno es que mi viejo —somos casados, para tu información—. Déjame ir por hielos y por un cenicero… Te decía, que lo bueno de mi viejito es que viaja mucho. Ningún chamaco se duerme conmigo. No me gusta dormir con ningún güey, ni con mi viejo. Mira, yo soy de las ay, papito y ya le agarro aquí y allá. Y

estás bien bueno, qué rico. Pero nomás me vengo, y hazte pallá; ya estuvo, a chingar a su madre. Yo clasifico a mis muchachitos así: unos tienen culo pitoño y otros pito culoño. ¿Y sabes cómo se llaman los que tienen los dos?: *ven para acá*. Y vienen, pus, claro. No, pero te digo, preséntame a tus amigos. O qué, ¿son muy roñosos? ¿Le hacen fuchi a las prostis? Pero ya no soy del talón. Soy señora casada. Eso me da caché: nada le da tanto gusto a un güey que acostarse con la vieja de un cabrón, ¿o no? Eso sí, pa no perder la costumbre, a mis muchachitos les pido lo que traigan, lo que sea es bueno. Un pesito, ora. Que me quieren dar su domingo, presta. Lo que sea, pero se tienen que caer, si no me dan algo me salo; me cai. Tons qué, tú me llevas a las reuniones, me dices quién es el macizo y yo te lo respeto. ¡Chingo a mi madre si no! Porque, ¿a poco nomás tienes a tu viejo? No me hagas caso, soy media pesadita. No, pero en serio. En buena onda, tú me dices ese güey es mío y chitón. O no me digas nada, si tu detalle es de ley, pus no me va a pelar: ¡fácil, pa qué nos hacemos! Me aburro. ¿Tú no te aburres? Pinche vida de señora casada. Qué chiste. Mi viejo quiere que tengamos escuincles. ¿Sabes cuándo? ¡Nunca! Si por eso lo escogí ruco y por eso le doy sus buenas revolcadas. Que ya descanse, pero que se vaya feliz. Era viudo. Pero me está saliendo el tiro por la culata; cada vez lo siento más macizo, pero ni una tonelada de Eveready le daría la potencia que añoro. Pero ni te creas que me quedo ganosa. Una mujer que le sabe tupir nunca se queda con ganas. Ella ve cómo, con viejo o sin viejo, pero se echa sus polvos, ¿o no? ¡Puta! Es el coche de mi viejito el que va entrando. ¿No te digo? Qué tal si estoy con algún güey. Discúlpame. Voy a darme un regaderazo. Me había dicho que venía hasta mañana en la noche. Es que extraña a su nenorra, a su virgen morena. Y no creas que lo de virgen lo digo de oquis. Gracias a unos ejercicios tengo estuche de quinceañera. No supongas que el uso constante le quitó su elasticidad. Una profesional no descuida su fuente de ingresos: su chequera en blanco. Ahorita me perfumo, me convierto en maga, ¡y a trabajar se ha dicho! ¿Como maga? Ah, sí,

es que le encanta acostarse y que yo le haga toda la función. Lo trae loco mi magia y mi francés moderno: tú me lo mamas, mientras yo me duermo. Él tiene sus detalles para conmigo, a güevo, por eso me amarró. Después de que le tupimos, mi viejo me deja mis billetitos a un lado de la lámpara. ¿A poco no es un detallazo? Nada es tan rico que coger de acuerdo al tamaño de la lana que se están gastando. Tons qué, ¿me llevas con tus amigos? Ya viene subiendo. Ya quiere que nos cambiemos de este mugre edificio porque ese jodido elevador siempre está descompuesto. No te corro, pero… Gracias por los cigarritos. Está bueno el ron, ¿verdad? Acuérdame de platicarte de un amigo jamaiquino que papito, de lujo su estuche. De lux. Potencia extra. Chao.

Está rematadamente loca. Qué envidia me da. El sexo es sexo y punto. La voy a invitar a mi grupo de infieles para que nos aleccione cómo darle vuelo a la hilacha chabocho, sin tanto azote. Pero no le voy a chismear a José que ya hice migas con ella y que todo lo que se rumora es la pura neta. No quiero ni que le eche un lazo. Es una devoradora. Mañana bajo para que me platique y luego se las chismeo a mi Gordo: le encanta que le cuente historias. No, qué tal si le caliento la cabeza chica y se lo echo a andar. Angelita, no los vas a presentar porque quién sabe cuándo volverás a la casa de Lita. Además, estás hablando como ella. Sí, ¿verdad? Lo corriente se pega. A la otra que platiquemos le voy a preguntar qué significa eso de chico, grande o mameluco. A Marco Polo, terminantemente le voy a prohibir que entre a su casa. No quiera cultivárselo desde ahorita. Esas mujeres arrasan con todo. Al grupo de infieles sí la invito y la hago socia honoraria. ¿O será que andando con más de dos el asunto es más relajado? De ser así, pongamos en la reserva al papá de Malú y a Gervasi. Ya me siento de mejor humor y no debería irme a acostar hasta escribir todas las reglas que se me han ido ocurriendo. La chabacanería de esta mujer me ha inspirado otra: **Ríase. Usted no ha elegido un amante para andar de cara larga o gritoneando a su familia. ¿Se imagina la amarga decepción de su adorado si llegara a**

ver el triste espectáculo que ofrece cuando es presa de un ataque de histeria? ¿Cuando les grita o les pega a sus hijos o cuando pelea con su marido? Sería una enorme desilusión. Si usted anda de un humor de los mil diablos, con su amante y con su familia, permítame decirle, querida amiga, que usted no puede pertenecer al selecto mundo de las amantes modernas. Si va a seguir peleando, mejor quédese con su marido y santo remedio. Él ya se acostumbró, usted ya echó a perder a sus hijos; pero tenga compasión de su amado, quien, lo más seguro, también está huyendo de una malgeniuda como usted. Una amante moderna sabe controlar sus estados de ánimo en todo tiempo y lugar.

Vuelve a sentarse frente a la estufa; abre la ventana y deposita el cigarro en el cenicero. A su lado está el gato. Ambos siguen con la mirada el rumbo del humo.

Cómo he fumado. Se me va a escaldar la lengua.

Después entra en el baño y se da un regaderazo de agua caliente. Sale envuelta en una toalla. Entra en la recámara de los niños. Está prendido el televisor. La luz del pasillo se filtra por la ventana. Cubre a Marco Polo y le da un beso en la frente. Si estuviera despierto, el niño le exigiría: «Dame mis cincuenta besos de las buenas noches». Mira a Clementina. *¿Qué debo hacer?*, y también la besa. Descuelga del clóset unos pants. Corre la cortina. Apaga la televisión. Sale y se viste. Regresa al baño y se aplica loción astringente, la crema de liposomas y la de los párpados. Se recuesta.

Angelita, aquí, en este sofá, has dejado pasar las horas acostada o sentada o durmiendo o leyendo y suspirando y pensando y hablando y llorando. Nueve meses gestando un amor que no acaba de nacer ni de morir. Treinta y seis sábados, de los cuales lo habrás visto veinte; otras treinta o cuarenta, entre restaurantes, hoteles y en su oficina. Diecisiete veces, dieciocho con la de hoy, te ha cancelado o dado plantón. ¿Y todavía te preguntas la razón por la

cual tu hijo te puso ese recado? A propósito de contabilizar, se me ocurre otro principio: **Si usted, amiga, es de las maniáticas que suele llevar la cuenta de las citas cumplidas y de las falsas promesas de su adorado, le recomendamos lo siguiente: escriba el día, la fecha, la hora y haga un breve resumen de los asuntos que le han molestado. Sea lo más extensa que pueda. Abunde en sus quejas sexuales, morales, intelectuales, afectivas, económicas, etcétera. Si hace cuadros sinópticos, mejor; dibuje gráficas. Después, con la mayor calma, muéstreselo a su amado: Tales y tales días me dejaste como novia de pueblo, tantos orgasmos me debes, tantos besos y tantas llamadas…, etcétera. Y después dese el gusto de romper ante él su elaborado informe de informalidades. A partir de ese momento olvidará todos los infortunios. Borrón y cuenta nueva**.

Mañana, a primera hora, voy a ir a la escuela que está en Torres Bodet y Sor Juana para pedir informes sobre los cursos que imparten. Me gustaría estudiar cultora de belleza. En la casa aplicaría mascarillas, cortaría el cabello; maquillaría o haría maniquiur. Quizás, hasta alquilaría un local. No me parece descabellado. Yo estaría muy ocupada, atendiendo a mis clientas. Y ganando dinero. ¡Qué maravilla! Eso no descarta mi plan de formar el grupo de amantes anónimas. Entre las clientas iría localizando a las candidatas. Fuera de broma, voy a escribir mi manual, se lo doy a Lita para que me lo corrija y lo mande imprimir; ella tiene muchos amigos que saben de eso. A propósito de dinero, se me está ocurriendo otra regla: **Siempre llegue a su casa con los zapatos puestos; nada de entrar de puntitas y con los zapatos en la mano. Eso queda bien en las películas, pero en la realidad su esposo podría estarla aguardando y correrla descalza a medias de la noche y sin dinero; por**

eso siempre traiga su dinerito escondido en el sostén.

Tendré que escribir varias reglas sobre condones. Tengo que ir, ahora sí, a Tepito para ver qué juguetes eróticos están a la venta. A José no le enseñaría el manual hasta que estuviera impreso. Le diré que lo he escrito a partir de los chismes que me cuenta la clientela y la vecina del 508. En cuanto a David Alejandro no haré nada. No voy a llamarle ni a buscarlo; con no ir a la casa de Lita en las próximas semanas, será suficiente por el momento. Y si tengo que ir con Lita, que José me acompañe. En fin, alargar lo más que se pueda el adiós. Un día tendré la fuerza suficiente para enfrentarlo. Mientras, debo atender mi casa. Permitirme el amor de José; dejar de encerrarme en mí misma. En la medida en que él y yo estemos cerca, más difícil le será a David Alejandro entrar. Ahora no puedo verlo; quizás en cinco, seis meses, pueda decirle… No sé qué. Ahora no voy a preocuparme. Debo vivir cada día. De día en día. Si los alcohólicos dicen: «No sé mañana, pero hoy no beberé», las infieles debemos decir: «Ya no digo que de esa agua no beberé, pero hoy no lo veré». Me tendré que conformar con ver películas de tórridos romances y suspirar cuando lea novelas de amor o cuando mire a las parejas besándose.

Escucha la súplica que proviene de un departamento: *No me quejo ni espero que te quejes*.

Ay, no, todavía no amanece y ya se me está nublando el cielo. ¿Por qué todas las canciones tienen que llamarme cuando no estoy para fiestas y mi guitarra está desafinada? Entre los boleros y las rancheras desatan un fuego cruzado que me atraviesa la garganta. ¿De qué me apuro? Como si no supiera que cuando no hay remedio ni qué remediar.

Coge un almohadón y se cubre la cabeza. Aún así las frases la alcanzan: *Pues tú perdiste lo que yo he perdido*.

A propósito de escribir; una regla básica, no sé por qué no se me ocurrió antes, si es elemental: **Estimada amiga, cuando sienta muy tensa su relación amatoria le recomendamos que en lugar de pelearse con su amado, escriba cartas. Imagine**

que está hablando con él; no se mida, hágalo añicos, dígale hasta de lo que se va morir. Sea impetuosa y atrabancanda. Le recomendamos que escriba con plumón (o a tinta china en un arrebato de elegancia), porque la huella de sus lágrimas le darán un extraordinario toque de romanticismo a sus cartas de amor. Pero, he aquí el secreto de la amante moderna para ser ecuánime en todo tiempo y lugar: la clave, amiga, es no dárselas a leer a su amante. A nadie. Que estas cartas nada más le sirvan a usted para descargar los malos ratos. Así conseguirá que su adorado y su familia la vean serena. Si usted sigue este sano consejo, no será de esas mujeres que están fuera del círculo de las amantes modernas, las que hacen tristes escenitas en la calle o en los cafés. Esa correspondencia, por supuesto, debe ser escrita en soledad y destruida a la brevedad.

Antes de quedarse dormida escucha y murmura: David Alejandro. *Sin un amor la vida no se llama vida*. Alejandro, querido David. *Sin un amor el alma muere destrozada*. Ángeles y David Alejandro. *Sin un amor le falta vida al corazón*. Ángeles y José. *No me vaya a ganar tu olvido*. Mis dos amados, ángeles adorados. *No me dejes de querer, te pido*. Los santos ángeles de María. Te quiero, Alejandro, con todo mi amor.

Ángeles no quiere que lleguen los días de horas lentas, negadas de luz a pesar del resplandor. Días que pesan tanto como el acecho del tigre. Sólo durante el sueño del felino le será posible sonreír. Pero es una sonrisa que dista del brillo que la engalanaba aun en los días sin sol. El gozo no era a resultas del aprecio por los matices, sino porque el mundo del alma enamorada es blanco o negro. Si blanco, entonces el universo se cubre de la tersura del amado. Si negro, no hay sombra que posea el averno de esas horas, cuando el desasosiego y el dolor distraen el descanso del tigre. La fiera

despierta, acecha y aguarda la oscuridad para lanzarse sobre la presa, justo cuando esté debilitada por el esfuerzo de alejar los recuerdos; sin aliento para hallar una guarida de palabras atesoradas que la cobijen. Pero no hay olvido que sea fácil y pueda cortar esa lengua, el hilo de cuentas vidriadas, viejas mentiras de todos los colores, y que la sostenían. Las garras se clavan en el cuerpo estremecido, abre la carne para que las entrañas aprisionadas salgan a flor de piel. Duele, se retuerce el alma: el peso del tigre, todos lo sabemos, está adentro.

El frío la despierta. Entra al baño y se cepilla los dientes. Va a la cocina y bebe un vaso de agua. Abre la puerta de la recámara. Se desnuda. El reloj del teléfono despertador marca las 2:30. Se acuesta tratando de no despertar a José, quien duerme hacia la pared, dándole la espalda.

—José, José, despierta. Tengo que decirte algo importante. ¿Me escuchas?

Él me diría:

—¿Qué, qué pasa?

—Nada. No te alarmes. No es nada grave. Nada más quería decirte que desde hace nueve meses ando con David Alejandro. Somos amantes.

Encendería la lámpara y preguntaría:

—¿Qué quieres decir?

A lo mejor no la prendería sino que, volviéndose con la fuerza de un enorme pez queriéndose soltar del anzuelo, me gritaría:

—¡Nueve meses! ¿Y por qué me lo dices ahora? O qué, ¿ya va a nacer y quieres que te lleve al hospital? ¿O me lo dices porque ya no aguantas los dolores?

No. Lo que José haría, sin lugar a dudas, sería: levantarse, ponerse la bata, encender la luz e irse a sentar en la banca del tocador. Cruzaría la pierna y sólo me diría:

—Y…

Sabe que me desquicia que me pregunte como ratón.

—¿Y?

También le diría; sé que le molesta que, con cara de inocencia, le responda igual. Pero él repetiría la pregunta más retador aún:

—Bueno, ¿y?

Desde que se agarra con su *y* no la suelta. Dan ganas de que venga el gato y se lo coma enterito. No. Yo creo que me sacaba del departamento a jalones de greñas. Sin decirme una *y* partida por la mitad. Eso no sería lo peor. Lo más terrible sería que no me dijera nada. Que me matara con su silencio. Que a las siete de la mañana nada más les hablara a los niños. Y yo como si tuviera puesta mi túnica de fantasma. Y por la tarde recogería sus cosas y las de sus hijos, y se iría con su mamá. Entonces, adiós mis planes de buena conducta y mujer redimida. No. El manual tendrá que ser muy claro en este punto: **Querida amiga, las amantes modernas no confunden al marido con el cura. Ni la cama con el confesionario. No trate de aliviar la culpa confesándose con su esposo. Un cura le manda de penitencia que rece mil veces el Yo pecador para salvarla del infierno. Pero su cónyuge, con sobrada razón, podría mandarla al diablo por pecadora. Entienda que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa. Un marido es siempre un marido y un amante es lo que usted quiera que sea. De usted depende el sueño o la pesadilla. Mientras, le recomendamos no desvelarse pensando en la posibilidad de ser descubierta. Mejor ocúpese de develar los misterios de ese hombre que duerme con usted. Aproveche la oferta**.

Ángeles descansa la mano en la cintura de José; la desliza hacia la cadera y acaricia y besa la espalda; José gira el cuerpo y queda bocarriba. Ángeles introduce el pene en su boca; deposita el capullo en el remanso de la lengua, lo toma con la paz con que se recibe una oblea. En el cielo de la boca el verbo se encarna; despierta y adquiere su real majestad. La lengua inicia su avance por la parte inferior del miembro viril hasta el frenillo. Ángeles puede sentir el fluido de sangre entrando en el cuerpo esponjoso que, en cuanto se

sature, formará un canal más delgado que los ríos de los cuerpos cavernosos; llenos los conductos, le darán al pene esa forma triangular de algunos tallos. La red venosa palpita sin orden ni concierto. La lengua se pasea por la lisura del glande; tan fina y delgada es la piel del glande recién descubierto, que su fineza se asemeja a la boca y a su cara interna; semejanza que se acrecienta cuando pequeñas gotas de cristalina savia lo coronan y abrillantan. De ahí, quizás, que los labios se deslicen con la sabiduría de dos bocas al besarse. La corona se endurece. Ella se incorpora; con un ligero toque en las rodillas le indica a José que flexione y abra las piernas; se coloca entre ellas y, en línea ascendente, a lo largo del tronco, con la lengua va recogiendo bonitamente la sal. Mete los dedos entre el cabello húmedo de la nuca. Besa los oídos para permitir que uno de sus senos sea alcanzado por la boca de José. Éste lo toma y le echa los brazos al cuello; se incorpora, pero ella le pide que se mantenga acostado. Las manos de Ángeles vagan por el abdomen; rodean la areola hasta los que pezones se vuelven tierno brote. Recorre palmo a palmo el espacio de una ingle a otra. El índice frota el ano; la punta de la lengua se encaja en el ojo moreno, que se dilata y se contrae, como solitario lucero en un crepúsculo matutino. Succiona en fragmentos al escroto hasta sentir que la piel se engruesa y oscurece; los pliegues se acentúan y adquieren la rugosidad de la piedra volcánica. Los testículos se elevan parcialmente. Pareciera que José ha olvidado respirar. Todos los músculos están tensos. La calma del volcán apagado. El pene desaparece en la boca. La lengua, por momentos, es un remolino de agua; en otros, un débil riachuelo; inesperadamente adquiere la fuerza de la cascada y desemboca en la inmovilidad de un río diamante. La furia líquida que corre por los ríos subterráneos provocará la inevitable erupción de aguas vivas. La geografía se altera; la pelvis empuja. Lenguas de fuego alcanzarán la boca del cráter. Ángeles recibe la primera marea. Las deyecciones se estrellan contra la bóveda palatina. La lava es tragada. El fuego se extingue. Ángeles se recuesta a su lado. Descansa sobre tierra

encertizada.

Antes de quedarse dormida, redacta la que podría ser la última regla del manual: **Las amantes modernas deben terminar con elegancia. Para eliminar cualquier posibilidad de armar dramas a la hora del adiós, le recomendamos leer a Shakespeare. No se falte al respeto a sí misma ni ofenda a su antiguo amor. Recuerde que fue una relación entre adultos, y como tales deben terminar. No se precipite, deje transcurrir el tiempo que sea necesario para tomar su decisión. Le recordamos que el matrimonio, como la patria, es primero. Considere al marido como un bien no renovable. Y no abandone su espíritu de fiesta: lo bailado, amiga, nadie se lo quita. Rechace con energía el papel de judicial: no se torture tratando de encontrar culpables. Usted no puede ser juez y parte. En el juego que usted ha decido terminar no hay culpables o inocentes. En todo caso, hay responsables. No es víctima ni asesina. O quizás sí: eche al amante al pozo y deje reposar las aguas. El tiempo dirá si volverá a beberlas… De ese pozo u otro. Tenga listo el cubo y la cuerda. Sobre todo la cuerda. Amiga, a una amante moderna jamás se le acaba la cuerda. Aun sin amante**.

Ángeles sueña que está subiendo por un pasadizo de paredes amarillas y húmedas; detrás de ella viene José. Llegan a la azotea y desde ahí miran el mar. Le comenta a José: «Nunca imaginé que la ciudad de Los Ángeles fuera así; con tantos edificios coloniales y tan cerca del mar. No entiendo cómo, después de tantos siglos, no hayan sido destruidos por la humedad y la sal». La escena cambia y los dos viajan en un coche. Ella continúa asombrada de la magnificencia de las casas y de que todas las fachadas estén descascaradas y pintadas en tonos pastel, una capa tras otra. La ciudad está vacía. Ángeles tiene hambre. Llegan a un estanquillo y

ella toma un *hot dog* de una vitrina. De lejos mira que un anciano le saca a una muchacha ciega un pájaro tornasolado que ella guarda en su pecho. El viejo quiebra el cuello del ave como quien rompe un ejote y se lo avienta a un gato blanco con un ojo amarillo y otro azul. Ángeles se vuelve a mirar a José y ya no está. «Se cansó de esperar; me tardé mucho comiendo». Se dirige al Metro y mira a José salir de un vagón. Ella quiere acercarse a él pero una multitud se lo impide. Se esconde en una columna porque súbitamente ha recordado que David Alejandro y ella quedaron de verse en esa estación. Alguien la toma del codo; reconoce la mano de su suegra, levanta la vista y es José. Ángeles quiere zafarse porque teme que David Alejandro vaya a perderse entre tanta gente. Ella mira a José, suplicante; trata de decirle que tiene que dejarla ahí, pero la presión de la mano femenina la obliga a guardar silencio. La escena se transforma y ella va sentada al lado de su padre en un antiguo camión de pasajeros. Van en el último asiento; ella se vuelve hacia atrás y le dice con despreocupación: «Mira, papá, atropellaron a un niño… Ya no lo viste porque otro camión lo acaba de aplastar. Nada más se ve su pantalón rojo. No, ya tampoco puedes verlo porque su ropa ya se confunde con la sangre. Era mi hijo». Su padre le responde: «No puede ser tu hijo porque eres una niña». Y ella se siente feliz. Sabe que él dice la verdad porque su padre es joven y le sonríe. Ángeles piensa: «Si soy niña no tengo hijos ni esposo ni amante. Sólo tengo papá. Soy niña. Una niña. Nada más».

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotras, las pecadoras caídas en la tentación. Amo a David Alejandro y a José. No tengo la culpa de quererlos a los dos. Ya no sé qué pedirte porque yo digo y Tú dispones. Tal parece que no escuchaste mis ruegos de ayer. Me dejaste desamparada en horas hábiles, pero principalmente en la noche. Descuidaste mis pasos, por eso me caí y me mojé. Y no conforme, me libraste del pecado. Te agradezco, de todos modos, que me dejes llegar con vida a este nuevo día. Dame fuerzas para cumplir con mis planes de mujer de buena voluntad. Estarás orgullosa de mí, ya verás. Quisiera creer que sólo faltan unas horas

para ver a mi ángel adorado; pero no tengo tu omnipotencia para saber si hoy, mañana, si alguna vez volveré a tener el pan de sus besos, desvelo de mis días. Señora, te envidio, tú puedes ver su rostro, escuchar su voz. Eres bendita entre todas las mujeres. Extiende tu bondad y acompáñalo, guía sus pasos y no lo dejes caer en tentación; no por ahora, no con otra. Lo dejo en tus manos, las mías no saben cuándo podrán tocarlo. Quizás nunca. Quizás hoy. Nada sé ni pretendo saber. Soy una página en blanco donde escribirás el destino de los tres. Haz tu voluntad, así en la Tierra como en el cielo. María de los Ángeles Santos, la más humilde de tus hijas, acatará, con retobos y a regañadientes, tus divinos designios. Amén.

México, Santa María la Ribera,
octubre de 1993

JOSEFINA ESTRADA Autora del libro de cuentos *Malagato* y las crónicas recogidas en *Para morir iguales*, Josefina Estrada posee una de las voces narrativas más poderosas y polifacéticas de la generación nacida en los años 50. Periodista y profesora, también es autora de la más completa biografía del actor mexicano Joaquín Pardavé. Actualmente prepara el retrato testimonial de una joven *madame*, y su paso delirante por el sistema penitenciario mexicano. Sus obras han sido traducidas al inglés, italiano y alemán.

Índice de contenido

Desde que Dios amanece
Sobre la autora